

Grupo Editorial Portal

 Segredo

EL VIUDO que Me

Rechazó

SERIE CARTAS A LOS
♥ CORAZONES PARTIDOS ♥

Best-seller internazionale

JÉSSICA MACEDO

El
VIUDO
que Me
rechazó

SERIE CARTAS A LOS
♥ CORAZONES ROTOS ♥

Bestseller internacional

JÉSSICA MACEDO

Grupo Editorial Portal

 **Segredo**

BELO HORIZONTE | 2026

Copyright ©2026 Jéssica Macedo

Todos los derechos reservados. Queda prohibido el almacenamiento o la reproducción de cualquier parte de esta obra — ya sea en formato físico o electrónico— sin la autorización previa de la autora. La violación de los derechos de autor constituye un delito tipificado en la Ley n.º 9.610/98 y sancionado por el artículo 184 del Código Penal.

Diseño de portada y maquetación: Jéssica Macedo

Revisión: Grupo Editorial Portal

Esta es una obra de ficción. Se han utilizado nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen o que han existido realmente en algún momento de la historia para ambientar la trama. Cualquier parecido con la realidad será mera coincidencia.

Índice

[Índice](#)

[Sinopsis](#)

[**Capítulo 1**](#)

[**Capítulo 2**](#)

[**Capítulo 3**](#)

[**Capítulo 4**](#)

[**Capítulo 5**](#)

[**Capítulo 6**](#)

[**Capítulo 7**](#)

[**Capítulo 8**](#)

[**Capítulo 9**](#)

[**Capítulo 10**](#)

[**Capítulo 11**](#)

[**Capítulo 12**](#)

[**Capítulo 13**](#)

[**Capítulo 14**](#)

[**Capítulo 15**](#)

[**Capítulo 16**](#)

[**Capítulo 17**](#)

[**Capítulo 18**](#)

[**Capítulo 19**](#)

[**Capítulo 20**](#)

[**Capítulo 21**](#)

[**Capítulo 22**](#)

[**Capítulo 23**](#)

[**Capítulo 24**](#)

[**Capítulo 25**](#)

[**Capítulo 26**](#)

[**Capítulo 27**](#)

[**Capítulo 28**](#)

[**Epílogo**](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

[Lee también](#)

Sinopsis

«Toma este cheque, resuelve el problema y desaparece de mi vida».

Con esas crueles palabras, el multimillonario Arthur Albuquerque me echó de su mansión, en plena noche y bajo la lluvia, tras descubrir que llevaba a su hijo en mi vientre.

Arthur construyó un imperio de cristal y acero en Faria Lima, pero su corazón era una fortaleza inalcanzable de hielo. Viudo y profundamente traumatizado, solo vivía para el trabajo y para el duelo por Amanda, mientras su pequeño hijo, Léo, se consumía en la oscuridad de aquella casa fantasma.

Hasta que llegué yo.

Me contrataron como niñera, con la misión imposible de devolverle la sonrisa a un niño. Lo que no esperaba era que mi luz también iluminara las grietas del alma del implacable CEO. Bajo la coraza de arrogancia, encontré a un hombre destrozado, y nos entregamos a una única, intensa e inolvidable noche.

Pero el embarazo despertó al peor de los monstruos. Cegado por el pavor a revivir la tragedia de su pasado, Arthur me trató como a un parásito e intentó comprar la destrucción de nuestro milagro.

Rechacé su dinero sucio. Huí lejos, reconstruí mi vida desde cero en el campo y juré que mi hijo nunca conocería la cobardía de su padre.

Seis meses después, su muro de hielo se derrumbó. Arthur se dio cuenta del error imperdonable que había cometido y descubrió mi paradero. El intocable CEO está ahora de rodillas, con las manos manchadas de tierra, dispuesto a sangrar, arrastrarse y romper todas sus propias reglas para recuperar a su familia.

Promete que el monstruo ha muerto.

Pero, ¿cómo devolverle su corazón al hombre que intentó destruir su vida?



ANA
Souza

Capítulo 1

Me detuve ante las enormes verjas de hierro forjado y contuve la respiración.

El conductor del servicio de transporte ya se había marchado, dejándome sola con mi maleta gastada en la acera de uno de los barrios más lujosos de São Paulo.

Tragué saliva, sintiendo el peso de mi propia insignificancia ante aquella colosal construcción. La Mansión Albuquerque no era solo una casa, era una fortaleza.

Apreté el asa de la maleta hasta que se me pusieron blancos los nudillos. Necesitaba ese trabajo. Más que nada en el mundo.

Después de crecer pasando de un hogar de acogida a otro, la vida me había enseñado a ser fuerte, a contener las lágrimas y a

valerme por mí misma. Pero la soledad... esa era una sombra de la que nunca conseguía librarme.

Pulsé el interfono con el dedo tembloroso.

—¿Sí? —Una voz femenina y firme sonó por el altavoz.

—Me llamo Ana Souza. Yo... soy la nueva niñera. Me ha enviado la agencia.

Se oyó un zumbido metálico y las pesadas puertas se abrieron lentamente, invitándome a entrar en lo que parecía ser un mundo completamente diferente al mío.

El camino hasta la puerta principal estaba flanqueado por jardines impecables. Todo era simétrico, verde y perfectamente podado. No había ni una sola hoja fuera de su sitio. Era precioso, pero de una forma fría. *Le faltaba vida. Le faltaba alma...*

Antes incluso de que pudiera llegar a la escalinata de mármol, se abrieron las pesadas puertas dobles de roble.

Una mujer de mediana edad, con un uniforme impecable y el pelo canoso recogido en un moño severo, me miró de arriba abajo. Sus ojos no eran crueles, pero transmitían una seriedad intimidante.

—Tú debes de ser Ana. Soy Sônia, la gobernanta.

—Encantada de conocerla. —Esboqué una sonrisa forzada, intentando ocultar mi nerviosismo.

—Pasa. El señor Albuquerque está en la empresa y no volverá hasta bien entrada la noche.

Pasé junto a ella, arrastrando mi maleta, y me quedé boquiabierta.

El vestíbulo era colosal. Una lámpara de araña de cristal descendía desde el techo de doble altura, reflejando la luz de la tarde en el suelo de mármol pulido. Las paredes estaban adornadas con cuadros que parecían valer más que todo lo que yo ganaría en toda mi vida.

Sin embargo, lo que más me impactó no fue el lujo. Fue el silencio.

Un silencio denso, opresivo y gélido. Aquella casa no tenía el sonido de una familia. Parecía un museo donde las voces tenían prohibido resonar.

—Ven conmigo. Te enseñaré tu habitación y luego te llevaré a ver a Léo. —Sônia se adelantó, sin que sus pasos hicieran el más mínimo ruido.

Mientras caminábamos por los amplios pasillos, empezó a dictarme las normas.

—Tu trabajo consiste en cuidar exclusivamente de Leonardo. Comidas, baño, juegos y rutina de sueño. La casa cuenta con personal de limpieza y de cocina, pero el niño es tu responsabilidad total mientras esté despierto.

—Entendido.

—Regla número uno, Ana: no se debe molestar al señor Albuquerque. ¡Nunca!

La forma en que lo dijo me provocó un escalofrío que me recorrió la espalda.

—Trabaja mucho y la casa tiene que estar en absoluto silencio cuando llega. Si Léo llora, es tu deber calmarlo inmediatamente. El duelo del señor Albuquerque... —Titubeó una fracción de segundo, bajando ligeramente la mirada—. Ha sido difícil. Necesita paz.

Asentí con la cabeza, aunque se me encogió el corazón.

¿Cómo podía un padre exigir silencio absoluto a su propio hijo de dos años? Los niños hacen ruido. Los niños lloran, ríen, corren...

Me instalaron en una habitación al final del pasillo, cómoda y mucho más grande que cualquier lugar en el que hubiera dormido antes, pero no perdí el tiempo deshaciendo la maleta. Quería conocer al niño.

Sônia me acompañó hasta la segunda planta. Nos detuvimos ante una puerta blanca entreabierta.

—Está ahí dentro —susurró, apartándose para dejarme espacio.

Empujé la puerta despacio.

La habitación era enorme, pintada en tonos pastel y repleta de los juguetes más caros que el dinero pudiera comprar. Había una pista de coches de juguete gigante, decenas de peluches intactos y una estantería repleta de libros.

Pero en medio de todo aquello, sentado sobre la mullida alfombra, estaba la criaturita más triste que había visto en mi vida.

Léo era pequeño, con el pelo oscuro y ligeramente rizado que le caía sobre la frente. Sostenía un cochecito azul en las manos, pero no estaba jugando. Se limitaba a mirar fijamente el juguete, con sus grandes ojos oscuros perdidos en la nada.

La soledad de aquel niño era tan palpable que casi me asfixió.

Sentí una punzada física en el pecho. Un dolor familiar. Conocía esa mirada. Era la mirada de quien no se sentía querido, de quien buscaba un cariño que nunca llegaba.

Me arrodillé en la alfombra, manteniendo una distancia prudencial para no asustarlo.

—Hola. —Mi voz sonó un poco ronca, cargada de emoción.

Levantó la cabeza lentamente. Sus ojos eran marrones, profundos y cargados de una tristeza absurda para alguien de solo dos años.

—Me llamo Ana. —Sonreí, con la sonrisa más sincera y dulce que pude encontrar en mi interior.

Léo no dijo nada. Solo apretó el carrito contra su pecho, como si fuera un escudo.

—Este cochecito es muy chulo. ¿Corre muy rápido?

Parpadeó, sin decir nada.

Me senté en el suelo, con las piernas cruzadas, y cogí un cochecito rojo que estaba olvidado a mi lado. Hice rodar el juguete por la alfombra, imitando el sonido de un motor con la boca.

—¡Brummm! El mío es rojo, pero creo que el tuyo, el azul, ganaría una carrera. ¿Qué te parece?

Pasaron unos minutos que se hicieron eternos. El silencio de la casa parecía querer tragarnos, pero mantuve la paciencia. Los niños que han sufrido necesitan tiempo.

Poco a poco, su manita regordeta se estiró y empujó el cochecito azul hacia mí. El juguete me rozó ligeramente la rodilla.

Mi sonrisa se amplió.

—¡Ah, has ganado!

No sonrió, pero sus hombritos parecieron relajarse una fracción de milímetro.

Ese fue nuestro primer contacto. Una victoria silenciosa.

Pasamos el resto de la tarde juntos. La rutina con Léo no era agotadora físicamente, pero me agotaba emocionalmente. Era un niño dócil, pero apático. Comía en silencio. Jugaba en silencio. Se bañaba en silencio.

Su apatía me partía el corazón en millones de pedazos con cada hora que pasaba.

Cuando cayó la noche, lo acosté en la cuna. Le canté una nana muy bajito, acariciándole el pelo rizado. Sus ojitos se le cerraron y por fin se durmió, aferrado a un osito de peluche que parecía ser su único refugio.

Apagué la lámpara y dejé la puerta entreabierta, saliendo de puntillas.

El reloj del pasillo marcaba casi las once de la noche.

Mi estómago gruñó, recordándome que no había comido nada desde media tarde. Bajé las escaleras de puntillas, rezando para no hacer ruido y no romper la regla de oro de la gobernanta.

La cocina estaba en la parte trasera de la mansión. Era enorme, moderna y gélida, toda de acero inoxidable y mármol negro.

Abrí la nevera, cogí una manzana y me apoyé en la encimera, dando el primer mordisco mientras contemplaba la oscuridad del jardín a través de las puertas de cristal.

De repente, la luz principal se encendió con un chasquido seco, cegándome momentáneamente.

Di un respingo hacia atrás, atragantándome con el trozo de manzana.

—¿Quién eres?

La voz era grave, ronca y rebosante de una autoridad absoluta.

Me giré rápidamente, tosiendo, y el corazón casi se me paró.

Arthur Albuquerque estaba de pie en la puerta de la cocina.

Era mucho más alto de lo que imaginaba, con unos hombros anchos que ocupaban toda la entrada. Llevaba un traje oscuro y perfectamente planchado, pero la corbata le quedaba holgada y el cuello de la camisa desabrochado, dejando al descubierto parte de su cuello tenso.

Su rostro era anguloso, con una mandíbula cuadrada cubierta por una barba escasa a punto de crecer. Era, sin duda, el hombre más impresionante que había visto en mi vida.

Pero sus ojos...

¡Dios, sus ojos!

Eran del mismo color que los de Léo, pero, a diferencia del niño, que reflejaba tristeza, los ojos de Arthur solo reflejaban hielo.

Eran fríos, distantes, muertos. Una oscuridad tempestuosa que parecía absorber todo el calor del ambiente.

—Yo... —Tosí una vez más, dándome unos golpecitos en el pecho para recuperar el aliento—. Soy Ana. La nueva niñera.

Él entrecerró los ojos, evaluándome de arriba abajo como si fuera un mueble barato que la gobernanta hubiera comprado por error.

—Sônia no me había dicho que fuera tan joven.

Su tono era de puro desdén.

Sentí cómo me hervía la sangre. Estaba acostumbrada a que me subestimaran por mi edad, pero la forma en que me miró me dio ganas de cruzar los brazos y replicarle.

—Tengo veinticuatro años, señor, y mucha experiencia con niños.

—Los niños necesitan disciplina y silencio. No a alguien que parece haber salido ayer de la universidad.

La arrogancia de aquel hombre era casi palpable. Se dirigió a la nevera, ignorando mi presencia, y cogió una botella de agua.

Sus movimientos eran tensos, rígidos, como si estuviera a punto de estallar en cualquier momento.

—Léo es un niño muy bueno —me atreví a decir, incapaz de mantener la boca cerrada—. Se ha pasado toda la tarde tranquilo.

Arthur dejó de beber agua. Su cuerpo se tensó de forma aterradora.

Cerró la botella lentamente, girando el tapón con fuerza excesiva, y se volvió hacia mí. Su mirada parecía capaz de cortar el cristal.

—El trabajo de una niñera es asegurarse de que yo no tenga que enterarme de lo que le pasa al niño, Ana. Le pagan para

resolver sus problemas, no para darme informes que no le he pedido.

Me quedé paralizada. Sin aliento.

La conmoción me dejó sin aire. ¿Cómo podía un padre hablar así de su propio hijo? ¿Como si fuera un estorbo, una obligación contractual subcontratada?

Lo que me apetecía era gritarle. Decirle lo maravilloso que era su hijo y lo mucho que necesitaba un padre, no una estatua de hielo. Pero recordé mi maleta deshecha en la habitación, las facturas que tenía que pagar y que no tenía adónde volver.

Apreté los dientes y me tragué las palabras que me quemaban en la lengua.

—Entendido, señor Albuquerque.

—Estupendo. Manténgalo lejos de mi despacho y lejos de mi habitación. Si sigue estas sencillas reglas, no tendremos problemas.

No esperó una respuesta. Le dio la espalda y salió de la cocina, desapareciendo por los oscuros pasillos de la mansión.

El aire pareció volver a la habitación en cuanto desapareció.

Exhalé un suspiro tembloroso y apoyé las manos en la encimera de mármol helado.

Aquel hombre estaba destrozado. Destruído por su propio dolor. Pero, en lugar de buscar la curación, estaba arrastrando a su propio hijo al fondo del abismo con él.

Dejé la manzana en el fregadero; se me había quitado del todo el apetito.

Subí las escaleras de vuelta a la segunda planta y, antes de entrar en mi habitación, me detuve frente a la puerta de Léo. Me asomé por la rendija. El niño dormía acurrucado, abrazando a su osito.

Una lágrima caliente resbaló por mi mejilla antes de que pudiera contenerla.

No sabía cómo iba a soportar convivir con la frialdad de Arthur Albuquerque. Pero, al mirar a aquel niño solitario en la cuna, una certeza inquebrantable se formó en mi corazón.

No me iría.

Su padre podía rechazarlo. Podía encerrarlo en aquella enorme habitación y fingir que no existía.

Pero yo no haría eso.

Si Arthur quería construir un muro de hielo a su alrededor, era problema suyo. Pero yo no iba a permitir que el frío congelara el corazón de Léo.



ARTHUR

Albuquerque

Capítulo 2

El silencio siempre ha sido mi refugio.

Desde que Amanda murió, cerré las puertas de mi vida a cualquier tipo de sonido que evocara alegría o esperanza. La culpa que cargaba por estar vivo, mientras la mujer a la que amaba yacía enterrada, era un fantasma que me acechaba en cada rincón de aquella mansión.

Arrojé el bolígrafo de metal sobre los planos arquitectónicos esparcidos por mi mesa y me masajee las sienes.

Me latía la cabeza. No conseguía concentrarme en los números, y mucho menos en los trazos de los planos. La fría conversación que había mantenido con la nueva niñera en la cocina, la noche anterior, aún resonaba en mi mente.

Me levanté de la silla de cuero y caminé hasta el gran ventanal de mi despacho, en la segunda planta. La tarde tocaba a su fin, tiñendo el cielo de São Paulo de tonos anaranjados, pero algo en el jardín captó mi atención.

Ana...

Estaba sentada en el césped impecable, con unos vaqueros sencillos y una blusa blanca. Su cabello oscuro le caía suelto por la espalda mientras gesticulaba, sosteniendo un libro infantil de colores.

Y justo delante de ella estaba Léo.

Mi hijo. El niño al que evitaba mirar demasiado tiempo, porque sus grandes ojos almendrados eran un recordatorio diario del precio que había costado la vida de Amanda.

Sentí cómo se me oprimía el pecho de una forma casi asfixiante.

Léo siempre había sido un niño apático. No interactuaba, no jugaba como los demás niños de su edad. Sin embargo, mientras Ana cambiaba de voz para imitar a los personajes del libro, vi algo que me dejó paralizado.

Léo no solo le prestaba atención, sino que sus hombros, siempre tan tensos y encogidos, estaban relajados. Extendió su manita y tocó la página del libro.

Ana se rió.

El sonido de su risa llegó con la brisa a través de la ventana entreabierta y me atravesó como una descarga directa al estómago. Era una risa ligera, dulce y completamente desprovista de cualquier miedo o reserva.

En esa milésima de segundo exacta, una chispa peligrosa e indeseada se encendió dentro de mí.

Mis ojos recorrieron la curva del cuello de Ana, la forma en que la luz del sol jugaba entre sus mechones de pelo, la sonrisa que iluminaba su rostro. Sentí cómo reaccionaba mi cuerpo, un calor denso e instintivo que había jurado no volver a sentir jamás por ninguna mujer.

—Joder... —susurré en la oficina vacía, retrocediendo un paso desde la ventana como si me hubiera quemado.

El pánico y la culpa me golpearon con el doble de fuerza.

¿Cómo podía mirar a otra mujer de esa manera? ¿Cómo era capaz de sentir deseo, o siquiera un atisbo de admiración, mientras la vida de Léo estaba marcada por la tragedia que nos había destrozado?

Mi respiración se volvió irregular. La sensación de estar traicionando la memoria de Amanda me llenó de un profundo asco hacia mí mismo. No tenía derecho a volver a empezar. No me merecía la paz.

Apreté los puños con tanta fuerza que las uñas se me clavaron en las palmas de las manos.

Tenía que acabar con aquello. Tenía que restablecer el muro de hielo antes de que aquella chica dulce y obstinada abriera una grieta en mi cordura.

Salí del despacho de un salto, bajando las escaleras de mármol con pasos pesados. Atravesé la puerta doble que daba a la parte trasera de la casa y caminé por el césped.

En cuanto me acerqué, Ana levantó la cabeza. Su sonrisa se desvaneció al instante al cruzarse con la dureza de mi mirada.

Léo se encogió, acercándose las manitas al pecho, mientras la apatía volvía a apoderarse de su rostro. Ver el miedo en los ojos de mi propio hijo me destrozó un poco más por dentro, pero me puse mi armadura de indiferencia.

—Señor Albuquerque... —murmuró Ana, cerrando rápidamente el libro, poniéndose de pie y sacudiéndose la hierba de los pantalones.

—No te pago para que hagas picnics en el césped —espeté, con una voz fría y cortante que barrió cualquier atisbo de calidez de aquel ambiente.

Ella parpadeó, claramente sorprendida por mi hostilidad gratuita.

—Hacía un día precioso y Léo necesitaba un poco de sol...

—Lo que necesita es rutina, no distracciones —la interrumpí sin piedad—. Llévate dentro. El viento está refrescando y no quiero que se ponga enfermo por tu irresponsabilidad.

—¿Irresponsabilidad? —Sus ojos castaños se entrecerraron y percibí la furia chispeando en sus pupilas. Era petulante y no bajaba la cabeza—. Solo estábamos leyendo, señor.

—Ya te he dado una orden, Ana. No me hagas repetirla.

No le di la oportunidad de replicar. Le di la espalda y volví al interior de la mansión, cerrando la puerta de cristal con más fuerza de la necesaria.

Mi corazón latía a desbandada contra las costillas.

Había sido un imbécil arrogante, lo sabía. Había utilizado la grosería como escudo para protegerme del impacto que ella causaba en mí.

Apoyé la frente contra el cristal helado de la puerta, cerré los ojos y luché contra la tormenta de emociones. Iba a mantener a esa mujer lo más lejos posible. Por mucho que su sonrisa me conmoviera, no iba a permitir que ella me hiciera sentir vivo de nuevo.



ANA
Souza

Capítulo 3

El sonido rasgó la madrugada como una cuchilla afilada que corta el terciopelo del silencio.

No era el llanto entrecortado de una pesadilla ni el murmullo de un niño pidiendo atención. Era un llanto estridente, cargado de una angustia que hizo que mi corazón se me subiera al instante hasta la garganta.

Salté de la cama de un brinco, desorientada por la oscuridad. Mis pies descalzos golpearon el frío suelo de madera de mi habitación, y la adrenalina inundó mis venas, ahuyentando cualquier atisbo de sueño. No me preocupé por coger una bata ni por ponerme las zapatillas. Simplemente corrí.

El pasillo de la mansión estaba sumido en las sombras, iluminado únicamente por los pequeños haces de luz plateada que

se colaban por las rendijas de las pesadas cortinas. Cada uno de mis pasos resonaba, pero mi única brújula era el llanto desesperado que provenía de la habitación de Léo.

Abrí de par en par la puerta blanca.

—¡Léo! —Mi voz salió como una mezcla de susurro y grito.

Fui directamente a la cuna. La escasa luz de la lámpara de estrellas me permitió ver el pequeño cuerpecito retorciéndose bajo la fina sábana. Lloraba con los ojos cerrados, golpeándose el pecho con los puños cerrados.

Cuando me incliné y deslicé las manos por debajo de sus axilas para cogerlo, contuve la respiración.

Estaba ardiendo.

—Dios mío, amor mío, estás ardiendo de fiebre... —El pánico me subió por la garganta con un sabor amargo.

Apreté a Léo contra mi pecho, sintiendo el calor anormal que irradiaba de su piel y atravesaba el fino tejido de mi camión de algodón. El niño tosió, con un sonido ronco y seco que pareció desgarrarle la garganta, y escondió su carita sudorosa en el pliegue de mi cuello. El corazoncito del niño latía frenéticamente contra el mío, como el de un pajarito asustado.

Empecé a dar vueltas por la habitación, meciéndolo instintivamente.

—Shh... Ana está aquí. Todo va a ir bien, angelito mío. Ana está aquí...

Mi mente daba vueltas a mil por hora. Necesitaba un termómetro. Necesitaba un antipirético. Sônia no me había enseñado dónde estaba el botiquín de primeros auxilios, y la idea de bajar a la cocina y buscar a ciegas, mientras el niño ardía de fiebre en mis brazos, me aterrorizaba.

De repente, la puerta del dormitorio se abrió con tanta violencia que golpeó contra el marco con un estruendo seco.

Lancé un grito ahogado, girándome sobre mis talones y abrazando a Léo con aún más fuerza para protegerlo.

Arthur irrumpió en la habitación.

Parecía haber salido de una pesadilla. Solo llevaba unos pantalones de chándal grises, que le caían bajos sobre las caderas. Su amplio pecho desnudo subía y bajaba al ritmo de una respiración rápida y jadeante, con los músculos tensos como cuerdas de acero. Su cabello oscuro, siempre tan impecablemente peinado, estaba completamente revuelto. Pero fueron sus ojos los que me dejaron paralizada.

No había frialdad. No había ni la arrogancia del implacable CEO ni la distancia del hombre que me había echado del jardín unos días antes. Solo había pánico. Un pánico crudo, visceral y animal.

Se quedó mirando a Léo en mis brazos y todo su cuerpo pareció congelarse.

—¿Qué le pasa? —La voz de Arthur sonó entrecortada, casi inaudible, como si le faltara aire en los pulmones.

—Es fiebre. Muy alta. —No retrocedí, ni siquiera ante su imponente figura—. Está ardiendo, señor. ¿Dónde están los medicamentos?

No me respondió. Tenía la mirada fija en el rostro enrojecido de Léo. El niño volvió a toser, con un sonido débil y dolorido, y Arthur dio un paso tembloroso hacia atrás, deslizándose su enorme mano para agarrarse al marco de la puerta, como si necesitara apoyo para no derrumbarse.

El detonante...

Vi el momento exacto en el que su mente lo arrastró lejos de allí. No estaba viendo un resfriado infantil. Estaba en estado de shock.

—¡Arthur! —grité, alzando la voz, intentando traerlo de vuelta a la realidad—. ¡Necesito tu ayuda! ¡Ahora mismo!

Sus ojos castaños parpadearon, fijándose en mi rostro. La vulnerabilidad que vi en ellos hizo que mi corazón diera una dolorosa voltereta en el pecho.

—Yo... yo no sé. No sé qué hacer —las palabras salieron de boca del viudo como una confesión de fracaso. El gran hombre de negocios, capaz de dirigir imperios, se encontraba totalmente impotente ante una fiebre infantil.

Me tragué mi propio miedo. Si él no podía ser fuerte en ese momento, lo sería yo. Por mí y por Léo.

—Echa un vistazo en los baños o en la cocina y trae el botiquín. Busca un termómetro y cualquier antipirético pediátrico. Y trae el móvil, quizá tengamos que llamar a su pediatra.

Se quedó mirándome fijamente durante un segundo, paralizado.

—¡Ve, Arthur! —le ordené, sin importarme la jerarquía ni las normas de aquella casa.

La urgencia en mi voz rompió por fin su trance. Asintió con un movimiento rígido de cabeza y desapareció por el pasillo.

Volví mi atención hacia el niño, caminando a paso rápido hasta el cuarto de baño de la habitación infantil. Encendí la luz y abrí el grifo de la bañera, comprobando la temperatura. El agua no podía estar fría para no causarle un choque térmico; tenía que estar tibia, solo un poco más fría que su cuerpo.

Con una mano sujetando a Léo y la otra trabajando, le quité el pijama empapado de sudor. El niño lloriqueó, molesto, con la piel ardiendo bajo mis dedos.

—Shh, solo un bañito, cariño. Te sentirás mejor... —le susurré, sentándome en el borde de la bañera y sumergiéndole los piecitos en el agua.

Oí pasos apresurados y Arthur entró en el baño. Llevaba una caja de plástico transparente y el móvil.

—Lo he encontrado —dijo jadeando, arrodillándose en el suelo de gres a mi lado.

Su cercanía física me impactó de lleno. El olor a jabón caro, mezclado con el sudor de la tensión, emanaba de la piel de Arthur. Su brazo rozó el mío, cálido y firme, enviándome una descarga eléctrica instantánea por la espalda. Ignoré la sensación y me concentré en la caja que abrió tembloroso.

—Coge el termómetro. El digital —le pedí, sujetando a Léo con un brazo mientras con la otra mano le echaba agua tibia por la espalda y el pecho.

Arthur lo encontró. Sus manos, tan grandes y poderosas, temblaban de una forma que me partió el alma. Se llevó el aparato a la frente de Léo y esperó el pitido.

Cuando se encendió la pantalla, palideció aún más.

—Treinta y nueve y medio, Ana. Es muy alta. Va a... va a... — El pánico volvió a apoderarse de su voz.

—No se va a ir a ninguna parte —lo interrumpí, mirándole fijamente a los ojos—. Solo es fiebre. Los niños tienen fiebre todo el tiempo. Necesito que busques el frasco de gotas de dipirona o paracetamol. Consulta la dosis en el prospecto según su edad y su peso. ¿Puedes hacerlo?

Tragó saliva, con la nuez subiendo y bajando frenéticamente, y asintió.

Mientras buscaba el medicamento, seguí bañando a Léo. Poco a poco, el agua tibia empezó a surtir efecto. El llanto estridente dio paso a un gemido de agotamiento, y la tensión en los músculos del niño pareció relajarse un poco.

Arthur vertió las gotas en la pequeña cucharita dosificadora.

—Sujétale la cabeza —le pedí.

Arthur dudó. Miró a su propio hijo como si tuviera miedo de romperlo.

—Arthur —le llamé con suavidad—. Te necesita.

Con una lentitud dolorosa, Arthur extendió las manos y sujetó la carita de Léo, apoyándole la nuca. El contacto fue tan suave, tan reverente, que se me hizo un nudo en la garganta. Era la primera vez desde que llegué a aquella casa que le veía tocar a su propio hijo.

Apreté la cucharita contra los labios de Léo y él se tragó el medicamento, haciendo una mueca justo después.

—Ya está. Se acabó.—Sonreí, sintiendo cómo una lágrima de alivio me resbalaba por la mejilla.

Cogí la toalla suave que estaba doblada sobre la encimera y envolví a Léo, sacándolo del agua. Me levanté, y Arthur hizo lo mismo, quedándose peligrosamente cerca. En el reducido espacio del baño, nuestros cuerpos casi se tocaban. Pude sentir su respiración entrecortada golpeándome la coronilla.

Volví al dormitorio y me senté en el sillón de lactancia que había en la esquina. Arthur me siguió como una sombra.

Empecé a secar a Léo con movimientos suaves. La fiebre no iba a bajar por arte de magia en un instante, pero parecía que había pasado lo peor. La respiración del niño se fue volviendo más tranquila y profunda, y su cuerpecito, pesado contra mi regazo, indicaba que el cansancio finalmente había vencido.

Lo envolví en la manta fina, dejándolo solo con el pañal para que su cuerpo pudiera enfriarse.

Arthur seguía de pie, en medio de la habitación, con las manos colgando a los lados del cuerpo. Parecía agotado. El monstruo de hielo se había derretido, dejando en su lugar solo a un hombre destrozado por el miedo a perder lo poco que le quedaba.

—Está durmiendo —susurré, apoyando la mejilla en la frente de Léo—. Ya está más frío. La medicina está haciendo efecto.

Arthur exhaló con fuerza, pasándose las manos por el pelo con desesperación, tirando de los mechones oscuros. Dio dos pasos, con las piernas a punto de ceder, y se dejó caer sentado en el borde de la cama de Léo, de cara al sillón donde yo estaba.

Inclinó el torso hacia delante, apoyando los codos en las rodillas y ocultando el rostro entre las manos.

Nos quedamos así durante un rato que no supe calcular. El silencio que se había instalado en la habitación ya no era aquel silencio gélido y opresivo que yo conocía. Era un silencio íntimo. Un silencio de supervivencia compartida.

La única luz procedía de la lámpara de mesa, que bañaba la piel desnuda de Arthur con un tono dorado. Intenté no mirar los músculos de su espalda, que se tensaban al ritmo de su respiración agitada, pero me resultaba imposible. La presencia de aquel hombre llenaba cada molécula del ambiente.

Cuando por fin levantó la cabeza, sus ojos se encontraron con los míos. Había un brillo húmedo en ellos.

—Pensé que iba a... —Las palabras se le atragantaron en la garganta.

—Lo sé. —Mi voz sonó dulce, sin rastro alguno de la niñera enfadada que se había enfrentado a él en el jardín—. Pero solo ha sido un susto. Es fuerte.

Arthur soltó una risa amarga y negó con la cabeza.

—Yo no lo soy.

Su confesión quedó suspendida en el aire, frágil y devastadora. Se me encogió el corazón de tal manera que me hizo olvidar mi posición allí. Yo no era solo la empleada. Él no era solo el jefe. Éramos solo dos personas en plena madrugada, cuidando de un niño.

—Nadie es fuerte todo el tiempo, Arthur. —Utilicé su nombre de pila sin darme cuenta—. Lo que pasó en el pasado... Nadie espera que seas inquebrantable.

Cerró los ojos un segundo. La mención al pasado pareció afectarle, pero no se echó atrás. No levantó el muro.

—Cuando oí su llanto... Lo único que vi fue la sangre de Amanda. La desesperación. El final. —Me miró fijamente, con el dolor reflejado en el color castaño de sus ojos; era tan denso que casi podía tocarlo—. No sé cómo ser padre, Ana. Lo miro y lo único que veo es lo que ella tuvo que pagar para que él estuviera aquí.

Sus palabras me partieron por la mitad.

Yo, que crecí en orfanatos, siempre creí que el rechazo provenía de la falta de amor. Pero el rechazo de Arthur provenía de un exceso de amor. Un amor tan grande por su esposa que su pérdida había mutilado su capacidad de amar a su propio hijo.

Acomodé a Léo en mi regazo e incliné el cuerpo un poco hacia delante, acortando la distancia entre nosotros.

—Léo no es el precio que pagó Amanda —dije con firmeza, pero con amabilidad—. Es la parte de ella que se quedó. Es el amor de los dos vivo, respirando, que te necesita. No la has perdido por completo, Arthur. La mitad de ella está justo aquí.

Contuvo la respiración. Una lágrima solitaria se le escapó de los ojos y le resbaló por la mejilla áspera. Arthur no hizo ningún gesto de secársela.

El gesto fue casi instintivo. La tensión entre nosotros atrajo mi mano, y levanté los dedos, rozándole ligeramente el rostro para secarle la lágrima con el pulgar.

Su piel estaba caliente, áspera por la barba sin afeitar. En el momento en que mi dedo tocó su rostro, Arthur no se apartó. Al contrario. Incluyó la cara hacia mi mano, en un gesto mínimo, desesperado por encontrar consuelo, cerrando los ojos bajo mi tacto.

Una oleada de fuego recorrió todo mi cuerpo. Mi corazón empezó a latir tan rápido que pensé que iba a despertar a Léo.

Nos quedamos paralizados en ese contacto. Mi mano sobre su rostro. El calor de su cuerpo. La intimidad de aquella habitación en penumbra.

La tensión cambió drásticamente. El duelo y el miedo dieron paso a algo peligroso, una conciencia repentina y abrumadora del espacio físico que nos separaba. Sus ojos se abrieron lentamente, oscuros, profundos, fijándose en mi boca antes de subir hacia mis ojos.

La mirada que me lanzó me dejó sin aliento. Era hambre, fascinación y el hombre que despertaba bajo la armadura del viudo.

Retiré la mano lentamente, con los dedos temblando ligeramente, y él dejó escapar un suspiro sordo cuando se rompió el contacto.

—La fiebre ha bajado del todo —murmuré, necesitando desesperadamente romper esa burbuja antes de que hiciera alguna locura, como inclinarme y besar el dolor de aquellos labios masculinos.

Miré a Léo, evitando cruzar la mirada con Arthur.

—Voy a acostarlo en la cuna.

Me levanté con cuidado. Arthur se apartó, dejándome espacio, pero siguió observándome con una intensidad que me hacía sentir un hormigueo en la piel bajo el camisón.

Acomodé a Léo en el colchón mullido y lo cubrí con la mantita. Me quedé allí unos segundos, acariciándole el pelo al niño, intentando que mi corazón volviera a latir con normalidad.

Cuando me di la vuelta, Arthur seguía allí.

—Deberías intentar dormir —le dije, cruzándome los brazos sobre el pecho, de repente muy consciente de que mi camisón de

tirantes no era la ropa más adecuada para estar delante de él.

—Hoy le has salvado la vida —dijo con voz grave y ronca, que resonó directamente en mi bajo vientre.

—Solo le di un baño tibio y le di la medicina, Arthur.

—No me refiero solo a la fiebre —dio un paso hacia mí. El aire entre nosotros pareció volverse denso, enrarecido—. No me tienes miedo y luchaste por él.

No sabía qué responder a eso. La verdad es que empezaba a tener mucho miedo, pero no por su arrogancia ni por su carácter. Tenía miedo de cómo su vulnerabilidad me desarmaba y de lo que estaba sintiendo.

—Intenta descansar —repetí, con la voz fallándome estrepitosamente.

Se quedó mirándome durante otro largo y tortuoso segundo, con la mirada ardiendo de mil cosas que no decía.

—Buenas noches, Ana.

Entonces se marchó, cerrando la puerta con suavidad.

Dejé que mi cuerpo se deslizara hasta sentarme de nuevo en el sillón, respirando a bocanadas.

Estaba irremediablemente metida en un lío.

Arthur Albuquerque estaba lejos de ser solo el jefe frío e inalcanzable. Bajo esa coraza de hielo se escondía un hombre cálido, frágil y peligrosamente seductor. Y, por primera vez en mi vida, no quería huir de la tormenta. Quería correr directamente hacia su centro.



ARTHUR

Albuquerque

Capítulo 4

El agua de la ducha caía como agujas de hielo sobre mi espalda, pero ni siquiera la temperatura gélida era capaz de adormecer el torbellino que bullía en mi cabeza.

Apoyé ambas manos en los azulejos oscuros de la cabina de ducha, bajando la cabeza, mientras el agua resbalaba por mi rostro, mezclándose con el agotamiento. No había pegado ojo. Desde que salí de la habitación de Léo en plena madrugada, me pasé el resto de las horas mirando fijamente el techo de mi habitación, aturdido.

No por el fantasma del duelo, como solía ser habitual. Sino por ella...

El roce de la mano de Ana en mi rostro aún me quemaba la piel. Era un calor fantasmal, una marca invisible que parecía haber penetrado mucho más allá de la epidermis, llegando directamente al

centro de mi pecho, donde juraba que ya no quedaba nada más que cenizas.

¿Cómo pude ser tan débil?

Cerré los ojos con fuerza, apreté los dientes y di un puñetazo a la pared de granito. El sonido resonó en el amplio cuarto de baño, ahogado únicamente por el ruido del agua.

Me había dejado llevar. En el momento en que vi a mi hijo ardiendo de fiebre, mi muro de control se derrumbó y me vi desprotegido, expuesto. Y Ana no dio un paso atrás. No me juzgó. Simplemente tomó el control, salvó la noche y, al final, me miró con una comprensión que yo no merecía.

¿Y yo? Casi me incliné para besarla.

El recuerdo de cómo mi propio cuerpo reaccionaba ante su cercanía, la atracción innegable e instintiva que me empujaba hacia aquella chica, me llenó de un pavor absoluto y de una culpa corrosiva. No podía sentir eso. No tenía derecho.

Cerré el grifo de la ducha de un tirón.

Agarré la toalla y me sequé con movimientos bruscos y punitivos. Me puse mi armadura de siempre: traje a medida impecable, corbata de seda, gemelos de plata. Cuando me miré al espejo, el hombre destrozado y vulnerable de la madrugada ya no estaba allí. El CEO frío, distante y calculador había regresado. El hielo había vuelto a su sitio.

Salí del dormitorio y bajé las escaleras de mármol. El reloj del vestíbulo marcaba las siete de la mañana.

Normalmente, la casa estaría sumida en un silencio sepulcral, pero en cuanto me acerqué al pasillo que daba a la despensa, oí algo que hizo que mis pasos se detuvieran.

Una risa.

Era la risa cristalina y ligera de Ana, mezclada con un sonido que hacía tanto tiempo que no oía que tardé en reconocerlo: el balbuceo animado de Léo.

Sentí una dolorosa opresión en el pecho. Avancé lentamente y me detuve en el umbral de la puerta.

La escena que tenía ante mí parecía sacada de una vida que nunca fue la mía. La luz de la mañana entraba por las amplias ventanas, bañando la mesa del desayuno. Ana llevaba unos vaqueros y un jersey suave. Estaba sentada junto a la trona de Léo, sosteniendo un avioncito de juguete en una mano y una cuchara de gachas en la otra.

—¡Mira el avión, Léo! Va a aterrizar en la pista... ¡y ha abierto el hangar! —Hizo el ruido de un motor con la boca, y el niño, con los ojos brillantes y las mejillas sonrosadas, abrió la boquita y aceptó la comida sin oponer resistencia alguna.

Léo sonrió. Mi hijo estaba sonriendo.

Cualquier padre normal sentiría que el corazón se le desbordaba de alegría. Pero yo no era normal. Lo que me invadió fue una oleada de terror indescriptible.

Aquello era vida familiar. Era intimidad. Era el retrato perfecto de la familia que Amanda y yo deberíamos haber sido. Ver a Ana llenando aquel espacio de forma tan natural, tan perfecta, hizo que las defensas que había tardado dos años en construir se pusieran en alerta roja.

Estaba perdiendo el control de mi propio territorio. Estaba perdiendo el control sobre mí mismo.

Ana levantó la vista y me vio allí de pie.

Su sonrisa vaciló durante una fracción de segundo, pero enseguida volvió, más suave, cargada de una intimidad cómplice a causa de la noche anterior. Sus ojos brillaron con una expectación que me provocó náuseas de tanto miedo.

—Buenos días, Arthur. —Volvió a usar mi nombre. Sin el «señor». Como si hubiéramos cruzado una línea de la que ya no había vuelta atrás. —No le ha vuelto a subir la fiebre. Se ha despertado estupendamente.

La dulzura de su voz fue la gota que colmó el vaso.

Tenía que acabar con aquello. Tenía que alejar a esa chica antes de que cavara más hondo y destrozara la burbuja de cristal que mantenía intacta mi cordura.

Enderecé la postura, levanté la barbilla y dejé que toda la frialdad que fui capaz de reunir se apoderara de mi rostro.

—¿Qué significa esto? —Mi voz sonó como un latigazo. Dura, áspera y gélida.

La sonrisa de Ana se desvaneció al instante. La cuchara se quedó suspendida en el aire.

—¿Cómo? —murmuró, confundida.

—Te he preguntado qué significa esto, Ana. —Me adentré en la cocina, haciendo resonar con fuerza mis zapatos contra el suelo. Señalé la mesa y el avioncito que tenía en la mano—. ¿Desde cuándo la comida de mi hijo se ha convertido en un circo?

Ella parpadeó, claramente atónita ante el brusco cambio de actitud. Léo, al percibir el cambio en el ambiente, bajó la cabeza y se encogió de hombros; la sonrisa se desvaneció como el humo. Ver cómo el miedo volvía a sus ojos fue como recibir una puñalada, pero no retrocedí.

—Él... él no quería comer. Solo intentaba que comiera jugando. Acaba de superar un episodio de fiebre...

—No me interesan tus excusas —la interrumpí, sin alterar el tono de voz, pero inyectando un veneno letal en cada sílaba—. Léo tiene una rutina estricta. No necesita tonterías para tragarse una comida. Necesita disciplina.

Ana se levantó lentamente. Sus ojos, que antes me miraban con dulzura y comprensión, reflejaban conmoción y un profundo dolor.

—¿Lo dices en serio? —susurró ella, con voz temblorosa—. Anoche apenas podías mantenerte en pie de tanta desesperación, ¿y ahora vas a discutir conmigo por un juguete en el desayuno?

—Anoche cometí el error de dar rienda suelta a una empleada para que se olvidara de cuál era su lugar. —Las palabras salieron crueles, rasgando el aire entre nosotros. Vi el momento exacto en que dieron en el blanco. Ana tragó saliva, con el rostro palideciendo. —No confundas mi agotamiento momentáneo con intimididad. Yo soy tu jefe. Y tú no eres más que la niñera. Ponte en tu sitio y haz tu trabajo según mis reglas.

El silencio que siguió fue ensordecedor.

Me sentí como un monstruo. El mayor y más cobarde de los monstruos. Sin embargo, el escudo había vuelto. El muro se había levantado de nuevo.

Ana bajó la cabeza, con la mandíbula tensa. Dejó el avioncito de juguete sobre la mesa con una lentitud calculada y le limpió la boca a Léo con una servilleta, sin siquiera mirarme.

—Entendido, señor Albuquerque. —Su voz era fría, profesional, completamente desprovista del alma que yo había conocido horas antes—. No volverá a repetirse.

No esperé a ver nada más. Le di la espalda, ignorando el nudo que me oprimía la garganta, y salí de casa.

Las líneas rectas y los ángulos agudos del plano arquitectónico que tenía delante no tenían ningún sentido.

Estaba en mi despacho de Albuquerque Arquitectura e Ingeniería, un rascacielos de cristal espejado en pleno corazón de

Faria Lima. Aquello era mi reino. Donde los problemas se resolvían con cálculos, presupuestos y estructuras sólidas.

Pero mi mente estaba a kilómetros de allí. Estaba atrapada en la mirada herida de Ana en la mesa del desayuno.

Arrojé el lápiz sobre la mesa de dibujo con un insulto ahogado y me froté la cara con ambas manos. Había sido un canalla. Un sádico. Pero, ¿qué más podía hacer? ¿Dejar que se acercara? ¿Curar las heridas de Léo, mientras abría las mías propias?

—¿Sabes? Tu secretaria acaba de confesarme que está pensando en encerrarse en el baño de mujeres para no tener que lidiar con tu mal humor hoy.

Levanté la cabeza en el instante en que se abrió la puerta de cristal de mi despacho.

Ricardo entró.

Era mi socio, mi amigo de la universidad y, por desgracia, el único ser humano del planeta que no me tenía el más mínimo miedo. Ricardo era mi polo opuesto: vestía trajes de colores claros, no llevaba corbata, tenía el pelo rubio siempre revuelto y una sonrisa cínica grabada en el rostro.

Cerró la puerta tras de sí, acercó una de las sillas de cuero que había frente a mi escritorio y se dejó caer en ella, estirando sus largas piernas.

—Buenos días a ti también —murmuré, volviendo a fijar la mirada en la planta sin ver realmente nada.

—¿Qué pasa esta vez? —Ignoró mi falta de educación—. ¿No ha llegado a tiempo el acero a la obra de Moema? ¿Los inversores japoneses han abandonado el proyecto en la costa? ¿O simplemente te has levantado con tu habitual mal humor de perro rabioso?

—Ninguna de esas opciones. Estoy ocupado, Ricardo. Si no has venido a hablar de trabajo, puedes marcharte.

Cruzó los brazos detrás de la cabeza, observándome con esos ojos verdes perspicaces que detestaba cuando se posaban en mí.

—Es la nueva niñera, ¿verdad? Esa tal Ana.

Mi bolígrafo se detuvo a mitad de un trazo. Obligué a mis músculos a no mostrar ninguna reacción, pero esa vacilación de medio segundo fue suficiente para ese maldito de Ricardo.

—¡Lo sabía! —Soltó una risa seca—. Sônia me envió un mensaje anoche pidiéndome que aplazara nuestra reunión de esta mañana porque Léo estaba enfermo. Y mencionó, muy sutilmente, que tú y la nueva niñera pasasteis la madrugada juntos cuidando de él.

—No pasó nada —repliqué con brusquedad—. El niño tenía fiebre. Ella le dio la medicina. Yo ayudé. Fin de la historia.

—Claro. Fin de la historia. ¿Y por eso te comportas como si alguien te hubiera dado una patada en los huevos?

—Exijo disciplina en esa casa, Ricardo. Ella se pasó de la raya y yo la puse en su sitio. Eso es todo.

Ricardo descruzó los brazos y la sonrisa cínica desapareció de su rostro, sustituida por una seriedad implacable. Se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas.

—¿Sabes una cosa, Arthur? Eres el mejor arquitecto que conozco. Construyes edificios que resisten los terremotos. Pero los muros que has levantado a tu alrededor están asfixiando a todo el que intenta acercarse.

—No quiero a nadie cerca de mí.

—¡Exacto! —Golpeó la mesa—. ¡Ese es el problema, joder! No quieres a nadie. No quieres vivir.

Apreté los puños, con la rabia bullendo en mis venas.

—No sabes de lo que estás hablando.

—Sé muy bien de lo que estoy hablando. Amanda era una de mis mejores amigas. Yo también la quería, Arthur. Sufrí cuando se fue. Pero ella murió. Tú no.

Mencionar el nombre de Amanda fue como un disparo a quemarropa. Me levanté de un salto de la silla, apoyando ambas manos en la mesa y mirando a Ricardo con los ojos en llamas.

—¡No te atrevas a usar su nombre para justificar tus mierdas de teorías psicológicas! ¡Tú no estabas allí! ¡No la viste desangrarse hasta morir para traer a Léo al mundo!

—¿Y por eso castigas al chico? —gritó Ricardo a su vez, levantándose también, sin retroceder ni un milímetro—. ¿Por eso tratas a tu propio hijo como si fuera una bomba de relojería a punto de estallar? ¿Por qué él sobrevivió y ella no?

—¡Cállate, Ricardo! —Mi voz se quebró, con el dolor oprimiendo mi pecho hasta que mi respiración se volvió entrecortada.

Pero él no se calló. Rodeó la mesa y se detuvo a unos centímetros de mi cara.

—Estás huyendo de la vida, tío. Moriste hace dos años en ese quirófano y te olvidaste de decirle a tu propio cuerpo que dejara de respirar. Te escondes detrás de esas plantas, de tu traje caro y de tu cuenta bancaria. Y cuando aparece una chica como esa Ana, alguien a quien no le intimida tu dinero, alguien que trata a tu hijo con el amor que tú te niegas a darle... te entra el pánico.

Tragué saliva. Las verdades de Ricardo eran golpes brutales que destrozaban mis defensas.

—Lo hice para protegerlos —susurré, con el cansancio pesando por fin sobre mis hombros—. Si no amo a nadie, no volveré a perder a nadie.

La expresión de Ricardo se suavizó un poco; la furia dio paso a una lástima que odiaba recibir. Me puso la mano en el hombro y

me lo apretó con fuerza.

—Amanda no querría eso para ti. Y desde luego no lo querría para Léo. Estás desperdiciando la segunda oportunidad que te ha dado la vida. Estás castigando a una chica inocente solo porque te hizo sentir que tu propio corazón volvía a latir.

No esperó a que le respondiera. Me soltó el hombro, se dirigió a la puerta y la abrió, deteniéndose antes de salir.

—Arregla la mierda que le has hecho a la niñera esta mañana. Antes de que se dé cuenta de que el ambiente tóxico que has creado no vale ni todo el sueldo del mundo, haz las maletas y vete, dejando a Léo aún más destrozado de lo que ya está.

La puerta se cerró con un suave clic, dejándome solo en el silencio de la oficina.

Me volví hacia la pared de cristal, observando la ciudad allá abajo. São Paulo latía. Miles de coches, millones de personas corriendo, amando, sufriendo y viviendo. Toda la ciudad estaba viva.

Yo no lo estaba.

Ricardo tenía razón. Yo era un fantasma que acechaba mi propia existencia.

Me llevé la mano al pecho, justo al lugar donde, durante la madrugada, Ana había provocado aquella chispa terrible y maravillosa. Mi corazón estaba allí, latiendo con fuerza, obstinado, exigiendo sentir.

Me moría de miedo. El pánico a amar a Ana y a Léo y a perderlos era el infierno en la Tierra. Pero la idea de volver a la mansión, ver a Ana hacer las maletas y desaparecer en el mundo, dejando la casa sumida de nuevo en aquel silencio gélido... eso me parecía peor que la muerte.

Cerré los ojos y apoyé la frente contra el cristal frío.

Iba a tener que humillarme. Iba a tener que tragarme mi orgullo, mi arrogancia y pedir perdón.

Solo esperaba que no fuera demasiado tarde para arreglar los destrozos que yo mismo había causado.



ANA
Souza

Capítulo 5

La humillación de aquel desayuno siguió quemándome el pecho como ácido durante todo el día.

Las duras palabras de Arthur, su tono cortante y su mirada cargada de un desprecio absurdo resonaban en mi mente a cada segundo. Me habían tratado como basura, me habían puesto «en mi sitio» solo por intentar arrancarle una sonrisa a una niña que vivía sumida en la más profunda tristeza.

Sônia se percató de mi aspecto abatido cuando vino a recoger la bandeja del almuerzo, que no había tocado, pero no dijo nada. El silencio reinaba en aquella casa y yo había aprendido por las malas que romper esa regla salía muy caro.

Me tragué las lágrimas y las ganas de meter mi escasa ropa en la maleta y desaparecer del mundo. Necesitaba el dinero, sí, pero

la verdadera razón por la que no había cruzado aquellas puertas de hierro para no volver jamás estaba sentado en la alfombra de la sala de juegos, montando bloques de colores.

Léo no tenía la culpa de tener un padre con un corazón de piedra.

La fiebre de la madrugada no había vuelto, y el niño parecía haber recuperado la poca energía que le quedaba. Jugamos toda la tarde en silencio. Le sonreía, pero no me atreví a hacer ningún ruido excesivo, aterrorizada ante la posibilidad de que Arthur surgiera de las sombras y vertiera más de su veneno.

El reloj de pared marcaba las cuatro de la tarde. El sol aún bañaba los jardines de fuera, pero el ruido de los neumáticos sobre la grava de la entrada principal me hizo contener la respiración.

El motor del coche de Arthur.

Mi corazón se disparó. Él nunca volvía a casa a esa hora. Su amplio pecho, sus despiadados ojos castaños y su voz autoritaria invadieron mi imaginación, haciendo que se me revolviera el estómago en una mezcla de nerviosismo y rebelión.

Me levanté del suelo rápidamente, alisándome la tela de mis vaqueros, y adopté la postura más rígida y profesional que pude encontrar en mi interior.

Oí los pesados pasos subir por la escalera. Cada golpe de su zapato contra el mármol parecía un aviso de tormenta.

La puerta de la sala de juegos estaba abierta. Cuando se detuvo en el umbral, la imponente silueta de su cuerpo bloqueó la luz del pasillo.

Arthur ya no llevaba la chaqueta. La corbata había desaparecido y los primeros botones de la camisa blanca de vestir estaban desabrochados, dejando al descubierto la piel bronceada y los músculos tensos del cuello. Parecía agotado, como si cargara con

el peso del mundo a sus espaldas, pero me negué a sentir ni una pizca de lástima.

—Señor Albuquerque. —Mi voz sonó gélida, cortante y perfectamente pulida. Un reflejo de lo que él me había dicho horas antes.

Noté cómo se le tensaba la mandíbula. El músculo se le marcaba en el lateral de la cara, y el hombre dio un paso vacilante hacia el interior de la habitación. Sus ojos no estaban fríos como por la mañana; albergaban una oscuridad tormentosa que me dejó momentáneamente sin aliento.

—Ana... —Me llamó por mi nombre. La forma ronca y grave en que las sílabas salieron de su boca hizo que un escalofrío completamente traicionero me recorriera la espalda.

Crucé los brazos sobre el pecho, levantando la barbilla a modo de escudo.

—Léo está bien. La fiebre no ha vuelto y ha comido bien. Si el señor desea un informe detallado de las actividades, puedo redactarlo y dejárselo en la mesa de su despacho, para no molestarle con mi presencia.

Mis palabras le impactaron como un puñetazo. Dio medio paso atrás, cerrando los ojos con fuerza durante un segundo antes de volver a mirarme a los ojos.

—No hace falta ningún informe. No he venido aquí para inspeccionar su trabajo.

—Entonces, ¿en qué puedo ayudarle, señor?

—Deja de llamarme así —le pidió, en un tono que casi sonaba como una súplica contenida.

—Fueron sus órdenes. Yo solo soy la niñera. Me estoy limitando a cumplir con mi deber.

Arthur exhaló con fuerza, pasándose la enorme mano por el pelo y despeinándose aún más los mechones oscuros. No parecía el CEO arrogante de esa misma mañana, sino más bien un hombre al borde de un abismo, luchando desesperadamente por no caer.

Léo, al percibir la presencia de su padre, soltó los bloques y se encogió de hombros. El niño bajó la cabeza, exactamente igual que había hecho en la mesa del desayuno.

La visión de aquel miedo destrozó lo que quedaba de mi corazón y encendió una furia incontrolable en mi interior.

—Si has venido aquí para volver a asustar a tu hijo, te pido que te vayas —espeté, sin poder contenerme, interponiéndome entre él y el niño—. No se merece que lo traten como una carga. Ningún niño se lo merece.

—Yo no lo veo como una carga. —Su voz tembló, cargada de un dolor tan crudo que casi me hizo retroceder.

—No es lo que parece.

Nos quedamos mirándonos fijamente. La distancia entre nosotros era de solo unos pasos, pero la tensión en el aire era tan densa que apenas podía respirar. La estúpida e irracional atracción que sentía por aquel hombre chocaba de frente con mi instinto protector.

—Tienes toda la razón, Ana. —Su confesión me pilló completamente por sorpresa.

Deshice la postura de brazos cruzados, confundida.

—¿Qué has dicho?

—He dicho que tienes razón. —Dio un paso hacia mí, con la mirada clavada en la mía de una forma que me dejó mareada—. He sido un cobarde. Un canalla sádico y arrogante. He descargado en ti y en mi hijo un terror que me está consumiendo desde hace dos años.

Me quedé sin palabras. Mis labios se entreabrieron, pero no salió ningún sonido.

Arthur se detuvo a unos centímetros de mí. El calor de su cuerpo emanaba hacia mí, y el perfume amaderado, mezclado con el olor natural de su piel, invadió mis pulmones.

—Cuando te vi sonriendo con él esta mañana... cuando me di cuenta de la familia que podría haber tenido y que el destino me arrebató, me entró el pánico. El miedo a perder el control y a volver a encariñarme me cegó. Y te atacué para mantenerte alejada.

Tragué saliva, con el corazón latiéndome tan fuerte que temí que pudiera oírlo.

—No tienes derecho a utilizarme como saco de boxeo para tus traumas, señor. No soy tu válvula de escape.

—Lo sé. —Bajó la cabeza y, en un gesto que nunca habría imaginado ver en él, Arthur levantó la mano y me rozó el perfil de la cara con la yema de los dedos.

El roce de su piel contra mi mandíbula fue como una chispa cayendo sobre un barril de pólvora. Contuve la respiración y mis ojos se abrieron de par en par ante aquel contacto íntimo.

—No merezco que te quedes. No merezco la dulzura que has traído a esta casa.—Su pulgar acarició mi mejilla con suavidad, casi con reverencia. —Pero te suplico que no te vayas, Ana.

El sonido de mi nombre en su voz, la vulnerabilidad que se reflejaba en su mirada y el calor de su mano en mi rostro desarmaron todas las defensas que había pasado todo el día construyendo.

Arthur no solo estaba pidiendo perdón. Estaba arrastrándose para salir de su propio infierno y, al mirar en lo más profundo de esos ojos castaños atormentados, supe, con una mezcla de terror y fascinación, que ya estaba irremediablemente entregada a aquel hombre.



ARTHUR

Albuquerque

Capítulo 6

La tormenta comenzó poco antes de medianoche, anunciándose con un viento denso que aullaba contra los enormes ventanales de mi despacho.

Estaba inclinado sobre una maqueta, intentando encontrar lógica en líneas y ángulos, pero mi mente seguía atrapada en la tarde anterior. El recuerdo de Ana, con el rostro erguido, los ojos castaños chispeando de indignación y, poco después, la suavidad de su piel bajo la yema de mis dedos, me atormentaba.

Un trueno sordo rasgó los cielos, haciendo vibrar las paredes de la mansión.

Levanté la cabeza y miré fijamente la oscuridad del exterior. La lluvia comenzó a azotar los cristales con una violencia aterradora.

La naturaleza parecía haberse derrumbado, reflejando a la perfección la guerra que se libraba dentro de mi propio pecho.

Le había pedido que se quedara. Se lo había suplicado, arrastrándome fuera de mi pozo de arrogancia, y el hecho de que no hubiera hecho las maletas y se hubiera marchado era un alivio que me aterrorizaba.

Otro trueno, esta vez mucho más fuerte, retumbó justo encima de la casa.

Al instante siguiente, las luces parpadearon y se apagaron.

La mansión se sumió en una oscuridad absoluta. El zumbido constante del aire acondicionado cesó, dejando solo el ruido ensordecedor de la lluvia y el viento azotando el tejado.

Mi primer instinto, forjado por años de huida e indiferencia, fue palpar la mesa en busca del móvil para llamar a la conserjería y exigir que pusieran en marcha el generador. Pero, antes de que mis dedos encontraran el aparato metálico, un sonido frágil y agudo atravesó el pasillo.

Un grito.

Léo.

Se me paró el corazón por un instante. No me paré a pensar. No llamé a Sônia ni intenté convencerme de que la niñera se encargaría de todo.

Mi hijo tenía miedo.

Agarré el móvil, encendí la linterna y salí del despacho de un salto. El haz de luz blanca atravesó el pasillo sumido en la oscuridad, mientras yo corría, con mis pies descalzos golpeando en silencio contra el frío suelo de gres.

Cuando llegué a la puerta de la habitación de Léo, ya estaba abierta de par en par.

El haz de luz de mi linterna barrió la habitación y se topó con una escena que me dejó completamente sin aliento.

Ana estaba sentada en medio de la mullida alfombra. Llevaba un pijama de algodón gris, sencillo y ligeramente holgado, pero que se ceñía a las curvas de su cuerpo de una forma que me dejó instantáneamente desarmado. Su cabello oscuro caía en una cascada desordenada sobre uno de sus hombros.

Léo se aferraba a su cuello, con la carita escondida en la curva de la clavícula de Ana, sollozando de miedo con cada nuevo estruendo que llegaba desde fuera.

—Shh... Ana está aquí, cariño. Solo es el ruido de las nubes aplaudiendo, no tienes por qué tener miedo —le susurraba ella, acunando su cuerpecito con una dulzura que me cerró la garganta con un nudo doloroso.

Apagué la linterna del móvil para no asustarlos aún más con la luz directa y activé solo la tenue iluminación de la pantalla, dejando el aparato sobre la cómoda. La habitación quedó bañada en una penumbra azulada, recortada únicamente por los destellos plateados de los relámpagos que se colaban por la rendija de la cortina.

Di un paso hacia el interior de la habitación.

—Ana. —Mi voz sonó ronca, casi un susurro.

Ella levantó la cabeza bruscamente. Sus ojos castaños se encontraron con los míos en la oscuridad, brillando con una mezcla de sorpresa y alivio.

—Arthur... El generador no se ha puesto en marcha. Y le aterroriza la oscuridad, sobre todo combinada con el ruido —explicó, con la respiración ligeramente entrecortada mientras acariciaba la espalda de mi hijo.

—El generador debe de tener algún problema en el panel automático —dije mientras me acercaba a ellos.

Un nuevo rayo rasgó el cielo, iluminando el entorno durante una fracción de segundo, seguido de un trueno que hizo temblar el suelo.

Léo soltó un grito ahogado y se acurrucó aún más contra ella.

El instinto protector, que durante dos años había permanecido enterrado bajo capas de duelo y cobardía, estalló dentro de mí. No quise dar marcha atrás. No quise huir.

Me arrodillé en la alfombra, justo frente a ellos. El calor del cuerpo de Ana emanaba hacia mí, mezclado con el embriagador aroma a jabón neutro y vainilla.

—Léo —lo llamé, con mi voz más firme, pero cargada de un cariño que había olvidado cómo usar—. Hijo.

Dejó de llorar por un segundo. Su cabecita se movió lentamente y sus grandes ojos almendrados, llenos de lágrimas, buscaron mi rostro en la penumbra.

—Papá está aquí. —Extendí las manos hacia él, con las palmas abiertas y mi propio corazón latiendo tan fuerte que temí que se me saliera del pecho—. Ven aquí.

Su vacilación fue como una puñalada. Era el precio que pagaba por mi ausencia. Pero Ana intervino. Con una sutileza conmovedora, apartó ligeramente el cuerpo del niño y susurró:

—Ve con él, Léo. Papá es grande, no dejará que la tormenta te atrape.

Sus palabras fueron el empujón que él necesitaba.

Léo se inclinó hacia delante y sus breves bracitos se cerraron alrededor de mi cuello. El impacto del cuerpecito de mi hijo contra mi amplio pecho fue lo más abrumador que he experimentado en mi vida.

Lo agarré. Lo atraje hacia mí y le rodeé la espalda con mis grandes brazos, hundiendo la cara en los suaves rizos de su pelo de

niño. Sentí cómo sus lágrimas calientes mojaban la piel de mi hombro, pero no me importó. Ese abrazo curó una fractura en mi alma que ni siquiera sabía que se pudiera reparar.

Cerré los ojos, respirando hondo, inhalando el olor de mi niño.

—Estoy aquí, grandullón. Nadie te va a hacer daño. Te lo prometo.

Me quedé meciéndolo sobre la alfombra, mientras la lluvia seguía azotando la ventana. Ana no se alejó. Se quedó arrodillada allí, a menos de un palmo de distancia de mí.

Cuando abrí los ojos, me encontré con los suyos fijos en mi rostro. Había una admiración profunda y silenciosa en la forma en que me miraba. Ni lástima, ni juicio, solo una conexión tan cruda y verdadera que me dejó sin aliento.

El llanto de Léo fue amainando hasta convertirse en pequeños sollozos agotados. Su peso en mis brazos aumentó, señal de que el cansancio estaba venciendo al miedo.

—Se está quedando dormido —susurró Ana, con esa voz suave que me acariciaba los oídos.

—Será mejor que lo acostemos —le respondí en voz baja, sin querer romper la burbuja en la que nos encontrábamos.

Me levanté con Léo todavía pegado a mí. Ana se levantó justo después, ayudándome a apartar las pesadas mantas de la cama de matrimonio que había en la esquina de la habitación, una cama que solía utilizarse para las niñeras en las noches difíciles.

Acomodé a mi hijo en el centro del colchón, pero en cuanto intenté alejarme, su manita se aferró al cuello de mi camisa con una fuerza sorprendente.

—No... —murmuró con los ojos cerrados, con voz entrecortada.

—Todavía está asustado —concluyó Ana, de pie al otro lado de la cama.

Un trueno más lejano retumbó en el cielo, confirmando sus palabras. Léo se retorció, angustiado.

—No voy a salir de aquí —le aseguré al niño, tumbándome a su lado, sobre las mantas. Acomodé el brazo para que su cabeza descansara sobre mi pecho.

Miré a Ana. La oscuridad envolvía su silueta, pero la luz de la pantalla del móvil reflejaba los delicados rasgos de su rostro. Se frotó los brazos, pareciendo de repente muy vulnerable.

—Tú también deberías acostarte. —Las palabras se me escaparon de la boca antes de que mi cerebro pudiera filtrarlas.

Ella vaciló, con los ojos muy abiertos en la penumbra.

—Arthur... no creo que...

—Acuéstate, Ana. —Mi voz fue una orden y una súplica al mismo tiempo. —Él confía en ti. Si se despierta y no te ve aquí, volverá a entrar en pánico y la casa está helada.

La lógica irrefutable venció su reticencia.

Con un suspiro silencioso, Ana rodeó la cama y se acostó al otro lado de Léo. Mi hijo quedó en medio, el refugio seguro y el único escudo que impedía que ella y yo chocáramos de forma catastrófica.

Tiré de la colcha, cubriendo a Léo y a ella.

El silencio se apoderó de nosotros, solo roto por el sonido monótono de la lluvia y por la respiración profunda de Léo, que rápidamente se sumió en un sueño profundo y agotado.

Pero para mí y para Ana, dormir era imposible.

La oscuridad amplificó todos mis sentidos de una forma torturante. Su olor impregnaba el aire a mi alrededor. Una mezcla de

jabón, piel limpia y algo dulce que estimulaba directamente la parte más primitiva de mi cerebro.

La cama no era tan grande. Cada vez que ella se movía unos milímetros para acomodarse, su rodilla rozaba mi pierna a través de las mantas.

Esos roces accidentales eran como brasas cayendo sobre mi piel desnuda.

La tensión en la habitación ya no tenía que ver con el miedo a la tormenta. El aire se volvió denso, enrarecido. Una electricidad sofocante se instaló entre nosotros dos, vibrando a la misma frecuencia que los truenos.

Giré la cabeza sobre la almohada, quedando frente a ella.

Ana ya estaba de cara a mí. Nuestros rostros estaban a menos de dos palmos de distancia, separados únicamente por la cabecita dormida de Léo.

Un relámpago iluminó la habitación por un instante.

Vi cómo tenía los labios ligeramente entreabiertos. Vi cómo se le aceleraba la respiración, cómo le subía y bajaba el pecho bajo el pijama de algodón de una forma que me hizo apretar la mandíbula hasta que me dolieron los dientes.

Estaba tan cerca. *Tan peligrosamente cerca...*

—¿Estás despierta? —Mi voz sonó entrecortada, demasiado ronca.

—Sí.—Su susurro fue como terciopelo rasgando la oscuridad.

—¿No tienes frío? —pregunté, consumido por la necesidad de seguir escuchando su voz.

—No. Aquí hace calor.

Tenía razón. El calor que irradiaban nuestros cuerpos había convertido la cama en un horno. Pero no era un calor físico. Era la

tensión. La expectación enloquecedora de lo que pasaría si Léo no estuviera entre nosotros.

Llevé la mano libre, la que no sostenía a mi hijo, hasta la sábana. Mis dedos se deslizaron por la tela hasta encontrar los suyos.

Ana contuvo el aliento de forma audible.

Debería haber dado marcha atrás. Sabía que estaba jugando con fuego y que involucrarme con la empleada que cuidaba de mi hijo traumatizado era la receta perfecta para el desastre. El fantasma de Amanda gritaba en lo más profundo de mi mente, advirtiéndome de que estaba a punto de echarlo todo a perder otra vez.

Pero el ansia de sentirme vivo se impuso.

Entrelacé mi dedo meñique con el suyo. Fue un contacto mínimo, casto, pero la explosión de sensaciones que me invadió fue de una magnitud indescriptible.

Su piel era suave y ardía contra la mía.

Ana no se echó atrás. Al contrario. Lentamente, giró la mano y entrelazó sus dedos con los míos. Su palma se pegó a la mía.

Cerré los ojos con fuerza, reprimiendo un gemido que se formó en la base de la garganta. El apretón de su mano en la oscuridad fue como un ancla que me sacaba de aquel océano de vacío en el que llevaba dos años ahogándome.

Abrí los ojos. En la penumbra, podía sentir su mirada clavada en mí.

—Arthur... —Mi nombre en su boca sonaba como un pecado.

—No digas nada, Ana. —Le apreté la mano, acariciando con el pulgar el dorso de su suave mano de forma casi desesperada—. Solo... no sueltes mi mano.

No la soltó.

Nos quedamos así mientras la tormenta rugía ahí fuera. El ruido del viento contra las ventanas parecía un sonido lejano en comparación con el estruendo ensordecedor de mi propio corazón martilleando en mis tímpanos.

La necesidad cruda y casi animal de atraerla hacia mis brazos, de saltar por encima de mi hijo y devorar la boca de aquella mujer era tan intensa que me dolían los músculos por el esfuerzo de mantenerme en mi sitio.

Quería saborearla, hundir el rostro en su cuello e inhalar ese perfume hasta perder la cordura. Deseaba arrancarle ese pijama de algodón y descubrir si el resto de su piel era tan cálida y suave como la mano que se entrelazaba con la mía.

La atracción no era solo física; era una gravedad implacable. Ella poseía todo lo que a mí me faltaba: luz, dulzura, fuerza y valor.

Un rayo estalló muy cerca, seguido de un estruendo que hizo que las ventanas se sacudieran.

Ana se sobresaltó en la cama, asustada, y su cuerpo se inclinó instintivamente hacia delante. Su rostro quedó a pocos centímetros del mío.

Notaba su aliento cálido rozándome la barbilla. El aroma a vainilla invadió mis pulmones, nublando mi juicio.

Sus ojos se veían oscuros en la penumbra, fijos directamente en mi boca.

El tiempo se detuvo. La lluvia de fuera desapareció. El mundo entero se redujo a ese pequeño espacio entre nuestros labios.

Podía acortar la distancia. Solo tenía que inclinar la cabeza unos centímetros. Su boca estaba ahí, entreabierta, esperando... Podía sentir su deseo reflejando el mío, en una fuerza magnética que suplicaba el contacto.

Sin embargo, justo en ese instante exacto de rendición absoluta, Léo se movió entre nosotros.

Su piernecita golpeó mi cadera y él murmuró con un largo suspiro, acurrucándose y girando la cara hacia un lado, aún sumido en un sueño profundo.

El movimiento de mi hijo rompió el hechizo como un chorro de agua helada.

El pánico volvió, afilado como una navaja. ¿Qué estaba haciendo? Estaba a punto de besar a la niñera de mi hijo en la misma cama en la que él dormía, escondiéndome en la oscuridad como un adolescente, actuando impulsado por la lujuria y por una necesidad enfermiza.

El peso de mi culpa se abatió sobre mí. El recuerdo de todo lo que no podía tener. El recuerdo de que destruía todo lo que me atrevía a amar.

Giré la cabeza bruscamente hacia un lado, rompiendo el contacto visual. La respiración de Ana se entrecortó, y sentí el momento exacto en el que la realidad también la golpeó a ella.

Apreté los ojos y solté su mano lentamente, deslizando mis dedos por los suyos con una lentitud dolorosa y renuente. El vacío que se instaló en mi palma fue insoportable.

—Intenta dormir —mi voz sonó áspera, dura y fría. Una mentira patética para disimular el hecho de que por dentro me estaba derrumbando.

Ana no respondió. Se retiró a su lado de la cama, subiéndose la manta hasta los hombros. El silencio que se formó entre nosotros era denso, cargado de un rechazo mudo y de una tensión sexual sin resolver que amenazaba con volverme loco.

Me quedé mirando el techo oscuro el resto de la noche, con el cuerpo de mi hijo pegado a mi lado y la mujer que estaba poniendo mi mundo patas arriba al otro lado.

Estaba tumbado en la oscuridad, escuchando cómo la lluvia amainaba ahí fuera; sin embargo, la verdadera tormenta acababa de

empezar dentro de mí. Tenía la aterradora certeza de que no había ningún refugio lo suficientemente seguro en el mundo para protegerme de ella.



ANA
Souza

Capítulo 7

El día que siguió a la tormenta se hizo eterno, marcado por un silencio tan denso que parecía robar el oxígeno de los pasillos de la mansión.

Arthur había desaparecido incluso antes de que saliera el sol. Cuando Léo y yo nos despertamos, la cama estaba vacía, las sábanas frías, y la única prueba de que la noche anterior no había sido un delirio de mi mente era la almohada arrugada con el embriagador aroma de su perfume amaderado.

Pasé las horas como en piloto automático. Jugué con Léo, le di de comer, le conté cuentos, pero mi mente estaba atrapada en la oscuridad de aquella habitación, en el momento exacto en que nuestros dedos se entrelazaron y su aliento rozó mi cara. El casi beso... La casi rendición...

Cuando por fin cayó la noche y acosté al niño en su propia cuna, el agotamiento físico debería haberme derribado, pero mi mente iba a mil por hora.

Me di un baño caliente, me puse un albornoz de seda ligero que había comprado con mi primer sueldo —un pequeño lujo para recordarme que era dueña de mí misma—, y bajé las escaleras. Necesitaba un té. Necesitaba cualquier cosa que calmara el ardor en mi pecho.

La mansión estaba sumida en la penumbra. Las luces principales estaban apagadas, y solo quedaban los apliques de las paredes, que proyectaban largas sombras sobre el suelo de porcelánico.

Al pasar por el vestíbulo que daba acceso a la biblioteca, me quedé paralizada.

La puerta doble de roble estaba entreabierta. Una luz dorada y tenue se escapaba por la rendija, junto con el sonido suave de una música clásica que sonaba en algún vinilo antiguo. Mi corazón dio un triple salto, latiendo con tanta fuerza contra mis costillas que temí que se oyera.

Mi instinto me ordenó dar media vuelta. Volver a mi habitación, cerrar la puerta con llave y huir de la fuerza magnética que aquel hombre ejercía sobre mí. Sin embargo, mis pies se negaron a obedecer.

Empujé la puerta lentamente.

Arthur estaba allí.

El hombre estaba sentado en el sillón de cuero oscuro, de espaldas a la gran chimenea apagada. Había un vaso de cristal olvidado sobre la mesita auxiliar, con el hielo ya derretido en el fondo del whisky. Se había quitado la chaqueta y la corbata. Llevaba la camisa blanca de vestir con las mangas remangadas hasta los codos y los primeros botones desabrochados, dejando al descubierto la piel bronceada del pecho.

Tenía la cabeza echada hacia atrás, los ojos cerrados y una expresión en el rostro que denotaba un agotamiento tan crudo y profundo que me dejó sin aliento.

Di un paso hacia dentro. El suelo de madera crujió de forma casi imperceptible, pero fue suficiente.

Sus ojos se abrieron al instante, oscuros e implacables, clavándose en mí.

El aire se esfumó de la biblioteca.

Nos quedamos mirándonos en silencio. La distancia entre la puerta y el sillón parecía un abismo insuperable, pero, al mismo tiempo, sentía como si su piel ya rozara la mía. La tensión de la madrugada anterior estaba allí, multiplicada por mil, llenando cada espacio vacío de aquella enorme habitación.

—Solo iba a prepararme un té —murmuré, con la voz entrecortada, en un susurro frágil que interrumpió la música clásica—. Perdona las molestias.

Hice ademán de retroceder, pero su voz me paralizó.

—No te vayas.

Solo fueron dos palabras, pero sonaron como una súplica disfrazada de orden.

Arthur se levantó lentamente. El vaso tembló sobre la mesa cuando se topó con ella. Caminó hacia mí con pasos lentos y medidos, como los de un depredador que acorrala a su presa, pero la vulnerabilidad de su mirada desmentía cualquier atisbo de agresividad.

—Me he pasado todo el día en la oficina de la empresa intentando firmar contratos que ni siquiera he podido leer —confesó, deteniéndose a menos de un metro de mí. Su respiración ya era pesada—. Me he pasado horas mirando el cristal espejado, y lo único que veía era tu rostro, Ana. Tu olor no se me va de encima.

Tragué saliva. Mis piernas amenazaron con ceder.

—Arthur... deberíamos mantener la distancia. Tú dijiste...

—Sé lo que dije. —Dio un paso más, rompiendo la distancia de seguridad entre nosotros. El calor de su cuerpo se irradió contra mi bata de seda, haciendo que cada poro de mi piel se erizara—. Me pasé dos años construyendo un infierno seguro de indiferencia, y tú has necesitado dos semanas para echarlo todo por tierra. Ya no puedo estar lejos de ti.

Levanté la cara y me encontré con la tormenta castaña de sus ojos. El destello de deseo que vi allí era tan primitivo, tan absoluto, que cualquier atisbo de racionalidad que aún me quedara se evaporó.

—Pues no te vayas —susurré.

Fue la ruina de todas las barreras.

Arthur dejó escapar un gemido grave, un sonido que brotaba del fondo de su alma, y sus manos volaron hacia mi rostro. Ya no dudó más. Su boca se abalanzó sobre la mía con una urgencia desesperada, hambrienta, como si yo fuera la primera gota de agua tras años de sequía.

El impacto de sus labios contra los míos hizo que todo mi mundo diera vueltas. Abrí la boca en un suspiro de sorpresa, y su lengua la invadió, posesiva, cálida y con sabor a whisky.

Le correspondí con la misma intensidad, rodeándole el cuello con los brazos y pegándome a su cuerpo rígido y musculoso. Las grandes manos de Arthur bajaron de mi rostro, me agarraron la cintura con firmeza y me levantaron del suelo.

Instintivamente, le rodeé la cintura con las piernas.

Él no interrumpió el beso. Caminó conmigo por la habitación, chocando contra un mueble hasta que mi espalda golpeó suavemente contra la fría pared. El contraste del mármol helado

contra mi espalda y el fuego abrasador del cuerpo de Arthur presionado contra mí me arrancó un gemido de la garganta.

—Eres tan guapa... Tan perfecta... —susurró contra mis labios, con la respiración entrecortada, mientras su boca descendía hacia mi barbilla, trazando una línea de besos húmedos y chupetones hasta la curva de mi cuello.

Eché la cabeza hacia atrás, clavándole las uñas en sus anchos hombros. Cada caricia de su boca me enviaba una descarga eléctrica que me recorría la columna vertebral y se acumulaba en mi bajo vientre de una forma enloquecedora.

Las manos de Arthur desataron el nudo de mi bata de seda con un único tirón impaciente. La tela se deslizó por mis hombros y cayó al suelo, dejándome solo con un conjunto de lencería de encaje fino.

Se apartó una fracción de milímetro, lo justo para mirarme. Sus ojos recorrieron mi cuerpo semidesnudo bajo la luz dorada de la biblioteca. Su mirada era una adoración silenciosa. Me miraba como si fuera la criatura más preciosa y sagrada que jamás hubiera tocado, lo que hizo que mi corazón se desbordara. Creí sintiéndome rechazada por el mundo, pero, en ese instante, yo era el centro de todo el universo de aquel hombre.

—Me toca a mí —dije, con la voz ronca por el deseo.

Deslicé las manos por el pecho de Arthur, sintiendo los latidos desordenados de su corazón bajo la camisa blanca. Mis dedos temblorosos encontraron los botones. Los desabroché uno a uno, empujando la tela por sus anchos hombros hasta que la camisa también cayó al suelo.

Estaba caliente, con el pecho definido y los músculos abdominales marcados por la respiración entrecortada. Le pasé ligeramente las uñas por la piel, escuchando el jadeo que se le escapó de los labios.

No pudo aguantar más.

Con un movimiento rápido, Arthur me volvió a coger en brazos. Sus manos me apretaron las nalgas, al descubierto bajo el fino encaje, y yo escondí el rostro en su cuello, aspirando su embriagador aroma, mientras me llevaba fuera de la biblioteca.

Subimos las escaleras en un silencio cargado de tensión sexual. Cada paso parecía una eternidad. No me llevó a mi habitación. Siguió recto por el pasillo, empujando con el hombro la pesada puerta doble al final del ala oeste.

Su santuario. El lugar donde nadie entraba.

La habitación estaba a oscuras, iluminada únicamente por la luz de la luna que entraba por los enormes ventanales de cristal. La cama, situada en el centro, era monumental. Arthur se acercó hasta allí y me acostó sobre el edredón oscuro con una delicadeza que contrastaba con la fuerza brutal que poseía.

Se detuvo al pie de la cama. Bajo el haz de luz plateada, lo vi quitarse el cinturón de cuero. Los pantalones de vestir cayeron al suelo.

Mi cuerpo hormigueaba de pura expectación. La visión de la imponente erección de aquel hombre, bañada por la luz de la luna, me secó la boca. Era magnífico, pero desprendía el mismo aura de soledad que siempre le acompañaba.

Hasta ese momento.

Arthur se subió a la cama, arrastrándose de rodillas hasta quedar suspendido sobre mí. Sus grandes manos se apoyaron a ambos lados de mi cabeza, y se inclinó, rozando su nariz con la mía, con las frentes pegadas.

—He pasado dos años creyendo que no era más que escombros —susurró, con voz temblorosa por la emoción—. Pero cuando te miro, Ana... siento que puedo volver a respirar.

Una lágrima caliente se me escapó de los ojos, conmovida por la entrega absoluta de aquel hombre tan reservado.

—Pues respira, Arthur. —Le llevé las manos a la cara, atrayéndolo hacia mí—. Respira conmigo.

Él unió nuestros labios con una ternura que me partía el corazón. Ya no había la urgencia desesperada del pasillo, ahora había reverencia. Me besó lentamente, saboreando cada rincón de mi boca, explorándome con una paciencia deliciosa.

Sus labios bajaron por mi barbilla, llegando a la sensible piel de mi cuello. Cerré los ojos cuando las hábiles manos de Arthur desabrocharon mi sujetador. La prenda cayó al suelo y, al instante, me encontré completamente desnuda ante él.

Su boca caliente descendió hacia mi pecho. El impacto de su lengua húmeda y áspera rodeando mi pezón me hizo arquear la espalda, dejando escapar involuntariamente un gemido agudo. Sus manos bajaron por mis costillas, acariciando la curva de mi cintura con los pulgares, antes de llegar a la goma de mis braguitas de encaje.

—Tan sensible... Tan perfecta... —elogió, con esa voz grave que me hacía sentir vibraciones directamente en la piel.

Arthur deslizó la prenda por mis piernas y la lanzó lejos. Me quedé completamente desnuda, vulnerable y entregada.

El viudo deslizó su cuerpo por la cama. Sentí el calor de su aliento entre mis muslos y mi corazón dio un vuelco. Abrí las piernas instintivamente, y Arthur no dudó.

Cuando la lengua cálida y experta de Arthur me tocó en mi punto más sensible, una descarga eléctrica recorrió mi sistema nervioso. Agarré las sábanas con ambas manos, retorciendo la tela oscura mientras mi cuerpo se contorsionaba bajo el placer abrumador que él me proporcionaba.

Arthur conocía exactamente el ritmo, la presión y la fuerza necesarios para llevarme al borde de la locura. Su boca hacía maravillas, mientras sus ágiles dedos encontraban el camino hacia mi interior, preparándome y llevando mi paciencia al límite.

—Arthur... —le supliqué, jadeando, con la voz reducida a un suspiro entrecortado—. Arthur, por favor...

Él respondió a mi llamada.

Volvió a recorrer mi cuerpo, con los ojos oscuros ardiendo con un fuego inextinguible. Arthur se acomodó entre mis piernas. El contacto de la piel sudorosa de su pecho contra mis pechos provocó una deliciosa fricción.

—Mírame, Ana —me pidió, sujetándome la cara con ambas manos.

Abrí los ojos y me encontré con su alma abierta ante mí. No había barreras. El hombre de hielo se había derretido por entero, revelando un corazón que latía solo para nosotros dos en ese momento.

Sentí su miembro rígido rozar mi entrada, ardiendo contra mi piel húmeda.

Con un impulso firme, pero increíblemente cuidadoso, me llenó por completo.

Un suspiro colectivo se escapó de nuestras bocas.

La sensación de plenitud fue tan profunda que las lágrimas volvieron a llenarme los ojos. El encaje era tan perfecto que parecía que nuestras almas hubieran sido diseñadas la una para la otra. Esa unión física acalló todas mis dudas y todos sus fantasmas.

Clavé las uñas en la amplia espalda de Arthur, atrayéndolo aún más hacia mí, eliminando cualquier espacio entre nosotros.

Él empezó a moverse. Despacio al principio. Una embestida larga y arrastrada que me hizo poner los ojos en blanco y jadear su nombre. Se retiraba casi por completo, solo para hundirse de nuevo con una presión deliciosa que me hacía vibrar de placer.

Con cada movimiento, la fricción de piel contra piel, el sonido de nuestra respiración entrecortada llenando la enorme habitación y

la forma en que me miraba... todo ello se convirtió en la sinfonía más perfecta que jamás había escuchado.

Poco a poco, el ritmo fue aumentando. El cuidado reverencial dio paso a una pasión animal. El instinto se apoderó de nosotros. Arthur me sujetó las caderas con fuerza, guiando los movimientos, y las embestidas se volvieron más profundas, más fuertes y rítmicas.

Levanté el cuerpo para recibirlo con cada embestida, respondiendo a la misma necesidad desesperada que lo dominaba. Nuestros cuerpos chocaban; el sonido de la piel al chocar y de las sábanas al revolverse creaba la banda sonora de nuestra redención.

Bajó la cabeza y me mordió la curva del hombro, ahogando su propio gemido ronco.

El placer se fue acumulando, subiendo por mi cuerpo como una ola gigante. Una deliciosa tensión en mi bajo vientre se expandía, amenazando con estallar en cualquier momento.

—Arthur... estoy a punto... —gimí, arañándole la espalda y tirándole con fuerza del pelo de la nuca.

Encontró el ángulo perfecto, ese punto de placer indescriptible, y lo alcanzó una y otra vez con una precisión que me dejó sin aliento.

No pude contenerme.

La explosión me golpeó con la fuerza de una supernova. El orgasmo desgarró mi cuerpo, en una cascada de deliciosos espasmos que me hicieron gritar su nombre en la oscuridad. Mi interior se contrajo violentamente a su alrededor, exprimiéndolo.

Fue la perdición de Arthur.

Sentí cómo su cuerpo se tensaba sobre el mío. Con una última embestida profunda y desesperada, Arthur se hundió en mí. Su gemido ronco y gutural llenó la habitación cuando se derrumbó, derramando su calor dentro de mí y temblando bajo el impacto de su propio clímax.

Nos quedamos abrazados, con los cuerpos pegados, jadeantes, sudorosos y recuperando el aliento en un silencio divino.

Arthur dejó que todo el peso de su cuerpo se relajara sobre el mío, escondiendo el rostro en mi cuello, y yo no hice nada por apartarlo. Le abracé el pecho, acariciándole el pelo húmedo por el sudor.

Los latidos de nuestros corazones se fueron sincronizando poco a poco, como si, en el silencio de aquella noche de entrega, hubiéramos hecho un pacto mudo con el destino.

Arthur giró la cara y me besó la suave piel debajo de la oreja.

—Me has salvado —murmuró con voz entrecortada, mientras su fuerte brazo rodeaba mi cintura para no dejarme ir a ninguna parte.

Cerré los ojos y apoyé mi rostro contra el suyo. En aquella cama inmensa, en el santuario que antes era prohibido, las cicatrices del abandono que había cargado toda mi vida y la culpa que él mantenía como castigo parecían haberse borrado por entero.

Al menos aquella noche, la soledad ya no tenía cabida entre nosotros. Éramos uno solo.



ARTHUR

Albuquerque

Capítulo 8

El primer sentido en despertarse fue el olfato.

Antes incluso de que abriera los ojos o de que mi mente pudiera asimilar dónde me encontraba, el dulce y embriagador aroma de la vainilla, mezclado con el cálido olor de la piel desnuda, inundó mis pulmones. Era un olor vivo. Vibrante.

A continuación, llegó el tacto.

Había un peso suave y cálido descansando sobre mi pecho. Un brazo suave cruzaba mi abdomen, y una pierna lisa se entrelazaba con la mía bajo la pesada textura del edredón. Mi mano izquierda estaba hundida en una maraña de cabellos sedosos que se extendían por la almohada.

Respiré hondo, sintiendo una paz profunda y silenciosa que no había experimentado en más de mil días. Durante una fracción de segundo, no era el viudo destrozado, el padre distante ni el hombre que cargaba una nube de culpa sobre los hombros. Era simplemente un hombre, tumbado en mi propia cama, saciado y anclado en el puerto seguro del calor humano.

Poco a poco, abrí los ojos.

La habitación seguía inmersa en una penumbra azulada; los primeros rayos de la mañana intentaban atravesar la gruesa tela de las cortinas que cubrían los enormes ventanales de cristal. La lluvia de la noche anterior había cesado, dejando tras de sí un aire húmedo y el silencio típico de las mañanas de domingo.

Incliné ligeramente la cabeza hacia abajo.

Ana dormía profundamente. Tenía la cara apoyada en mi hombro, los labios ligeramente entreabiertos, y su respiración tranquila y rítmica rozaba mi piel. La tenue luz dibujaba las largas sombras de sus pestañas sobre sus mejillas. Estaba deslumbrante en su vulnerabilidad. El recuerdo de las horas que habíamos pasado entregados el uno al otro, de la forma en que me había acogido en su interior, de la sinfonía de gemidos y suspiros, inundó mi mente.

Mi corazón dio un vuelco en el pecho. Un vuelco de pura y genuina felicidad.

Y fue precisamente esa felicidad la que apretó el gatillo.

En el instante en que mi cerebro registró lo que estaba sintiendo —alegría, esperanza, un nuevo comienzo—, el muro de mi subconsciente reaccionó como una alarma de incendios que se dispara en un edificio en llamas.

La paz se esfumó.

Miré a mi alrededor en la habitación. La luz incidió sobre el marco de fotos olvidado boca abajo en la mesita de noche. Mi

santuario. La enorme cama donde pasé mis noches de bodas. El lugar que había conservado como un museo de dolor y penitencia.

Una ráfaga de aire helado pareció invadir mis pulmones, congelándome la sangre en las venas.

De repente, la imagen de Ana en mis brazos se distorsionó. Mi mente enferma, desesperada por castigarme por mi traición, superpuso un recuerdo brutal. Ya no era la respiración tranquila de Ana lo que oía, sino el pitido irregular y frenético de un monitor cardíaco.

El aroma a vainilla quedó ahogado por el olor metálico de la sangre y el desinfectante hospitalario.

—*Arthur...*

La voz de Amanda resonó en mi cabeza. Débil. Lejana. Su último suspiro.

—No... —Mi propia voz salió como un grito ahogado y desgarrador.

El pánico me golpeó con la fuerza de un camión fuera de control. Un dolor físico y lacerante me oprimió el esternón, como si una garra de hierro me estuviera aplastando el corazón. La falta de aire fue instantánea. Intenté respirar el oxígeno, pero se me había cerrado la garganta. Me estaba asfixiando con mi propia culpa.

¿Cómo has podido? Gritaba la voz en mi cabeza. *¿Cómo has podido traerla a esta cama? ¿Cómo has podido olvidarlo?*

El sudor frío brotó en mi frente y en la nuca. El calor del cuerpo de Ana, que segundos antes era mi paraíso, de repente se convirtió en una marca de quemadura, una prueba irrefutable de mi pecado. Estaba profanando la memoria de la única mujer que murió para darme un hijo. Estaba traicionando el dolor que juré honrar.

Con un movimiento brusco, cegado por el terror y el asco que sentía hacia mí mismo, saqué el brazo de debajo de ella y me aparté de un salto.

Aparté las mantas de un tirón y salté de la cama como si el colchón estuviera en llamas.

El movimiento brusco despertó a Ana.

Se sobresaltó ligeramente y abrió los ojos. La confusión se reflejó en su delicado rostro mientras se incorporaba lentamente, tirando de la sábana blanca para cubrirse los pechos desnudos. Su cabello oscuro caía en cascada sobre sus hombros, y parpadeó ante la tenue luz de la mañana, tratando de enfocarme.

—¿Arthur? —Su voz sonó ronca por el sueño y cargada de esa misma dulzura que me había desarmado la noche anterior. El sonido de mi nombre en su boca fue como una puñalada en mi conciencia.

Retrocedí hasta que mi espalda chocó contra la puerta del armario. El frío suelo de gres bajo mis pies descalzos era lo único que me mantenía anclado a la realidad, impidiéndome caer de rodillas.

—No. No. No.—Me pasé las dos manos temblorosas por el pelo, tirándome de los mechones con fuerza, con los ojos desorbitados por el pánico.

La sonrisa de Ana se desvaneció. La somnolencia se esfumó de sus ojos azules, sustituida por una alerta inmediata. Se dio cuenta de mi estado, de mi respiración entrecortada, del sudor y de la tensión rígida de cada músculo de mi cuerpo.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido? —preguntó, y la preocupación la hizo desplazarse hacia el borde de la cama. Hizo ademán de levantarse, de acercarse a mí—. ¿Te encuentras mal?

—¡Quédate donde estás! —Mi grito resonó en las paredes de la inmensa habitación, duro, violento y agudo.

Ana se quedó paralizada. Su cuerpo se tensó y sus manos apretaron la sábana contra el pecho hasta que se le pusieron blancas las yemas de los dedos. La conmoción le congeló los rasgos.

El dolor que se reflejó en su mirada cuando grité casi me hizo vomitar de asco hacia mí mismo. Era un monstruo. Le había quitado todo lo que tenía para darme, me había sumergido en su luz para huir de mi oscuridad, y ahora la estaba castigando por ello.

—Arthur... no lo entiendo. —Su susurro fue frágil, con las cejas fruncidas en una expresión de pura incompreensión y dolor—. Anoche dijiste...

—¡Anoche fue un error! —La interrumpí, lanzando las palabras como piedras, disparando contra lo único bello que existía en mi vida con una crueldad deliberada—. Un error colosal y estúpido.

Ana palideció. Parecía como si le hubieran disparado a quemarropa. Se le llenaron los ojos de lágrimas contenidas, y la vulnerabilidad de su desnudez bajo la sábana me revolvió el estómago de culpa.

Quería pedir perdón. Habría gateado hasta el borde de aquella cama, habría abrazado sus rodillas y habría llorado como el niño asustado que era por dentro. Necesitaba decirle que estaba destrozado, que la culpa no era suya, que la deseaba más que a mi propio aliento, pero que el miedo a amarla me paralizaba.

Pero mis demonios eran más fuertes. El miedo me susurraba que, si la dejaba quedarse, el universo me lo haría pagar. La vida me la arrebataría como hizo con Amanda. Estaba maldito. Y la única forma de protegerla de mí, de proteger a mi hijo y de sobrevivir, era levantar el muro de nuevo. Lo más alto y lo más gélido posible.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó ella, confundida. Una única lágrima solitaria le resbaló por la mejilla, y ver aquello fue mi golpe de gracia.

—Lo que estoy diciendo es que perdí el control. —Me obligué a enderezar la postura, tragándome la falta de aire, y me puse la armadura de la indiferencia. Mantuve el rostro impassible, frío y sin vida. —Hemos cruzado una línea que nunca debimos haber

traspasado. Eres la niñera de mi hijo, Ana. Y yo soy un hombre viudo. Esta cama, esta habitación... no deberías estar aquí.

Ella parpadeó, tratando de asimilar el golpe. El dolor se transformó lentamente en humillación, y vi el momento exacto en el que su dignidad comenzó a luchar por mantenerse en pie. Ana levantó la barbilla, aunque los labios seguían temblando.

—Me trajiste aquí y me dijiste que yo te hacía volver a respirar —me acusó, con voz débil, pero cargada de la verdad irrefutable que yo mismo había confesado.

—Estaba confundido. Agotado y desesperado por encontrar algo de alivio —mentí de la forma más ruin y repugnante que un hombre podría hacerlo—. Confundí la gratitud que sentía por que cuidaras de Léo con... otra cosa. Solo fue necesidad, Ana. Sexo. Nada más. No confundas las cosas.

Si mis palabras tuvieran peso físico, la habría aplastado contra el colchón.

Ana cerró los ojos durante un largo y tortuoso segundo. Cuando los abrió, ya no había lágrimas. La vulnerabilidad había sido sustituida por un abismo de desilusión y repulsión.

—Carencia —repitió ella, haciendo que la palabra sonara como veneno en sus labios—. Sexo.

—Exacto.

Le di la espalda, incapaz de soportar la mirada de reproche que sabía que se posaba en mi rostro. Entré en el armario con pasos pesados. Mis movimientos eran mecánicos, frenéticos. Abrí los cajones, saqué los primeros calzoncillos, los primeros pantalones de vestir y una camisa cualquiera. Me vestí a toda prisa, luchando contra el temblor incontrolable de mis manos mientras me abrochaba la camisa.

Tenía que salir de allí. Su presencia, su olor y su mera existencia en aquella habitación me estaban asfixiando. Huir era la

única salida.

Cogí una pequeña maleta de cuero que estaba en lo alto del armario. Metí dos camisas, un traje de repuesto, calcetines y artículos de aseo sin siquiera mirar lo que estaba cogiendo. Cerré la cremallera de un tirón brusco.

Cuando salí del vestidor, con la maleta en la mano, Ana ya no estaba en la cama.

Estaba de pie junto a la puerta. Se había puesto el albornoz de seda, el mismo que yo le había arrancado horas antes con tanta adoración. Apretaba con fuerza el nudo de la cintura, con los brazos cruzados en una postura defensiva.

Verla lista para marcharse partió el último fragmento de mi alma.

—¿Adónde vas? —preguntó, con la voz vacía, desprovista de toda emoción.

No la miré directamente. Fijé la mirada en un punto ciego de la pared detrás de ella, centrándome en el pomo de la puerta.

—Tengo una emergencia. Un problema grave con el suministro de materiales para el complejo de oficinas que estamos construyendo en Río de Janeiro. —La mentira fluyó con facilidad, un recurso ensayado a lo largo de años de huidas estratégicas—. Mi socio no ha podido resolverlo. Tengo que ir en persona. Mi vuelo sale dentro de dos horas.

Ella no se movió de su sitio. El silencio que siguió solo se vio interrumpido por el sonido de mi propia respiración entrecortada.

—¿Vas a huir, Arthur? —Su tono no era de burla. Era de una constatación triste y absoluta.

—Es por trabajo, Ana. No huyo de mis responsabilidades.

—No —asintió ella, dando un paso hacia un lado y dejándome paso hacia la puerta—. Huyes de ti mismo.

Sus palabras me golpearon, precisas y fatales, pero no reaccioné. No podía.

Caminé hacia la puerta, deteniéndome un segundo antes de girar el pomo. El instinto me gritaba que me diera la vuelta, que la agarrara, que le suplicara perdón y que la besara hasta que los dos nos olvidáramos del mundo.

Pero apreté los dientes.

—Dile a Sônia que no sé cuándo volveré. Cuida de Léo. Te ingresarán el sueldo como de costumbre —dije, reduciéndola de nuevo a una mera empleada.

No esperé a oír la respuesta.

Abrí la puerta y salí, cerrándola tras de mí sin mirar atrás.

Bajé las escaleras corriendo, saltándome dos peldaños a la vez, como si el diablo me pisara los talones. La mansión aún estaba en silencio; los empleados aún no habían comenzado la pesada rutina del día.

Atravesé el vestíbulo, con el eco de mis zapatos resonando en el suelo de gres porcelánico. El frío de la mañana me golpeó al abrir las pesadas puertas de roble y caminar hasta el garaje.

Desbloqueé mi coche, tiré la maleta sin cuidado en el asiento del copiloto y me metí dentro, dando un portazo. El ambiente cerrado y el olor a cuero del asiento me dieron una falsa sensación de seguridad.

Giré la llave. El motor del coche rugió, potente e inmediato.

Apoyé la frente en el volante; mis manos apretaron el cuero oscuro hasta que me crujieron los nudillos. Mi respiración salía en sollozos cortos e irregulares. Me dolía tanto el pecho que pensé que estaba sufriendo un auténtico ataque al corazón.

La imagen de sus ojos, llenos de lágrimas y humillación, quedó grabada a fuego en mi retina.

Había destrozado a Ana, había cogido el corazón que ella me había ofrecido en bandeja, abierto y puro, y lo había aplastado bajo el peso de mi propio terror.

Le di un puñetazo violento al volante. El claxon sonó amortiguado por el garaje.

—¡Cobarde! —grité para mis adentros, con la voz ahogada por las lágrimas que me negaba a dejar caer—. ¡Maldito cobarde de mierda!

Era un monstruo. El mayor de los monstruos.

Metí la marcha atrás, pisé el acelerador y salí del garaje haciendo chirriar los neumáticos. Las puertas de la mansión se abrieron automáticamente y lancé el coche a la calle desierta del barrio de élite de São Paulo.

Aceléré, con los árboles y las casas pasando como manchas borrosas por las ventanillas. No me dirigía al aeropuerto. No había ninguna obra en Río de Janeiro y Ricardo no tenía ningún problema.

Simplemente estaba huyendo.

Huyendo de lo único capaz de salvarme, porque creía, con todas las fuerzas de mi ser destrozado, que no merecía la salvación y, mientras el coche surcaba el asfalto, dejando atrás a la mujer que deseaba y al hijo al que no sabía cómo amar, la certeza de que acababa de firmar mi propia sentencia de muerte emocional se instaló de forma definitiva y absoluta en lo que quedaba de mi alma.



ANA
Souza

Capítulo 9

El otoño había llegado a São Paulo de forma implacable, despojando a los árboles del jardín de sus hojas y tiñendo el césped de la mansión con melancólicos tonos marrones y dorados. El viento que silbaba por las rendijas de las ventanas parecía un lamento continuo, un reflejo perfecto del abismo en el que se había convertido mi vida.

Hacía exactamente cinco semanas.

Cinco semanas, tres días y unas horas desde que Arthur Albuquerque había atravesado aquellas pesadas puertas de hierro y había desaparecido.

No había vuelto. Según la escasa y escueta información que Sônia recibía por teléfono, la supuesta «emergencia» en Río de Janeiro se había prolongado, convirtiéndose en un viaje de negocios

a Europa. Estaba huyendo. Yo lo sabía, y la certeza de que yo era el motivo de esa huida me carcomía por dentro a cada minuto del día.

Mi rutina se había convertido en un ejercicio de supervivencia mecánica. Me despertaba, cuidaba de Léo, jugaba con él, le bañaba, le acostaba y, cuando caía la noche, me derrumbaba.

La habitación que me habían asignado en la mansión nunca me había parecido tan grande y tan vacía. El silencio de la casa, antes roto por su intimidante presencia, en aquel momento era una presencia fantasmal. Pasaba las madrugadas mirando al techo, reviviendo cada caricia, cada beso, cada promesa susurrada en la oscuridad de aquella habitación del ala oeste, solo para volver a sentirme destrozada por el recuerdo de la mirada de repulsa que me lanzó a la mañana siguiente.

No fue más que carencia. Sexo. Nada más.

Sus palabras seguían clavadas en mi pecho como fragmentos de cristal. Intenté odiarme por haber sido tan ingenua. Intenté odiarlo a él por no haber sido más que un canalla sádico que se había aprovechado de mí. Pero la verdad, la dolorosa, humillante e innegable verdad, era que no conseguía odiarlo. Había visto el alma de Arthur aquella noche y sentido su corazón latiendo contra el mío. El hombre que me echó de la cama por la mañana era prisionero de su propio terror y, en el fondo, mi dolor solo era tan grande porque mi amor por él ya había echado raíces demasiado profundas.

Sin embargo, el sufrimiento emocional no era la única carga que llevaba sobre mis hombros.

Todo empezó hace aproximadamente una semana. Una fatiga irracional se apoderó de mis huesos. El simple hecho de subir las escaleras con Léo en brazos me dejaba sin aliento. Atribuí el cansancio a la tristeza y a las noches de sueño escaso. La falta de apetito, imaginé, no era más que mi corazón roto saboteando mi estómago.

Hasta aquella mañana.

Estaba en la cocina, preparando la leche para Léo. Sônia acababa de servir un café recién hecho en la cafetera italiana. El aroma intenso y tostado, que siempre me ha encantado, invadió la estancia.

En el instante en que el olor llegó a mis fosas nasales, mi estómago dio una sacudida violenta.

Una oleada de calor me subió por la nuca, seguida de una salivación espesa. El mundo dio una vuelta. Solté el biberón sobre el fregadero con un golpe sordo, me llevé la mano a la boca y eché a correr. Crucé el pasillo a ciegas y me encerré en el baño más cercano, cayendo de rodillas ante el inodoro justo a tiempo para vomitar lo poco que había cenado la noche anterior.

Me quedé allí, en el suelo de gres frío, jadeando, con el sudor helado pegándome los mechones de pelo a la frente. Apoyé la cabeza en el borde del lavabo, cerrando los ojos, mientras las náuseas remitían lentamente.

—¿Ana? —La voz de Sônia sonó amortiguada a través de la puerta de roble—. ¿Estás bien, niña? Estás pálida desde que te has despertado.

—Estoy... estoy bien, Sônia. —Mi voz sonó ronca, temblorosa. Tiré de la cadena y me levanté con dificultad, abriendo el grifo para echarme agua helada en la cara. —Debe de haber sido algo que comí ayer. Un malestar.

Me miré en el espejo. Estaba irreconocible. Tenía ojeras violáceas bajo mis ojos azules, la piel translúcida y los labios resecos. Pero no fue mi aspecto abatido lo que me dejó sin aliento.

Fue el chasquido invisible en mi mente. El implacable cálculo matemático que mi subconsciente realizó en una fracción de segundo.

Mi ciclo.

Siempre he sido rigurosamente puntual. Un reloj biológico perfecto. Y, con el torbellino emocional del último mes, había ignorado del todo el hecho de que no me había bajado la regla.

Cerré los ojos con fuerza, agarrándome a los bordes del lavabo de mármol hasta que me dolieron los nudillos.

No. No, no, no.

No habíamos usado protección. En medio de la desesperación, la urgencia de la tormenta y la intensidad abrumadora de nuestro encuentro, la razón no tuvo voz. Me entregué a él en cuerpo, alma y futuro.

Abrí los ojos, sintiendo la respiración atascada en la garganta. El pánico era una entidad física que se arrastraba por mi columna vertebral.

Pasé el resto del día en piloto automático. Léo se dio cuenta de mi ausencia mental y, en uno de sus raros momentos de empatía activa, me abrazó la pierna mientras yo estaba sentada en la alfombra, con su cabecita apoyada en mi rodilla. Ese pequeño gesto de cariño, viniendo del hijo del hombre que me destrozó, casi me hizo derrumbarme en lágrimas allí mismo.

Cuando Sônia se hizo cargo de la cocina para preparar la cena, inventé una excusa sobre que necesitaba comprar algo en la farmacia y salí de la mansión.

El camino hasta la farmacia más cercana me pareció un recorrido por el pasillo de la muerte. El frío viento otoñal me azotaba la cara, pero apenas lo notaba. Mi mente era un torbellino de escenarios catastróficos.

Un hijo...

Yo, que crecí pasando de un orfanato a otro, que nunca tuve un apellido que significara algo, que nunca tuve una habitación que pudiera llamar mía antes de la edad adulta, estaba a punto de descubrir si llevaba una vida en mi vientre.

El padre era el hombre que había huido al otro lado del océano por miedo a amar.

Compré dos pruebas de marcas diferentes. La dependienta de la farmacia ni siquiera me miró dos veces, pero yo sentí como si hubiera un foco sobre mi cabeza, gritando mi desesperación al mundo.

Regresé a la mansión al amparo de la noche. Esperé a que la casa se sumiera en su silencio habitual. Esperé a que Léo se durmiera profundamente y a que Sônia se retirara a sus aposentos.

Cerré con llave la puerta de mi habitación y me dirigí al baño.

La luz blanca y fría de las lámparas LED parecía quirúrgica. Saqué las cajitas de papel del bolso con las manos temblando incontrolablemente. Seguí las instrucciones del prospecto como si estuviera leyendo un complejo hechizo y no una simple prueba de farmacia.

Hice las dos cosas. Dejé los palitos de plástico sobre el fregadero de mármol blanco.

El cronómetro de mi móvil marcaba tres minutos.

Fueron los tres minutos más largos de mi vida. El sonido de la respiración entrecortada llenaba el cuarto de baño cerrado. Apoyé la espalda contra la puerta cerrada con llave y me deslicé hasta sentarme en el suelo frío. Me abracé las rodillas, escondiendo la cara entre los brazos.

Los recuerdos llegaron como un tsunami. El peso del cuerpo de Arthur sobre el mío. Su voz, ronca, susurrando contra mi piel, diciéndome que le hacía respirar de nuevo. El calor de su semen inundando mi interior. El contraste brutal e imperdonable de la mañana siguiente. Los ojos fríos. La voz de acero rebajándose a una aventura barata.

Dios, por favor... No sabía si rezar para que diera negativo o positivo.

Sonó la alarma del móvil, un pitido agudo que me hizo dar un respingo.

Mi corazón latía tan rápido y con tanta fuerza que el sonido resonaba en mis oídos. Me levanté despacio. Todo mi cuerpo hormigueaba por el entumecimiento. Mis piernas parecían de plomo.

Me acerqué al lavabo. Cerré los ojos antes de mirar hacia abajo, inspirando con un suspiro desesperado.

Abrí los ojos.

La primera prueba mostraba dos líneas rosas intensas e inconfundibles.

La segunda prueba lo confirmaba: embarazada.

El oxígeno desapareció del baño. El mundo entero pareció inclinarse sobre su eje.

Me llevé ambas manos a la boca para ahogar el grito que me rasgaba la garganta. Las piernas me fallaron del todo y caí de rodillas al suelo, con los sollozos rompiendo la barrera que llevaba un mes manteniendo erguida.

Estaba embarazada de un hombre destrozado que me había rechazado.

Embarazada de Arthur Albuquerque.

El terror fue la primera emoción que me invadió. Una ola terrible y asfixiante de miedo. Estaba completamente sola. No tenía familia a la que recurrir, ni una casa propia, y mucho menos estabilidad económica para criar a un niño en este mundo. No era más que una niñera que vivía de favor en la habitación del fondo de la casa del padre de mi bebé.

¿Y cuál fue su reacción? Solo pensar en la cara de Arthur al descubrir el embarazo me provocaba escalofríos. Si se había asustado y había huido del país solo por haberse acostado conmigo, ¿qué haría al descubrir que llevaba en mi vientre a su hijo? Arthur

me odiaría. Pensaría que había sido una estafa. Una trampa. La acusación de «oportunista» ya se dibujaba en la mirada juzgadora que imaginaba que ese hombre me lanzaría.

El dolor de anticipar ese rechazo fue peor que la mañana en que Arthur se marchó. Mi jefe me despediría, me quitaría a Léo y me echaría a la calle.

Lloré hasta que me ardieron los ojos. Lloré por mi soledad, por la crueldad del destino, por el corazón que había entregado a un fantasma.

Me quedé acurrucada en el suelo frío durante no sé cuánto tiempo, sintiendo cómo las lágrimas empapaban mi ropa. El agotamiento emocional finalmente me venció, y el pánico agudo se fue transformando en un entumecimiento vacío.

Poco a poco, descruce los brazos. Me temblaban las manos cuando las llevé hasta mi vientre. Apoyé las palmas abiertas sobre la tela de mi camiseta, justo debajo del ombligo.

Mi vientre seguía perfectamente plano. No había ningún signo físico de la transformación monumental que se estaba produciendo allí dentro. Pero yo lo sabía. Lo sentía. Y fue en ese preciso instante, en medio de los escombros de mi desesperación, cuando ocurrió algo sutil e increíblemente poderoso.

El calor de mi propio tacto atravesó la ropa y pareció llegar hasta el pequeño grupo de células que crecía en mi interior. Una emoción nueva, abrumadora y feroz, brotó en lo más profundo de mi pecho.

Una pequeña esperanza.

Parpadeé, haciendo que las lágrimas dejaran de brotar. Miré mi propio reflejo en el cristal de la cabina de ducha.

Crecí escuchando que no era deseada. Pasé mi infancia en hogares donde solo era un número, un cheque del gobierno para familias que no me querían de verdad. Siempre soñé con tener mi

propia familia. Un vínculo inquebrantable. Alguien que fuera sangre de mi sangre.

De repente, contra todo pronóstico, en medio del mayor dolor de mi vida, ese milagro se había sembrado en mí.

Llevaba dentro una parte de Arthur. Ese Arthur al que vi en medio de la tormenta, el hombre frágil, intenso y cariñoso que había sostenido a Léo en sus brazos y que me había amado con tanta devoción en la oscuridad de la habitación. El niño era suyo, sí.

Pero, por encima de todo, el hijo era *mío*.

Una leona pareció despertar dentro de mi pecho desgarrado. Me sequé la cara con el dorso de la mano, mientras mi respiración se volvía más controlada y firme.

Arthur Albuquerque podía huir a los confines de la Tierra. Podía esconderse tras el luto, los trajes caros y su orgullo herido. Mi jefe podía rechazarme mil veces y tratarme con toda la frialdad que su dinero pudiera comprar.

No necesitaba a Arthur para sentirme completa.

Me acaricié el vientre una vez más; una sonrisa minúscula y triste rompió la rigidez de mi rostro lloroso.

—Estoy aquí —susurré al silencio del baño, sin sentir ya miedo, sino una promesa solemne—. Nunca te abandonaré. Nadie te hará sentir nunca que eres una carga. Eres mío y te protegeré del mundo. Si es necesario, te protegeré incluso de tu propio padre.

Me levanté del suelo de gres. Recogí los palitos de plástico del lavabo y los envolví con cuidado en papel higiénico, escondiéndolos en el fondo de mi neceser. Me lavé la cara de nuevo, mirando fijamente mi reflejo.

Los ojos aún estaban enrojecidos, pero la mujer que me devolvía la mirada en el espejo ya no era la misma chica asustada que había entrado en la mansión hacía poco más de un mes.

Iba a ser madre.

Mañana saldría el sol. Cuidaría de Léo, amándolo con la misma fuerza con la que ya amaba al pequeño ser que crecía dentro de mí. Y cuando el gran e inalcanzable Arthur Albuquerque decidiera que era hora de volver a casa, no se encontraría con una niñera dócil y herida llorando en un rincón.

Encontraría a una mujer que había aprendido a ser su propio punto de apoyo, preparada para la guerra que, de eso estaba absolutamente seguro, estaba a punto de comenzar.



ARTHUR

Albuquerque

Capítulo 10

El sonido de los neumáticos de mi todoterreno aplastando la grava de la entrada principal de la mansión sonaba como el arrastrar de las cadenas de un prisionero que se dirigía al patíbulo.

Cinco semanas...

Treinta y cinco días cruzando el Atlántico. Londres, París, Fráncfort. Reuniones con inversores que alargué a propósito, cenas de negocios que utilicé como excusa para no volver al hotel, y noches interminables ahogando mi cordura en dobles de whisky escocés.

Crucé el mundo entero intentando huir. Intenté dejar atrás el recuerdo de ella, encerrado en aquella habitación del ala oeste, junto con mi culpa.

Pero la huida fue un fracaso estrepitoso.

Su aroma a vainilla parecía haberse impregnado en el tejido de mi ropa. El calor de la piel de Ana, la forma en que jadeaba mi nombre, el sonido de su voz susurrando... todo eso me perseguía en cada maldito huso horario. Cerraba los párpados en los vuelos en primera clase y veía sus ojos brillando en la penumbra. Me despertaba con sudores fríos, con la mano extendida sobre las sábanas de hoteles de lujo, buscando el cuerpo que yo mismo había rechazado.

Apagué el motor del coche. El silencio del aparcamiento subterráneo se abatió sobre mí con pesadez, casi palpable.

Apreté el volante forrado de cuero con tanta fuerza que me crujieron los nudillos. Había vuelto al punto de partida. De vuelta a la escena del crimen.

Sin embargo, no estaba allí para rendirme. Estaba allí para amputar.

Durante mis semanas de exilio, había llegado a una conclusión fría, lógica y absolutamente necesaria. Lo que ocurrió la noche de la tormenta fue una anomalía. Un error de cálculo provocado por el agotamiento y la peligrosa proximidad. Había bajado la guardia y Ana se había colado por la grieta de mi escudo.

Pero la muerte de Amanda estaba grabada a fuego en mi alma para recordarme lo que ocurría cuando me permitía amar. Estaba maldito. Mi presencia, mi amor, era una sentencia de muerte. No destruiría a Ana y, sobre todo, no le daría a Léo la oportunidad de encariñarse con una figura materna, solo para que el universo se la arrebatara de nuevo.

Tenía que despedirla.

La decisión fue certera. Definitiva. Pagaría lo que fuera necesario. Le ofrecería una indemnización lo suficientemente generosa como para que nunca más tuviera que trabajar en su vida, si así lo deseaba. Compraría su silencio y su distancia con mi dinero.

¿Era cobarde? Sí. ¿Era monstruoso? Absolutamente. Pero era la única forma de mantener intacto el muro de hielo.

Exhalé por la boca, un soplo cálido y tembloroso, y cogí mi maletín del asiento del copiloto.

Bajé del coche y caminé hasta el ascensor privado que daba acceso al vestíbulo principal. Las puertas metálicas se abrieron con un suave pitido.

La mansión estaba exactamente como la había dejado: colosal, fría y silenciosa. El otoño había traído una luz pálida que se colaba por los ventanales, dando a los muebles de ébano y al suelo de gres porcelánico un aspecto aún más fantasmal.

—Señor Albuquerque.

La voz de Sônia resonó por el pasillo. La gobernanta apareció, con las manos cruzadas sobre su impecable delantal. Su rostro, siempre tan impassible, mostraba un atisbo de reprobación que no se molestó en ocultar del todo. Sabía que había huido. Todos lo sabían.

—Sônia. —Mi voz sonó ronca por el cansancio del viaje. Le entregué mi abrigo oscuro—. ¿Está la casa en orden?

—Sí, señor. Todo funciona a la perfección.

—¿Y mi hijo?

—Leonardo está estupendamente. Se ha seguido al pie de la letra su rutina. Ha hecho progresos... notables.

Su vacilación, el uso de la palabra «notables», me hizo retorcerse el estómago. Sabía quién era la responsable de esos progresos.

—¿Dónde está ella? —No tuve que decir el nombre. El ambiente entre nosotros se tensó de inmediato.

—La señorita Ana está en la sala de juegos con él. Señor, si me permite la osadía...

—No se lo permito, Sônia. —La interrumpí, frío e inflexible—. Vuelve a tus quehaceres.

La gobernanta apretó los labios, asintió con la cabeza de forma rígida y se retiró.

Me quedé solo en el vestíbulo durante unos segundos, preparando mi espíritu para la guerra. Me ajusté la corbata, enderecé la postura y me puse la máscara del CEO implacable, el hombre sin corazón, blindando cada terminación nerviosa de mi cuerpo.

Subí las escaleras hacia la sala de juegos. Cada paso era más pesado que el anterior. Mi corazón, ese miserable traidor, empezó a latir desordenadamente contra mis costillas, ansioso por verla.

Me detuve en el umbral de la puerta entreabierta.

La luz del atardecer se colaba por las ventanas de la sala de juegos. Léo estaba sentado en una mesita de actividades, pintando con ceras. Parecía más mayor. En solo cinco semanas, sus rasgos parecían menos infantiles, menos apáticos.

Sentada en el suelo, a su lado, estaba Ana.

Se me cortó la respiración. El impacto de volver a verla, en carne y hueso, fue como recibir un puñetazo directo en la tráquea.

Llevaba un jersey de lana holgado y unos pantalones oscuros. Su pelo castaño estaba recogido en un moño desordenado en lo alto de la cabeza. Pero había algo diferente en ella. Algo que me dejó paralizado.

Estaba más pálida. Tenía ojeras violáceas bajo los ojos castaños y una ligera delgadez en el contorno de su rostro que antes no estaba ahí. Parecía agotada, vacía. La culpa me golpeó con garras afiladas. Fui yo quien hizo eso. Yo le había robado la luz con mi marcha.

Sin embargo, a pesar del abatimiento físico, había un aura inquebrantable a su alrededor. Ya no parecía la chica frágil y

asustada que dejé en la puerta del armario. Había una fuerza feroz, un escudo invisible erigido a su alrededor que me intrigó y me aterrorizó a partes iguales.

Mientras la observaba, Ana levantó la cabeza.

Sus ojos se encontraron con los míos al otro lado de la habitación.

El tiempo se detuvo. Pareció que la gravedad se invertía en la habitación. La electricidad que siempre había existido entre nosotros estalló, invisible, pero ensordecedora. Todo mi cuerpo gritaba por cruzar aquella habitación, caer de rodillas ante ella y hundir mi rostro en su cuello.

Pero la máscara de hielo permaneció intacta. No dejé que ninguna emoción se trasluciera en mis rasgos. La miré con la misma frialdad de un depredador que evalúa a una presa sin importancia.

Ana no retrocedió ni apartó la mirada. No hubo lágrimas ni sobresalto. Solo parpadeó, lenta y deliberadamente, y su expresión se cerró, transformándose en un muro de mármol tan impenetrable como el mío.

—En mi despacho. Ahora mismo.

Fueron las únicas palabras que logré pronunciar. Mi voz sonó baja, cortante como cristal roto.

Le di la espalda de inmediato, sin esperar su respuesta, y me dirigí por el pasillo.

Entré en mi despacho y cerré la puerta. El ambiente era oscuro, dominado por paneles de nogal, estanterías repletas de libros y una mesa gigantesca en el centro. Mi santuario de aislamiento.

Caminé hasta la silla de cuero y me senté detrás del escritorio. Necesitaba esa barrera física. El escritorio era la frontera entre mi mundo lógico y la ruina emocional que ella representaba. Abrí mi maletín, saqué un sobre marrón que contenía los

documentos de la rescisión del contrato y un cheque con una cantidad obscena de dinero, y los alineé perfectamente en el centro del tablero de cristal.

Dos minutos después, se abrió la puerta.

Ana entró. Cerró la puerta tras de sí con un suave clic, aislándonos del resto de la casa. El olor a vainilla invadió el despacho de inmediato, arañándome la garganta y poniendo a prueba mis límites.

Señalé la silla que tenía delante.

—Siéntate.

—Prefiero quedarme de pie. —Su voz era tranquila. Fría. Controlada. No había ni rastro de temblor.

Arqueeé una ceja, fingiendo una indiferencia que estaba lejos de sentir. Me recosté en mi sillón de cuero, entrelazando los dedos sobre el estómago.

—Como quieras —dije, adoptando mi tono de negocios más estricto—. Seré breve, Ana. Durante mi ausencia, he tenido tiempo de reevaluar la estructura de la rutina de Leonardo. He llegado a la conclusión de que sus necesidades han cambiado.

Ella me miró fijamente. Su mirada era tan penetrante que me sentí diseccionado. Sabía que era mentira. Los dos lo sabíamos. Pero seguí con la farsa.

—Necesita un equipo multidisciplinar. Profesionales especializados en traumas infantiles y desarrollo pedagógico clínico. Tu enfoque ha sido... adecuado. Pero ya no es suficiente para lo que tengo planeado para su futuro.

—¿Adecuado? —Una risa seca y sin ningún atisbo de humor se le escapó de los labios—. ¿Así es como vas a llamarlo, Arthur? ¿Un reajuste pedagógico?

El hecho de que mencionara mi nombre rompió la formalidad, y apreté la mandíbula.

—Es exactamente lo que es. Tus servicios ya no son necesarios en esta casa. —Deslicé el sobre marrón por el cristal de la mesa hasta el borde, cerca de ella—. Aquí tienes tu carta de despido. Se incluyen todos tus derechos legales, además de una bonificación extremadamente generosa por tu tiempo y dedicación. Creo que la cantidad es más que suficiente para garantizar que no tenga que preocuparse por las finanzas durante mucho tiempo.

Esperé las lágrimas, los gritos, que me echara en cara la noche que pasamos juntos, que me llamara canalla, que me suplicara que me quedara por Léo.

Pero Ana no hizo nada de eso.

Miró el sobre que había sobre la mesa. Después, levantó la vista lentamente hasta mis ojos. La dignidad con la que se comportaba me hizo sentir como el ser más insignificante y despreciable que jamás hubiera pisado la Tierra.

—Eres un cobarde.

La frase no fue un grito. Fue un susurro tranquilo, letal y absolutamente cierto. Me impactó con más fuerza que si me hubiera disparado un arma en el pecho.

—Estoy tomando una decisión administrativa —repliqué, con la voz que se me quebraba, mientras mi máscara comenzaba a resquebrajarse bajo el peso de aquella mirada—. Exijo profesionalidad por tu parte.

—¿Profesionalidad? —Inclinó la cabeza, estudiándome como si fuera un animal patético en una jaula—. ¿Cruzas el océano para huir de tu propia sombra, pasas más de un mes escondiéndote de tu propio hijo, vuelves, te sientas detrás de esta mesa y crees que puedes comprar mi dignidad con un cheque y una excusa administrativa?

Me agarré a los brazos de mi silla. La necesidad de levantarme y sacudirla, o abrazarla, me estaba volviendo loco.

—Lo que pasó entre nosotros fue un desliz. Un error que no voy a permitir que contamine la crianza de mi hijo. Tú no perteneces a este mundo, Ana. Coge el dinero. Haz las maletas y vete. Hoy mismo.

Ella ni pestañeó. El silencio que siguió fue una tortura psicológica.

Lentamente, Ana extendió su pálida mano. Pero no tocó el sobre. Posó las yemas de los dedos sobre el cristal de mi escritorio y se inclinó ligeramente hacia delante.

—Me voy, Arthur. —Su voz era puro hierro. Una fuerza que yo desconocía en ella latía con cada palabra—. Voy a hacer las maletas y saldré por esa puerta hoy mismo. No porque tú me estés despidiendo. Sino porque no quiero que Léo crezca creyendo que el amor es esa cosa enferma, miedosa y mutilada que intentas meterle a la fuerza por la garganta.

El dolor de sus palabras fue físico. Dejé de respirar.

—Pero te equivocas de lleno si crees que puedes comprar mi ausencia o mi paz. —Miró el sobre con profundo asco y, con un rápido movimiento de los dedos, lo empujó de vuelta hacia mí. El papel se deslizó por el cristal y se detuvo contra mi mano. —Quédate con tu generosa bonificación y con tu dinero manchado de culpa. Ingresas en mi cuenta solo lo que figura en mi contrato legal por los días trabajados. Ni un céntimo más.

—Ana, no seas estúpida. —Mi fachada profesional se derrumbó. El pánico auténtico se coló en mi voz. Ella necesitaba el dinero. Sabía que no tenía nada. La idea de que acabara en la calle me aterrorizaba. —No tienes adónde ir. ¡Coge el puto dinero!

—Prefiero dormir en la calle antes que llevarme cualquier cosa que me des de tus sobras, Arthur.

Se enderezó. Su postura era la de una reina coronada en medio de los escombros de un reino en ruinas.

—¿Crees que te estás protegiendo construyendo ese muro de hielo? —dijo ella, bajando el tono de voz, casi con tristeza—. Pero solo te estás enterrando vivo. Y, algún día, cuando el frío finalmente congele lo que queda de tu alma, mirarás atrás y te darás cuenta de que has destruido lo único real que la vida te había devuelto.

No pude responder. Tenía las cuerdas vocales paralizadas. El aire de la oficina era demasiado denso y tóxico, cargado del humo de mi propia destrucción.

Ana no esperó una respuesta. Me dio la espalda, con la espalda perfectamente erguida, y se dirigió hacia la puerta.

Cada paso que daba alejándose de mí era como un clavo que se clavaba en mi propio ataúd. Mi instinto me gritaba que saltara de la silla, que la detuviera, que confesara que la amaba con una intensidad enfermiza y que la estaba despidiendo solo para protegerla de mi maldición. Sin embargo, mis manos permanecieron clavadas en los reposabrazos de la silla de cuero. No me moví.

La puerta se abrió y se cerró con un clic sordo.

Se había ido.

Me quedé solo en el oscuro despacho. Miré el sobre rechazado que yacía sobre la mesa. Su negativa a aceptar mi «ayuda» fue el golpe de gracia. Se había llevado consigo su propia dignidad y solo había dejado atrás el eco de mi fracaso.

Poco a poco, la realidad de lo que acababa de hacer se posó sobre mis hombros. Había cortado la extremidad para salvar el cuerpo, tal y como había planeado. La amputación estaba hecha.

Me incliné hacia delante, apoyando los codos en la mesa y hundiendo el rostro entre las manos. Un sonido desgarrador y patético se escapó de mi garganta en el silencio de la habitación vacía. El muro de hielo estaba completo. Impenetrable. Perfecto.

Sin embargo, mientras estaba allí sentado, rodeado de mi dinero y de mi seguridad artificial, lo único que podía sentir era el frío absoluto y mortal de estar, por fin y de forma irremediable, solo de nuevo.



ANA
Souza

Capítulo 11

Metí el último jersey de lana en la maleta gastada y tiré de la cremallera con tanta fuerza que el metal me arañó la piel de los dedos.

El sonido de la cremallera al cerrarse fue el punto final de una sentencia que aún no estaba preparada para aceptar. Mi habitación, el refugio que me había acogido durante las últimas semanas, me resultaba extraña, desprovista de cualquier rastro de mi existencia.

Me senté en el borde del colchón, con las piernas temblorosas, incapaces de soportar mi peso. Apoyé los codos en las rodillas y me cubrí el rostro con las manos.

El ambiente de aquella mansión se había vuelto tóxico. La humillación de haber sido despedida de una forma tan cobarde aún

me ardía en las venas, pero no era el orgullo herido lo que hacía que mi estómago se retorciera en espasmos dolorosos. Era el secreto que latía en mi vientre.

Estaba a punto de cruzar aquellas puertas de hierro para siempre y dejar a Léo, el niño al que había aprendido a amar como si fuera mío, a merced de la frialdad de un padre que prefería amputarse sus propios sentimientos antes que enfrentarse a ellos. Sin embargo, no podía marcharme en silencio.

Por mucho que Arthur se hubiera comportado como un monstruo de hielo en el despacho y hubiera intentado comprar mi ausencia con un cheque repulsivo, seguía siendo el padre del bebé que crecía dentro de mí.

Mi mente me gritaba que huyera. Mi instinto de supervivencia me suplicaba que cogiera mi maleta, llamara a un taxi y desapareciera en la noche de São Paulo, salvándome a mí misma y a mi hijo del rechazo que sabía que se avecinaba.

Pero, ¿y si...?

La pequeña, estúpida y traicionera esperanza alzó la cabeza en lo más profundo de mi alma. ¿Y si la noticia de un hijo, de una nueva vida concebida la noche en que él finalmente bajó la guardia, fuera el golpe necesario para romper su burbuja de cristal? ¿Y si, al enterarse de que volvería a ser padre, la coraza del viudo intocable diera paso al hombre cálido y desesperado por afecto que me amó en la oscuridad?

Tenía que intentarlo. Por mi bebé. Por el Arthur que conocí en la tormenta.

Me levanté, secándome las lágrimas rebeldes que se empeñaban en nublar me la vista. Me alisé la tela de mis vaqueros, respiré hondo y salí de la habitación.

Dejé la maleta apoyada contra la pared del pasillo. El silencio de la mansión era sepulcral. El reloj de péndulo del vestíbulo marcaba casi las ocho de la tarde.

Caminé hacia el ala principal. Cada paso que daba sobre el suelo de gres frío parecía resonar dentro de mi propio pecho. Me sudaban las manos de frío, y una ligera náusea, mezcla entre los primeros síntomas del embarazo y el pánico absoluto, me revolvía las entrañas.

Me detuve ante la puerta de roble de su despacho. La misma puerta por la que había salido humillada hacía menos de dos horas.

No llamé. Simplemente giré el pesado pomo metálico y empujé la puerta.

Arthur seguía allí.

La luz principal estaba apagada. Solo la lámpara de mesa proyectaba un cono de luz amarillenta sobre los papeles y el ordenador apagado. Estaba recostado en la silla de cuero, con la chaqueta tirada en un rincón, la corbata aflojada y un vaso de whisky a medio beber en la mano. Sus ojos se perdían en la oscuridad de la noche más allá de la ventana.

Cuando resonó el sonido de la puerta, giró la cabeza bruscamente.

Su mirada se cruzó con la mía. El dolor crudo que vi en aquellas iris castañas durante una fracción de segundo fue sustituido inmediatamente por una máscara de irritación y repulsión. Arthur enderezó la postura y dejó el vaso sobre la mesa con un golpe sordo.

—Fui muy claro cuando te dije que hicieras las maletas y te marchases hoy mismo, Ana. —Su voz atravesó la penumbra, fría y áspera, sin rastro alguno de calidez humana—. ¿Qué haces todavía aquí? ¿Has venido a recoger el cheque que rechazaste hace un rato? Porque, si es eso, sigue exactamente donde lo dejaste.

Sus palabras fueron como latigazos, pero no retrocedí. Entré en el despacho y cerré la puerta tras de mí.

—Tengo las maletas preparadas. Ya me voy. —Mi voz sonó sorprendentemente firme, a pesar del temblor que me sacudía las piernas.—Y ya te he dicho lo que pienso de tu dinero. No quiero ni un céntimo tuyo.

El hombre entrecerró los ojos y apretó la mandíbula con tanta fuerza que el músculo se le tensó en el lado de la cara.

—Entonces, ¿qué quieres? ¿Solo alargar tu dramática despedida? Porque no tengo tiempo para eso.

Caminé hasta el centro de la sala y me detuve a unos pasos de la enorme mesa que nos separaba. El aire entre nosotros era denso, enrarecido.

—He venido porque tienes derecho a saberlo, Arthur. Aunque seas el ser humano más cobarde que he conocido jamás, tienes derecho a saberlo antes de que desaparezca de tu vida para siempre.

Frunció el ceño con una expresión de confusión y enfado. Se inclinó ligeramente hacia delante.

—¿Saber qué?

Apreté los puños a los lados del cuerpo, clavándome las uñas en las palmas. Respiré hondo, llenando mis pulmones con todo el aire que podían contener, y solté la verdad que me estaba asfixiando.

—Estoy embarazada.

El tiempo se detuvo.

La música lejana del viento allá fuera cesó. El tictac del reloj desapareció. La palabra «embarazada» quedó suspendida en el aire entre nosotros, pesada como un ancla de acero, absorbiendo todo el oxígeno de aquella colosal oficina.

Me quedé mirando fijamente el rostro de Arthur, a la espera. Se me había cortado la respiración. Mi corazón latía tan rápido que

temía desmayarme allí mismo. La pequeña esperanza que había en mi interior suplicaba que él se levantara, que sus ojos brillaran, que diera la vuelta a la mesa y me abrazara.

Pero lo que vi en su rostro fue exactamente lo contrario.

La sorpresa inicial, los ojos muy abiertos, la boca ligeramente entreabierta, dieron paso a un horror absoluto. Arthur palideció, y su piel adquirió un tono grisáceo de muerte. Me miró como si yo fuera la encarnación del mismísimo demonio, un espectro enviado para arrastrarlo al infierno.

No dijo nada durante unos largos y agonizantes segundos. Su silencio era ensordecedor.

—Arthur... —murmuré, con la voz quebrada, dando un paso vacilante hacia él.

—¡Quédate ahí! —gritó. El sonido resonó en la oficina, haciéndome dar un respingo.

Se levantó de la silla con un sobresalto tan violento que el pesado sillón de cuero se volcó hacia atrás y chocó contra la estantería de libros. Arthur retrocedió, como si mi proximidad fuera radiactiva, con los ojos muy abiertos y fijos en mi vientre perfectamente plano.

Su expresión no era de sorpresa ni de desconcierto. Era de puro pánico. El mismo pánico irracional y sádico que se apoderó de él aquella mañana en que me abandonó en la cama.

—Eso es mentira —jadeó, negando con la cabeza, con las manos temblando incontrolablemente—. Es un truco enfermizo. Es una trampa.

Sus palabras me golpearon con la fuerza de una hoja oxidada. Se me revolvió el estómago.

—¿Una trampa? —Mi voz salió entrecortada, con la indignación empezando a mezclarse con el dolor—. ¿Cómo te

atreves? ¡Nos acostamos juntos, Arthur! No usamos protección. ¿Qué creías que podía pasar?

—¡No pensé nada! —gritó, pasándose las manos por el pelo frenéticamente. Su respiración era entrecortada, con el pecho subiendo y bajando en espasmos de terror—. Esto no puede estar pasando. No a mí. ¡No otra vez!

Empezó a pasearse de un lado a otro detrás de la mesa, como un animal enjaulado.

—No estoy intentando estafarte, Arthu, ni quiero tu dinero. Es solo que... me he enterado hoy y tenía que contártelo. —Me temblaba la voz. Me sentía aplastada bajo la bota de su rechazo, y me sentí la persona más estúpida y tonta del mundo por creer, aunque fuera por un segundo, que él podría acogerme.

Se detuvo en seco, apoyando ambas manos sobre el cristal de la mesa. Arthur me miró fijamente. Su mirada estaba completamente trastornada, dominada por la locura de su propio trauma.

—Quieres destruirme. —Su voz era un susurro letal, cargado de una convicción enfermiza—. Eso es lo que quieres, ¿verdad? Descubriste mi punto débil, viste lo que le pasó a Amanda y pensaste que esa sería la carta perfecta para atraparme. Un embarazo. ¡Mi peor pesadilla se había hecho realidad en la mujer a la que contraté para cuidar del hijo que me costó la vida de mi esposa!

El impacto de aquellas acusaciones me dejó sin aliento. Sentí el ardor ácido de la bilis subiéndome por la garganta.

—¡Solo puedes estar loco! —grité, con las lágrimas desbordándose por fin, calientes y furiosas—. ¡Estás enfermo, Arthur! ¿Crees que el mundo entero gira en torno a tu duelo y a tu ombligo? ¡Yo no planeé esto! ¡No quiero atarte a nada!

—¡Mentira! —Golpeó con los puños cerrados la superficie de la mesa, un estruendo aterrador que hizo volar los papeles. —¡Has

actuado de forma irresponsable! Pasamos una noche juntos. Un maldito error, ¿y ahora te presentas con un embarazo? ¿Sabes lo que hace un embarazo? ¡Mata, Ana! ¡Deja que la gente se desangre hasta morir en una cama de hospital, mientras el sonido de las máquinas te pitaba en los oídos para el resto de tu vida!

El horror se apoderó de mi cuerpo.

No solo me estaba rechazando. Su trauma había hablado más alto que su propia cordura. El tipo me miraba, pero lo único que veía era el espectro de su esposa muerta. Estaba viendo una sentencia de muerte en la vida que crecía dentro de mí.

Abrió los cajones del escritorio con violencia, sacó el talonario de cheques y lo golpeó contra el cristal.

—No voy a pasar por esto otra vez. ¿Me has oído bien? ¡No voy a hacerlo! —Su voz era histérica. Cogió un bolígrafo, con la mano temblando tanto que apenas podía sujetarlo—. ¿Cuánto quieres?

Parpadeé, con la conmoción paralizándome las cuerdas vocales.

—¿Qué?

—¿Cuánto quieres para desaparecer? ¿Para resolver esto? —Levantó hacia mí sus ojos enrojecidos y desesperados. La frialdad ya no existía; solo quedaba el intento de negociar su propia salvación a cambio de dinero—. ¿Medio millón? ¿Un millón? Di tu precio, Ana. Te daré el doble de lo que pidas. ¡Coge el dinero, ve a la mejor clínica privada que haya y deshazte de eso! ¡Resuelve ese problema y no vuelvas a aparecer ante mí nunca más!

El silencio que siguió a esas palabras no fue solo la ausencia de sonido. Fue la muerte absoluta, fría e irrevocable de cualquier sentimiento bueno que aún pudiera albergar por Arthur Albuquerque.

La última chispa de amor que quedaba en mi corazón se apagó, convirtiéndose en cenizas heladas.

Dejé de llorar. El temblor de mis piernas desapareció, sustituido por una rigidez implacable. El aire de la oficina, antes denso y sofocante, se volvió ligero.

Me encontraba ante un hombre vacío. Un esqueleto que se negaba a ser enterrado. Y yo nunca permitiría que su oscuridad tocara la vida que llevaba dentro.

Levanté la barbilla. La postura que adopté no era la de una mujer humillada. Era la de una madre a punto de declarar la guerra.

Caminé con pasos firmes e inquebrantables hasta su escritorio. Arthur retrocedió instintivamente, y el bolígrafo se le cayó de la mano.

Lo miré fijamente a los ojos, clavando mi furia y mi desprecio en aquellas iris enloquecidas por el miedo.

—¿Crees que tu dinero puede comprar el derecho a ordenar que asesinen a mi propio hijo? —Mi voz sonó letal, tranquila y afilada como el filo de un bisturí—. ¿Que soy como las mercancías baratas con las que puedes negociar en tus viajes?

—Ana, no voy a poder soportarlo... —balbuceó, retrocediendo aún más, con el rostro contorsionado en una máscara de agonía patética.

—No vas a soportar nada, porque esto no te incumbe. —Le señalé directamente con el dedo al pecho—. Escucha bien, Arthur. Ese hijo no es «tu problema» que debas resolver. Ese hijo es mío. Y acabas de perder cualquier derecho a llamarlo tuyo.

Su mirada vaciló, con la respiración atascada en la garganta, mientras la fuerza de mis palabras le golpeaba.

—Quédate con tu duelo enfermizo, con tu mansión vacía, con tus trajes caros y con tu pavor. Sigue huyendo de ti mismo hasta que no quede absolutamente nada, salvo los fantasmas que has

elegido abrazar. —Apoyé ambas manos en la mesa, inclinándome hacia él, asegurándome de que no pudiera apartar la mirada de la mía. —¡Me das asco, Arthur! Mi mayor arrepentimiento no es estar embarazada. Mi mayor arrepentimiento es haber entregado mi alma a un monstruo sin corazón.

No esperé ninguna reacción. No había nada más que decir. La destrucción era total.

Le di la espalda, con la espalda recta y la cabeza alta, y salí del despacho.

No miré atrás.

Me dirigí directamente a la sala de juegos de arriba. Léo dormía en la alfombra, envuelto en una manta fina, con el rostro sereno manchado de cera azul.

El dolor de despedirme de él fue infinitamente mayor que el dolor del rechazo de Arthur. Me arrodillé junto al niño. Las lágrimas que no me había permitido derramar delante de su padre resbalaron libremente por mi rostro, cayendo sobre la ropa de Léo.

Me incliné y le besé la frente, aspirando ese olor infantil que había aprendido a amar tan rápidamente.

—Te quiero, mi pequeño príncipe —susurré con la voz entrecortada por los sollozos silenciosos—. Perdóname por dejarte aquí. ¡Sé fuerte!

Le acaricié los rizos oscuros por última vez y me levanté, con el corazón destrozado en un millón de pedazos irreparables.

Salí de la habitación. Cogí mi maleta, que había dejado olvidada en el pasillo, la agarré con firmeza por el asa y bajé las escaleras. Sônia estaba en el vestíbulo, con los ojos muy abiertos, dándose cuenta de que mi partida era definitiva, pero no me detuve a despedirme de ella.

Abrí la pesada puerta doble de roble y salí a la gélida noche de São Paulo.

El viento frío me azotó la cara, pero, por primera vez en cinco semanas, respiré de verdad. Me llevé la mano al vientre, protegiendo a mi hijo del viento cortante, y caminé hacia las verjas de hierro.

Me había quedado sin trabajo, sin hogar y sin el hombre al que amaba. Sin embargo, mientras cruzaba la calle a oscuras, con mi bebé a salvo en mi vientre y mi dignidad intacta, tuve la absoluta certeza de que, a diferencia de Arthur, mi vida no terminaba allí. Mi vida acababa de empezar.



ARTHUR

Albuquerque

Capítulo 12

El silencio se apoderó de mi despacho como una marea negra y espesa.

Seguía de rodillas sobre el suelo de madera, con el pecho jadeando pesadamente, las manos manchadas de mi propia sangre y las lágrimas secándose en mi rostro. El eco de mi grito animal aún parecía vibrar en las paredes de nogal, pero, poco a poco, la quietud absoluta de la mansión comenzó a posarse sobre mis hombros.

Poco a poco, el humo del pánico irracional que había secuestrado mi cerebro comenzó a disiparse. La adrenalina abandonó mi sistema nervioso, dejando tras de sí un cuerpo exhausto, tembloroso y dolorido.

Apoyé las manos en la alfombra y me obligué a levantarme. Me crujieron las articulaciones. Mi reflejo en el cristal oscuro de la

ventana mostraba a un hombre hecho polvo: la camisa arrugada, los ojos enrojecidos y hundidos, el pelo revuelto. Parecía un loco.

Caminé hasta la mesa, cogí el vaso de whisky que había quedado y me bebí el líquido de un trago. El ardor me bajó por la garganta, trayéndome una falsa sensación de calor al centro del pecho, que parecía haber sido esculpido en hielo.

Miré el talonario de cheques en blanco.

Ella no se llevó nada.

Ana había rechazado mi dinero con el mismo asco con el que se rechaza una enfermedad contagiosa. No quiso mi fortuna. No quiso mi «solución».

Respiré hondo, llenándome los pulmones con el aire estéril de la oficina.

Se acabó, me susurré a mí mismo.

Una extraña ola anestésica recorrió mi cuerpo. Era alivio. Un alivio enfermizo, patético y construido sobre cimientos de cobardía, pero, aun así, alivio.

El problema estaba resuelto. La amenaza había sido erradicada. No habría hospitales, no habría monitores cardíacos pitando, no habría sábanas manchadas de sangre. La ruleta rusa del destino había sido desactivada. No tendría que ver morir a la mujer a la que amaba al dar a luz. La expulsé antes de que la muerte pudiera llevársela.

Estaba a salvo. El muro volvía a estar en pie. Impenetrable.

Me acerqué al pequeño bar que había en la esquina de la sala y me serví otra generosa copa. Necesitaba celebrar mi propia amputación. Necesitaba convencerme de que el dolor fantasma que me latía en el pecho no era más que el precio necesario para seguir existiendo.

—Ha sido lo mejor —murmuré en voz alta, sin dirigirme a nadie, con la voz resonando hueca—. Ella estará bien. Lejos de mí. Soy un veneno.

Me repetí esa mentira a mí mismo hasta que la bebida finalmente borró los límites de mi conciencia. Dejé que mi cuerpo se desplomara sobre el sofá de cuero del despacho y caí en un sueño profundo, sin sueños y sin descanso.

Cuando volví a abrir los ojos, la luz grisácea de la mañana inundaba la sala.

Me latía la cabeza con una resaca feroz y tenía la boca con sabor a ceniza. Me senté en el sofá, frotándome la cara con ambas manos. La realidad de los acontecimientos de la noche anterior se abatió sobre mí con el peso de un yunque.

Ella estaba embarazada y yo la eché.

El alivio de la madrugada se había evaporado. En su lugar, un vacío voraz comenzaba a abrirse en mi estómago.

Me levanté y salí del despacho.

La casa estaba en silencio. Pero no era el silencio de siempre. Durante dos años, el silencio de la mansión había sido mi escudo, mi penitencia. En aquel momento, el silencio era ensordecedor. Faltaba su respiración. Faltaba el eco de sus ligeros pasos por el pasillo. Faltaba el aroma a vainilla que suavizaba aquel aire de museo.

Subí las escaleras, guiado por un masoquismo instintivo. Me detuve ante la puerta del dormitorio que había sido suyo.

La puerta estaba abierta de par en par.

Entré despacio. La habitación estaba inmaculadamente ordenada, como si nadie hubiera dormido allí jamás. El edredón estaba perfectamente estirado. No había ni un solo mechón de pelo, ni ningún frasco de perfume sobre la cómoda, ni ninguna prenda olvidada.

Ella había borrado su propia existencia de aquella casa con precisión quirúrgica.

Me acerqué al armario y abrí la puerta. Estaba vacío. Solo quedaban las perchas de madera colgando, balanceándose ligeramente con la corriente de aire.

Una punzada aguda me desgarró el pecho. Su ausencia no era solo física; era un castigo. El alivio de estar «a salvo» se transformó al instante en una constatación aterradora: estaba vivo, pero por dentro estaba muerto. No me había protegido del dolor; había abrazado el infierno para siempre.

Le di la espalda al dormitorio vacío y me dirigí al baño de mi suite. Me di una ducha bien caliente, me puse ropa limpia e intenté volver a ponerme la máscara del CEO implacable.

Bajé al comedor.

La mesa estaba puesta. La platería impecable, la porcelana brillando bajo la luz de la mañana, la taza de café caliente desprendiendo vapor. Sônia estaba de pie junto al aparador, con las manos cruzadas delante del delantal.

La gobernanta no me dijo «buenos días». No me preguntó cómo estaba.

Los ojos de Sônia, que siempre habían evitado traspasar la línea de la subordinación, ahora me miraban con una mezcla de decepción y profunda tristeza.

—¿Dónde está mi hijo? —pregunté, sentándome a la cabecera de la colosal mesa y desplegando la servilleta de lino sobre mis piernas, ignorando el nudo que se me formaba en la garganta.

—En su habitación, señor —la voz de Sônia sonó gélida, cortante y perfectamente profesional—. Intenté darle el desayuno, pero lo rechazó.

Detuve la taza a milímetros de mis labios.

—¿Cómo que lo rechazó?

—La está esperando, señor Albuquerque.

La forma en que Sônia pronunció la frase no dejó lugar a dudas de que sabía exactamente lo que yo había hecho. La gobernanta había visto a Ana marcharse con la maleta en plena madrugada y sabía que yo había destruido lo único bueno que había conocido aquella casa en años.

—La niñera ha sido despedida, Sônia. —Me esforcé por que mi voz sonara impasible, ignorando el sabor a bilis que me subía a la boca—. Su rutina debe volver a la normalidad. Contrata a otra niñera mañana. Dile a la agencia que envíe los currículos a mi despacho.

—Sí, señor. Pero creo que Leonardo no aceptará a una sustituta tan fácilmente. Se ha encariñado con ella. La señorita Ana no era solo una empleada para él.

—Es un niño de dos años. Lo olvidará. —La mentira sonó tan débil y patética que hasta a mí me dio asco de mí mismo.

Sônia no respondió. Solo bajó ligeramente la cabeza, pero su reprobación silenciosa fue más elocuente que cualquier grito.

Dejé el café intacto, me levanté de la mesa y me dirigí hacia las escaleras. La ansiedad empezaba a bullir bajo mi piel.

Necesitaba ver a Léo, asegurarme de que mi hijo estaba bien y de que mi decisión sádica no lo había destrozado por completo.

Recorrí el ala infantil. La puerta de la habitación de mi hijo estaba abierta. La lámpara de estrellas ya se había apagado. La luz gris y fría de la mañana bañaba la habitación, resaltando el vacío que antes llenaban las risas y los juegos de Ana.

Léo estaba sentado en medio de la alfombra.

Llevaba puesto el pijama de dinosaurios. En sus manitas sostenía el mismo avioncito de plástico con el que Ana había jugado

con él en la mesa del desayuno semanas atrás, el mismo día en que tuve aquel arrebató de arrogancia.

No estaba jugando. Simplemente sostenía el juguete contra su pecho, con sus ojos grandes, oscuros e infinitamente tristes fijos en la puerta.

La estaba esperando.

Mi corazón se hizo añicos contra un yunque invisible. El aire se me escapó de los pulmones. El alivio que había intentado fabricarme a la fuerza se evaporó del todo, dejando tras de sí un vacío tan absoluto, tan devorador, que sentí que las piernas me fallaban.

—Léo... —lo llamé, con una voz entrecortada y ronca que rasgó el silencio.

Mi hijo giró lentamente su cabecita hacia mí. Sus ojos buscaron mi rostro, pero no había brillo. No había esa chispa de vida que veía cuando Ana jugaba con él en el jardín. La apatía, esa misma nube sombría y enfermiza que lo rodeaba antes de que ella llegara, había regresado con toda su fuerza.

Parpadeó, mirando detrás de mí, hacia el pasillo vacío. Buscó su sombra. Buscó su sonrisa.

Cuando se dio cuenta de que estaba solo, la expresión de mi hijo cambió. El avioncito de plástico se le resbaló de las manos y cayó sobre la alfombra sin hacer ruido.

El labio inferior de Léo empezó a temblar.

—Nana... ¿dónde está Nana? —Su voz era aguda, frágil, en un intento infantil por pronunciar el nombre de la única madre que su corazón había reconocido.

Esa sílaba mal pronunciada fue el golpe de gracia.

Di un paso vacilante hacia el interior de la habitación. La culpa me carcomía como el ácido sulfúrico. Fui yo quien le arrebató

la felicidad y lo condenó de nuevo a la oscuridad.

Me arrodillé en la alfombra, ignorando el dolor en mis propios huesos, y le tendí las manos.

—Papá está aquí, amigo. Ven aquí. —Intenté que mi voz tuviera el mismo tono tranquilizador que utilicé la noche de la tormenta, pero por dentro estaba destrozado, y los niños son expertos en detectar mentiras.

Léo no se acercó.

Retrocedió. Mi hijo empujó su cuerpecito hacia atrás, arrastrándose por la alfombra hasta que su espalda chocó contra las patas de la cuna. Encogió los hombros, abrazándose las rodillas, y me miró con puro terror.

Lo sabía. Su instinto sabía que el monstruo que tenía delante era el responsable de que la luz se hubiera apagado.

—Léo, por favor... —Tragué saliva, sintiendo cómo se me llenaban los ojos de lágrimas. Avancé por la alfombra, arrastrándome hacia él, desesperado por un abrazo, para demostrarle que yo tampoco lo había abandonado. —No hagas eso. Papá te quiere. Estoy aquí.

Extendí los brazos y lo atraje hacia mí.

En el momento en que mi pecho tocó su cuerpo, Léo estalló.

No fue la rabieta de un niño mimado. No fue el llanto por hambre o por sueño. Fue un grito desgarrador, visceral, el aullido de un animal herido. Empezó a debatirse violentamente en mis brazos, empujándome el pecho con ambas manos, clavándome sus pequeñas uñas en la camisa.

—¡Nooo! ¡Nooo! —Gritaba, con las lágrimas brotando de sus ojitos oscuros, la carita enrojecida y deformada por un dolor que aún no tenía la madurez para comprender, pero que sentía en su forma más cruel.

Echaba la cabeza hacia atrás, intentando zafarse de mi abrazo a toda costa.

—Shh... tranquilo, hijo, tranquilo. Estoy aquí. ¡Estoy aquí! —le suplicaba, apretándolo contra mi pecho, mientras mis propias lágrimas finalmente brotaban, cálidas y patéticas.

Pero él no me quería a mí. No quería al hombre de hielo, al padre ausente y al cobarde.

—¡Quiero a Nana! ¡Dónde está Nana! —sollozaba, con el llanto estrangulándole las cuerdas vocales y los gritos resonando en las paredes de la habitación como sentencias de condenación eterna.

Con cada empujón que me daba en el pecho y cada vez que lloraba por ella, me arrancaban un pedazo del alma con unos alicates oxidados.

Lo abracé mientras lloraba la pérdida de la mujer a la que yo había echado. Mantuve a mi hijo en mis brazos hasta que el agotamiento pudo con él, y los sollozos fueron amainando hasta convertirse en sollozos secos y doloridos.

Dejó de forcejear, pero no me devolvió el abrazo. El cuerpecito de Léo se quedó flácido, desplomado contra mi pecho, con la cabecita inclinada sobre mi hombro. Se había rendido.

Mi hijo había dejado de luchar, rindiéndose a la oscuridad que yo mismo había vuelto a instaurar en su vida.

Me quedé sentado en el suelo de la habitación, abrazado a un niño emocionalmente muerto. El silencio volvió a reinar en la mansión, pero tenía una textura física, era una soga atada alrededor de mi cuello, que se apretaba cada segundo.

Miré la pared vacía de la habitación.

La verdad, desnuda, brutal e incuestionable, se abatió sobre mi cabeza.

No me había salvado a mí mismo. Mi cobardía no había evitado el dolor. Mi huida no había protegido a mi hijo de la tragedia.

Al echar a Ana, al rechazar la vida que llevaba en su vientre y al negar el amor que sentía, había cometido el mayor y más atroz crimen de mi existencia.

Amanda había muerto a manos del destino. Pero yo... yo había matado a mi familia con mis propias manos.

No era un superviviente del duelo. Era el verdugo mismo.

El vacío absoluto se apoderó de mi cuerpo. No había ira, ni pánico, ni siquiera ganas de beber. Solo había la nada. El infierno no era un lugar lleno de llamas; era aquella mansión millonaria, hueca y fría, donde un hombre rico sostenía a su propio hijo destrozado en brazos y se daba cuenta, demasiado tarde, de que había tirado por la puerta principal su única oportunidad de salvación.

Abracé a Léo con más fuerza, apoyé la cara en la coronilla de su cabeza y cerré los ojos. En la oscuridad de mi propia ruina, comprendí por fin el alcance irreparable de lo que había destruido.



ANA
Souza

Capítulo 13

La calle estaba sumida en un silencio absoluto y cortante, roto únicamente por el sonido áspero de las ruedecitas de mi maleta rozando contra el asfalto irregular.

Caminé. Un paso tras otro.

No tenía ningún destino trazado en mi mente. Mi único instinto era poner la mayor distancia posible entre mí y las pesadas puertas de hierro de la Mansión Albuquerque. El viento del amanecer de São Paulo aullaba entre los árboles centenarios del barrio de élite, azotándome la cara y congelando las lágrimas que aún insistían en escapar de mis ojos.

El frío era implacable, penetraba a través de la tela de mi abrigo, pero ni de lejos se acercaba al hielo que se había apoderado de mi interior. Me parecía que me habían excavado el pecho. Donde

antes latía un corazón lleno de esperanza, amor y promesas silenciosas, ahora solo quedaba un cráter abierto, del que sangraban las palabras venenosas de Arthur.

«¿Cuánto quieres por desaparecer? Coge el dinero y líbrate de esto».

El recuerdo de su voz, distorsionada por el pánico y la crueldad, me revolvió el estómago violentamente. Dejé de caminar y solté la asa de la maleta. Me incliné hacia delante, apoyando las manos en las rodillas, y respiré a bocanadas desesperadas. Las náuseas no eran solo físicas, fruto de la vida que crecía en mi interior; era el rechazo manifestándose de forma visceral.

Me había entregado a un hombre que me veía como un parásito. Un idiota que miró el milagro de nuestro hijo y solo vio una sentencia de muerte.

Levanté la cabeza, parpadeando ante el viento helado. Las luces amarillentas de las farolas proyectaban sombras largas y distorsionadas sobre la acera. Estaba agotada. Me dolían los huesos, me temblaban los músculos y el peso de lo que había dejado atrás —el olor de Léo, el tacto de Arthur, la ilusión de una familia—, amenazaba con aplastarme allí mismo, en el bordillo de una calle desierta.

Pero no podía derrumbarme.

Llevé la mano izquierda hasta mi vientre, aún plano, y alisé la tela de la blusa por debajo del abrigo. Ese simple contacto fue como accionar un interruptor de supervivencia dentro de mí.

—No voy a dejar que te derrumbes —susurré a la oscuridad, llena de una determinación primitiva—. Prometí que te protegería del mundo. Y lo haré.

Volví a agarrar la maleta. Me dolía el brazo por el esfuerzo, pero obligué a mis piernas a seguir moviéndose.

Dejé atrás los altos muros y las vallas eléctricas del barrio de lujo. Caminé durante casi una hora, mientras el paisaje cambiaba gradualmente a medida que me acercaba a una zona más comercial. Las mansiones silenciosas dieron paso a edificios antiguos, tiendas con las puertas de acero bajadas y aceras llenas de baches. El glamour artificial había quedado atrás, dando paso a la cruda realidad de la metrópoli.

Tenía los pies llenos de ampollas cuando por fin divisé un letrero de neón parpadeante al final de una avenida.

Era una panadería abierta las 24 horas. El resplandor fluorescente que se escapaba por los cristales empañados parecía un faro en medio de un océano de oscuridad.

Empujé la pesada puerta de cristal. La campanilla sonó, anunciando mi llegada. El local olía a café fuerte, pan recién horneado y productos de limpieza baratos. Ese olor a normalidad, tan alejado del lujo estéril de la casa de Arthur, me proporcionó un extraño y minúsculo consuelo.

El local estaba casi vacío. Solo había un taxista tomándose un café con leche en la barra y una señora de la limpieza barriendo el fondo de la sala. La dependienta de la caja, una joven con profundas ojeras, apenas levantó la vista cuando entré arrastrando mi maleta.

Me dirigí a la mesa más apartada, al fondo de la panadería. Dejé la maleta apoyada contra la pared y me desplomé en la silla de plástico.

Me hormigueaba todo el cuerpo. El agotamiento me cayó encima de golpe. Apoyé los codos en la fría mesa de formica y me cubrí la cara con las manos.

¿Qué voy a hacer?

La pregunta resonó en el vacío de mi mente, gigantesca y aterradora. No tenía adónde ir. No tenía padres a los que pudiera llamar para pedirles refugio, ni amigos con sofás disponibles, porque

toda mi vida en los últimos años había sido una búsqueda incesante de trabajo y estabilidad.

Abrí mi bolso y saqué la cartera. Conté los billetes arrugados. El dinero que había ahorrado apenas daría para pagar una semana en una pensión barata. ¿Y después? Estaba embarazada. Pronto mi cuerpo cambiaría, las náuseas se harían más frecuentes, y conseguir un trabajo decente en mi situación, sin referencias recientes —ya que nunca pondría el nombre de Arthur Albuquerque en un currículum—, sería casi imposible.

Una lágrima solitaria se escapó, dejando un rastro cálido por mi mejilla helada. Me la sequé rápidamente con el dorso de la mano. No podía permitirme el lujo de compadecerme de mí misma.

Fue entonces cuando se acercó un camarero y dejó un menú plastificado sobre la mesa.

—¿Quiere algo, señorita? —preguntó, con la voz arrastrada de quien estaba al final de su turno.

—Un té de manzanilla, por favor. Y un panecillo con mantequilla —mi voz sonó ronca—. Necesitaba meter algo en el estómago para calmar las náuseas persistentes.

Él asintió y se alejó.

Suspiré, apoyando la cabeza en los fríos azulejos de la pared que tenía detrás. Giré la cara hacia un lado, observando el ambiente que me rodeaba, intentando distraer mi mente del pánico que me arañaba la garganta.

Junto a mi mesa había un viejo tablón de corcho clavado en la pared. Estaba repleto de folletos superpuestos: anuncios de clases de inglés, venta de coches de segunda mano, gente que ofrecía servicios de fontanería y limpieza. Papeles amarillentos y con las esquinas dobladas, un retrato de la desesperación y la esperanza de decenas de desconocidos.

Mis ojos vagaron por las letras de colores y los números de teléfono rasgados en la parte inferior de los anuncios. No buscaba nada concreto, solo dejaba que mi mirada se desenfocara, cuando un pequeño trozo de papel marrón, sujeto por una única chincheta oxidada en la esquina inferior derecha del tablón, captó mi atención.

No había imágenes. No había colores llamativos. Solo un texto mecanografiado con letras negras, sencillas y directas.

Me incliné hacia delante, entrecerrando los ojos para leer lo que ponía.

«¿Corazón roto? ¿El peso del mundo te aplasta los hombros y sientes que no tienes adónde huir? No estás sola. Las palabras tienen el poder de curar lo que nadie más puede tocar. Escribe tu secreto. Deja tu dolor en el papel. Escribe al Apartado de Correos 104 y descubre que alguien, en algún lugar, está dispuesto a escucharte».

Me quedé mirando fijamente aquel pequeño trozo de papel como si hubiera cobrado vida.

¿Corazón roto? ¿El peso del mundo te aplasta los hombros?

Un sollozo seco se me atascó en la garganta. Era como si aquel folleto olvidado en el tablón de anuncios de una panadería cualquiera estuviera leyendo mi alma.

Estaba sangrando por dentro, cargaba con el peso de un rechazo monstruoso, el dolor de abandonar al pequeño Léo y el terror absoluto de llevar una vida dentro de mí sin tener nada que ofrecer más que amor e incertidumbres. Y lo peor de todo: no tenía a nadie a quien contárselo. No tenía una madre que me abrazara, una amiga que me sirviera un vino o un zumo y me dijera que el hombre que me había roto el corazón era un canalla.

La soledad era lo peor. La sensación de que, si gritara, nadie en el universo me oiría.

El camarero regresó y dejó sobre la mesa la taza humeante de té y el plato con el pan.

—Gracias —susurré, sin apartar la vista del mural.

En cuanto se dio la vuelta, volví a abrir mi bolso con las manos temblorosas. Saqué un pequeño bloc de notas que utilizaba para anotar los horarios de las medicinas y las comidas de Léo. El simple hecho de ver mi letra anotando las cosas del niño me hizo doler físicamente el pecho, pero lo ignoré. Me tragué el llanto.

Encontré un bolígrafo azul en el fondo del bolso.

Acercé la taza de té y abrí el bloc por una página en blanco.

Mi mano se quedó suspendida sobre el papel durante largos segundos. ¿Qué estaba haciendo? Escribir a un apartado de correos anónimo era un gesto desesperado, quizá incluso ridículo. Podría ser una broma, un proyecto universitario de alguien o simplemente un expediente archivado en Correos que nadie leería jamás.

Pero la verdad es que no me importaba si la leerían o no.

Necesitaba purgar el veneno que Arthur me había inyectado en las venas. Si me guardaba ese dolor solo para mí, me pudriría el corazón, y necesitaba estar entera y fuerte por el bebé que llevaba en mi vientre. Necesitaba arrancar la toxicidad de mi interior, plasmar las palabras en el mundo físico para que dejaran de resonar en la oscuridad de mi mente.

Apreté los dedos alrededor del bolígrafo de plástico y dejé que la punta tocara el papel.

Cayó la primera lágrima, manchando la hoja blanca. Entonces, empecé a escribir. Las palabras no salieron pensadas; brotaron de mí como la sangre de una arteria cortada.

«No sé quién eres. Ni siquiera sé si hay alguien al otro lado leyendo esto. Pero me preguntaste si tenía el corazón roto, y la

verdad es que ni siquiera sé si todavía tengo un corazón latiendo en el pecho.

Me enamoré de un fantasma. Entregué mi alma, mi cuerpo y mis miedos a un hombre que estaba muerto por dentro. Era frío, arrogante y estaba encerrado en una mansión que parecía una tumba. Pensé que podría salvarlo. Qué tontería por mi parte, ¿verdad? Creer que el amor basta para curar a quien prefiere abrazar a sus propios demonios.

Pasamos una noche juntos. Una única y perfecta noche en la que sus cicatrices desaparecieron y yo me sentí, por primera vez en toda mi vida, parte de alguien. Pero cuando llegó la mañana, el hombre que me amó en la oscuridad se convirtió en el monstruo que me destrozó a la luz del día.

Me despidió. Intentó comprarme. Y cuando le dije que llevaba a su hijo en mi vientre, ¿sabes lo que hizo?

Me temblaba tanto la mano que las letras empezaron a salir torcidas. Respiré hondo, sollozando en voz baja, con el pecho agitado mientras revivía el horror de aquella oficina. El bolígrafo arañó el papel con fuerza.

Me ofreció dinero para asesinar a mi bebé. A su hijo. La prueba de nuestra existencia.

Me ordenó que desapareciera. Me miró como si fuera basura, una amenaza para su enfermiza cordura. Y lo que más me duele, lo que me desgarró el alma en mil pedazos, no es no tenerlo a él. Es haber dejado atrás a su otro hijo. Un niño de dos años, que dormía abrazado a un osito de peluche, y que ahora está solo en ese infierno helado porque su padre prefiere el duelo a la vida.

Estoy sentada en una panadería cualquiera. Hace frío y me duelen los pies. No tengo casa. No tengo trabajo. Lo único que tengo en el mundo es la vida que late dentro de mí.

Tengo mucho miedo. Me consume el terror de no poder proteger a mi hijo del mundo. Pero rechacé el dinero de ese cobarde sinvergüenza. Me fui con la cabeza alta, porque prefiero dormir en la calle antes que alimentar al niño que llevo en mi vientre con los restos de un amor enfermo.

Voy a sobrevivir. Juro que voy a sobrevivir. Pero hoy, solo esta madrugada, necesitaba gritar. Necesitaba que alguien supiera que mi corazón ha quedado destrozado, pero que me niego a morir con él.

Gracias por dejarme llorar en tu hombro de papel.

De la mujer que dejó de ser una sombra para convertirse en madre.

Dejé de escribir.

Me dolía la mano. El papel estaba húmedo, arrugado por las lágrimas que habían caído durante todo el proceso. Estaba jadeando, como si acabara de correr una maratón, pero había ocurrido algo extraño y sutil.

La opresión asfixiante en mi garganta había cedido. El peso de plomo que me aplastaba el pecho seguía ahí, pero parecía milímetros más ligero. Al poner en palabras el dolor, al exteriorizar el horror de la actitud de Arthur, le había quitado el poder que tenía sobre mí y había transformado mi angustia en algo físico y tangible, que podía meter en un sobre y enviar lejos.

Arrancé la hoja del bloc con cuidado.

Le pedí un sobre al dependiente, que me miró con extrañeza, pero se acercó a la caja y me trajo un pequeño sobre blanco de correspondencia. Compré un sello que vendían en el mostrador de la panadería y pagué mi cuenta con manos firmes.

Doblé la carta. El papel arrugado cargaba con mi pasado. Cerré la solapa del sobre y pasé la lengua por el pegamento, sellando mi dolor en su interior.

Escribí la dirección en el anverso con la letra más legible que pude: *Apartado de correos 104*.

No puse remitente. No buscaba respuestas; buscaba liberación.

Cogí mi maleta y salí de la panadería.

La luz grisácea del amanecer empezaba a teñir el cielo de São Paulo. Había dejado de llover y la ciudad, poco a poco, despertaba. Caminé dos manzanas más hasta encontrar uno de esos antiguos buzones amarillos de Correos en la esquina de una avenida muy transitada.

Me detuve frente a ella.

El metal helado del buzón parecía un portal. Miré el sobre blanco que tenía en la mano. Allí estaba mi amor roto, el hombre de ojos castaños atormentados, el beso desesperado en la biblioteca y el rechazo frío en la oficina.

Con un movimiento decidido, introduje el sobre por la ranura.

El sonido del papel al caer en el fondo oscuro del buzón metálico resonó como un eco de libertad.

Le di la espalda al buzón.

El viento me azotó la cara, pero, esta vez, no me encogí. Levanté la cabeza, miré al cielo que se aclaraba y apreté el asa de mi bolso.

Estaba sola. Pero estaba viva. Y, por primera vez en mi vida, tenía un propósito más importante que mi propia supervivencia.

Tenía una familia a la que proteger, aunque solo fuéramos nosotros dos. Y nadie, ni siquiera Arthur Albuquerque, podría arrebátarmela.



ARTHUR

Albuquerque

Capítulo 14

La luz blanca y artificial de la pantalla del ordenador me quemaba las retinas como si fuera ácido; sin embargo, me negué a parpadear.

Las líneas del proyecto arquitectónico se entremezclaban ante mis ojos, transformándose en un laberinto sin sentido de ángulos y cálculos estructurales. Mi mano derecha, rígida alrededor del ratón, temblaba ligeramente. El café de la taza de porcelana junto al teclado se había enfriado hacía horas, formando una película oscura y amarga en la superficie, pero lo bebí de todos modos. El sabor a cenizas me bajó desgarrándome la garganta, combinando a la perfección con el estado de mi alma.

Hacía seis semanas.

Cuarenta y dos días, mil y ocho horas. El tiempo había dejado de ser una medida lineal y se había convertido en un castigo ininterrumpido.

Me estaba hundiendo. El trabajo, que durante los últimos dos años había sido mi chaleco salvavidas, mi ancla de cordura, en ese momento no era más que un charco de barro en el que me debatía frenéticamente para no ahogarme.

Me pasaba dieciocho horas al día encerrado en aquella oficina acristalada de Faria Lima. Exigía reuniones innecesarias, revisaba presupuestos que ya estaban aprobados, reescribía contratos que los abogados ya habían ultimado. Mi socio, Ricardo, apenas me dirigía la palabra. El ambiente en la empresa se había vuelto tan tóxico, tan denso e insoportable, que los becarios y los arquitectos noveles apartaban la mirada cuando yo caminaba por los pasillos.

Me había convertido en un tirano. Un hombre impulsado por la cafeína, el insomnio y una rabia enfermiza hacia mí mismo.

Todo para no tener que volver a casa. Todo para no tener que enfrentarme al eco ensordecedor del vacío que Ana había dejado tras de sí.

Lancé el bolígrafo de metal sobre el tablero de cristal de la mesa con un golpe seco. Apoyé los codos en la superficie fría y enterré el rostro entre las manos, presionándome las sienes hasta ver estrellas.

Mi cuerpo se estaba derrumbando. Había perdido peso. Los trajes italianos a medida me quedaban holgados en los hombros. Mi rostro reflejado en los espejos de los baños de la oficina parecía la máscara mortuoria de un desconocido: las ojeras profundas y amoratadas, la piel pálida y sin vida, la barba sin afeitar que ya no tenía fuerzas para recortar.

Pero el agotamiento físico no era absolutamente nada comparado con la tortura psicológica.

La imagen de Ana en mi despacho, con la mano posada protectora sobre su vientre, me atormentaba cada segundo que me atrevía a cerrar los ojos. El sonido de su voz, afilada como una cuchilla, diciendo que sentía asco por mí, resonaba en mis oídos como una sentencia de condenación eterna.

Estoy embarazada.

Mi pecho se contrajo violentamente. La falta de aire fue instantánea, como si una mano invisible me estuviera aplastando la tráquea.

Ella esperaba un hijo mío, al que yo había ordenado que se abortara como si no fuera más que un error de cálculo. Le ofrecí dinero para que asesinara el fruto de la única noche en la que me sentí verdaderamente vivo.

Un gemido ronco y gutural se me escapó de la garganta.

Creía que me estaba salvando. Pensé que, al apartarla de mi vida, estaría blindando mi corazón contra el dolor de la pérdida. Mi trauma, ciego y egoísta, me había convencido de que el amor era una sentencia de muerte.

Pero la verdad brutal e inexorable era que la muerte ya se había instalado en mí en el instante en que la puerta de mi casa se cerró tras ella. No estaba a salvo. Estaba en el infierno.

El reloj digital en la esquina de la pantalla del ordenador marcaba las veintitrés horas.

Ya no quedaban hojas de cálculo que revisar, ni correos electrónicos que responder. Toda la empresa estaba a oscuras, silenciosa y vacía. La huida había llegado a su límite diario.

Me levanté con dificultad, con los huesos crujiendo en señal de protesta. Cogí mi chaqueta y el maletín de cuero y me dirigí hacia el ascensor. El descenso hasta el aparcamiento subterráneo fue un recorrido por el pasillo de la muerte.

Cuando arranqué el motor de mi coche, empezó a llover fuera. Una llovizna fina, constante y gélida, típica de las noches de São Paulo, que empañaba las lunas y dejaba las luces de los semáforos borrosas y tristes.

Conduje en piloto automático. Las calles de la ciudad desfilaban ante mí como una película muda.

Con cada manzana que me acercaba a mi barrio, el nudo en mi estómago se hacía más fuerte. Odiaba aquella mansión. La casa que un día había comprado para formar una familia se había convertido en un mausoleo. Un monumento a mi propia cobardía.

Las verjas de hierro se abrieron con el pesado y metálico sonido de siempre. Aparqué en el garaje, apagué el motor y me quedé allí, en la oscuridad del coche, durante largos minutos, intentando reunir fuerzas para entrar.

Abrí la puerta y recorrí el pasillo del sótano hasta el ascensor privado.

Cuando las puertas se abrieron en el vestíbulo principal, el aire helado de la casa me golpeó. A esas paredes de mármol les faltaba alma. Les faltaba luz. Les faltaba su aliento.

—Buenas noches, señor Albuquerque.

La voz de Sônia surgió de la penumbra. La gobernanta estaba de pie cerca de la base de la escalera. Llevaba el impecable uniforme de siempre, pero su postura, antes sumisa y discreta, ahora denotaba una rigidez implacable.

Me detuve en medio del vestíbulo, aflojándome la corbata con los dedos temblorosos.

—Sônia. ¿Qué haces despierta a estas horas?

—Estaba esperándole. —Su tono no era acogedor. Era frío. Cortante.—Su cena está en la cocina. Supongo que no va a comer.

—No tengo hambre. —Me pasé la mano por el pelo, agotado —. Vete a descansar.

Hice ademán de pasar junto a ella para subir las escaleras, pero Sônia no se movió. Siguió de pie en medio del pasillo, como una barrera de autoridad silenciosa que me obligó a detenerme.

Me fijé en el rostro de aquella mujer mayor. Sônia llevaba trabajando para mi familia desde que yo era un adolescente. Había sido testigo de mi boda con Amanda, me había cogido de la mano en el velatorio de mi esposa y había sido el pilar de aquella casa durante mi ruina.

Sin embargo, la mirada que me dirigía en ese instante no contenía compasión, sino repulsión.

—La tercera niñera de esta semana ha dimitido esta tarde, señor —comentó.

Cerré los ojos un segundo, masajeándome el puente de la nariz.

—Contrata a otra mañana. Págle el doble. El triple. Ofrécele el sueldo que sea necesario, Sônia.

—Con todo respeto, señor, no hay dinero en el mundo que pueda comprar lo que esta casa ha perdido. —La gobernanta levantó la barbilla. Era la primera vez en todos esos años que se enfrentaba a mí abiertamente—. Las empleadas no se marchan por el sueldo ni por el exceso de trabajo. Se marchan porque no soportan ver lo que le está pasando a Leonardo.

Se me paró el corazón por un instante. Mencionar el nombre de mi hijo fue como una navaja que me atravesaba el pecho.

—Léo se adaptará. No es más que un niño. Lo olvidará. —Repetí la misma patética mentira que llevaba semanas utilizando como escudo.

Sônia dio un paso hacia mí. Su rostro se había contorsionado en una máscara de dolor contenido y decepción absoluta.

—No se está adaptando, Arthur. Se está muriendo por dentro.
—Dejó de llamarme «señor» y utilizó mi nombre con una familiaridad que aplastó mi autoridad. —Tu hijo lleva semanas sin hablar. No juega, no llora, no sonrío. Se sienta en un rincón de esa habitación y mira hacia la puerta, esperando a una mujer que lo amó de verdad y a la que tú echaste como a un perro sarnoso.

Sus palabras fueron como un disparo a quemarropa. Di un paso atrás, con la conmoción paralizándome la respiración.

—No sabes de lo que estás hablando —intenté defenderme, pero mi voz no pasó de ser un susurro patético.

—Sé perfectamente de lo que estoy hablando. He visto lo que ha pasado aquí, la forma en que ella te miraba y cómo devolvió la vida a tu hijo. Pero tu orgullo y tu cobardía han sido más fuertes. —Sônia se cruzó de brazos, con los ojos brillantes por las lágrimas de indignación. —Te has construido una prisión para ti mismo. El problema es que has encerrado a tu hijo en la misma celda. Y si no haces algo al respecto, lo perderás. No por la muerte física, como perdiste a Amanda. Sino por un vacío del que nunca podrá volver.

El silencio que siguió al arrebató de la gobernanta fue absoluto. La cruda e imperdonable verdad de sus palabras me golpeó con la fuerza de un huracán, destrozando los últimos ladrillos de mi muro de hielo.

Sônia no esperó una respuesta. Me dio la espalda y se dirigió hacia el ala del personal, dejándome solo al pie de la escalera.

Tenía el cuerpo entumecido. El maletín de cuero se me resbaló de la mano y golpeó el suelo con un ruido sordo.

Se está muriendo por dentro.

Subí las escaleras de mármol no con el apuro de un hombre ocupado, sino con la lentitud arrastrada de quien camina hacia su propia condena. El pasillo de la segunda planta parecía más largo, más frío.

Me detuve ante la puerta blanca de la habitación de Léo.

Estaba entreabierta. La luz de la lámpara de proyección, esa misma lámpara de estrellas que Ana encendía todas las noches, estaba apagada. La habitación estaba sumida en una oscuridad grisácea, iluminada únicamente por la luz de la farola de la calle que entraba por la ventana.

Empujé la puerta despacio. No se oyó el chirrido de las bisagras, solo el zumbido del viento ahí fuera.

Mis ojos se acostumbraron a la penumbra.

La cuna estaba vacía. La cama de matrimonio en la esquina de la habitación, la cama en la que los tres nos habíamos acostado durante la tormenta, también estaba intacta, con las sábanas lisas y frías.

Mi corazón se aceleró, presa de un pánico creciente. Avancé hacia el interior de la habitación, con la mirada recorriendo la estancia.

Entonces lo vi.

Léo no estaba durmiendo. Estaba tumbado en el suelo, acurrucado en el rincón más oscuro de la habitación, entre la pared y el armario.

Me arrodillé al instante.

—Léo... —lo llamé, con la voz temblorosa.

Mi hijo no se movió.

Tenía las rodillas pegadas al pecho y sus manitas apretaban el osito de peluche marrón con una fuerza desesperada. Su cuerpecito estaba rígido, balanceándose ligeramente, de forma casi imperceptible, hacia delante y hacia atrás. Un movimiento rítmico y enfermizo, propio de un niño que busca consuelo en un mundo donde ya no existe.

Tenía el rostro pálido como la cera. Sus ojos grandes y oscuros, esos ojos que un día brillaron mientras un avioncito de plástico volaba sobre la mesa de la cocina, en ese instante estaban vidriosos. Vacíos. Eran pozos de una apatía tan profunda y aterradora que sentí cómo se me subía la bilis a la garganta.

No solo estaba triste. Léo estaba destrozado. Su regresión era total y devastadora. La luz que Ana había encendido en el alma de mi niño se había apagado violentamente, y el impacto de aquella oscuridad repentina lo había traumatizado aún más que la ausencia de una madre a la que nunca había conocido.

Me arrastré por la alfombra, gateando hasta él, sintiendo cómo mi corazón sangraba con cada centímetro.

—Léo, hijo. —Me acerqué, extendiendo mis manos temblorosas hacia él.

En el momento en que mis dedos tocaron el brazo de mi hijo, este tuvo un espasmo. Léo no gritó. No lloró. No se debatió como lo hizo el día en que ella se marchó.

Mi hijo simplemente se encogió aún más, cerrando los ojos con fuerza, rechazando mi contacto con una pasividad silenciosa que me dolió mil millones de veces más que cualquier puñetazo en la cara.

Su indiferencia fue el golpe de gracia.

Se había rendido.

Retiré la mano como si hubiera tocado fuego. El aire de mis pulmones se convirtió en cristales rotos, desgarrándome el pecho de dentro hacia fuera.

Me quedé allí, arrodillado en el suelo oscuro, mirando al fantasma de mi propio hijo. La imagen de Amanda muerta en la camilla del hospital fue sustituida por la de Léo, muerto en vida, en un rincón de aquella habitación. Y ambas tragedias llevaban la misma firma: mi cobardía.

Las lágrimas, gruesas, calientes y cargadas de un odio mortal hacia mí mismo, comenzaron a resbalar por mi rostro. No sollocé. Mi dolor había superado el límite del llanto. Sentía como si mi alma se estuviera desintegrando, molécula a molécula, bajo el peso irreparable de mi elección.

Me abracé a mí mismo, encorvando el cuerpo hasta que mi frente tocó el suelo de la habitación.

Estaba solo.

El muro de hielo que había construido con tanto esfuerzo no me protegió de nada. Solo me encerró en una celda solitaria, donde el aire era gélido, el silencio era torturador y la culpa era mi único verdugo.

Había echado a la mujer que portaba la luz. La había echado a la calle, embarazada y sin rumbo, y, al hacerlo, había ahogado a mi propio hijo en un océano de oscuridad.

No era un hombre, ni un padre. Solo era la patética sombra de un ser humano que había elegido destruir todo lo que tocaba. Mientras el reloj de pared marcaba los segundos en el silencio mortal de aquella habitación, la única certeza que latía en mis venas heladas era que me merecía cada gramo de aquel infierno absoluto.



ANA
Souza

Capítulo 15

El sonido de las sirenas rasgaba la madrugada de São Paulo, resonando en las paredes finas y descascarilladas de mi habitación en la pensión.

Abrí los ojos y fijé la mirada en el techo manchado de humedad. El colchón, duro y hundido por el centro, protestó con un crujido metálico cuando me giré de lado, subiéndome hasta la barbilla la fina manta de lana sintética. El frío del invierno parecía haberse infiltrado en mis huesos, pero el temblor que sacudía mi cuerpo no se debía solo a la temperatura.

Habían pasado seis semanas desde que había abandonado la mansión Albuquerque. Seis semanas de una caída libre y vertiginosa hacia la realidad más cruel de la gran ciudad.

Me senté en el borde de la cama, apoyando los pies descalzos en el suelo de cemento pulido. El frío me subió por las piernas y mi estómago, como ya era habitual, se revolvió violentamente.

Corrí hacia el pequeño baño compartido al final del pasillo, cerrando con llave la puerta de madera podrida justo a tiempo para vomitar el té aguado que me había tomado la noche anterior. Me senté en el suelo de azulejos encrudidos, apoyando la frente en la cerámica fría de la pared, jadeando mientras el sudor helado me resbalaba por la nuca.

Estaba agotada.

El embarazo avanzaba, silencioso e implacable, agotando mis escasas reservas de energía. Me estaba quedando sin dinero. Los ahorros que había acumulado en la mansión se los comían las tarifas diarias de aquella pensión decadente del centro de la ciudad, y mis intentos por conseguir un trabajo siempre se topaban con el mismo obstáculo: no tenía referencias recientes y la palidez enfermiza de mi rostro delataba que no me encontraba en mi mejor forma física.

Volví a la habitación y abrí mi bolso sobre la cama. Conté los billetes arrugados y las monedas.

Suspiré, con un sonido desgarrado y frágil.

Me alcanzaba para pagar dos noches más. Después de eso, la calle sería mi único destino.

Llevé ambas manos hasta mi vientre. El pequeño bulto empezaba a notarse, una sutil rigidez justo debajo del ombligo que solo yo percibía. Acaricié la tela de mi blusa descolorida.

—No voy a rendirme contigo —murmuré, con mi voz sonando débil en la habitación silenciosa, pero cargada de una terquedad salvaje—. Ya encontraremos la manera. Te lo prometo.

Me puse mi abrigo más grueso, me calcé las zapatillas gastadas y salí de la pensión.

El cielo de São Paulo era una losa de plomo gris, que amenazaba con desatar una lluvia en cualquier momento. El viento me azotaba la cara mientras caminaba por las aceras irregulares, esquivando los charcos y la basura acumulada en las esquinas.

Mi destino era el mismo de todos los días: la panadería abierta las 24 horas a tres manzanas de allí. El único lugar donde podía comprar un panecillo barato y un café con leche que me daba la ilusión de estar a gusto.

La campanilla de la puerta sonó cuando entré. El olor a café tostado y a fritos me golpeó la cara, haciendo que mi estómago protestara ligeramente, pero tragué saliva.

Me acerqué al mostrador e hice mi pedido al dependiente, un señor de mediana edad que ya se había aprendido de memoria mi rostro abatido.

Mientras esperaba, giré el cuerpo, apoyándome en la barra de cristal, y dirigí la mirada hacia el viejo tablón de corcho de la pared del fondo. El mismo tablón en el que, semanas atrás, había encontrado el anuncio del misterioso Apartado de Correos 104. El lugar que había utilizado como confesionario para mi dolor, escribiendo una carta desesperada en mi bloc de notas, antes de echarla en un buzón y tratar de seguir adelante.

Mi mirada vagó por los folletos de colores de siempre, los anuncios de clases particulares y la venta de muebles de segunda mano.

Pero algo era diferente.

Fijado justo en el centro del tablón, con una chincheta dorada que brillaba bajo la luz fluorescente, había un sobre de papel color crema, grueso y con textura. Era un material caro, de esos que no encajaban en aquel ambiente grasiento y popular.

Sin embargo, lo que me dejó sin aliento no fue la calidad del papel. Fue la elegante caligrafía, trazada con tinta negra y trazo firme, en el anverso del sobre.

«Para la mujer que dejó de ser una sombra para convertirse en madre. A cargo de la Panadería Estrela Dalva».

Mi corazón dejó de latir durante un segundo entero.

Mi taza de café con leche golpeó el platillo sobre la barra, pero no le presté atención. Mis piernas se movieron solas, atravesando el suelo de baldosas resbaladizas hasta que me detuve frente al mural.

Mi mano temblaba violentamente cuando mis dedos tocaron el papel. El sobre desprendía un ligero e inconfundible aroma a lavanda y papel antiguo.

Había escrito mi carta en un trozo de papel de mi bloc de notas y la había enviado en un sobre de la panadería con el logotipo descolorido estampado en una esquina. No había puesto el remitente, pero la destinataria, la «señora» del apartado de correos, había sido lo suficientemente lista como para rastrear el origen y enviar la respuesta a la única dirección que tenía.

Quitó la chincheta dorada y cogió el sobre.

—Tu pan, señorita —me llamó el dependiente desde el mostrador.

Caminé hasta allí en un trance absoluto. Pagué la cuenta con las manos sudorosas, cogí el plato y la taza, y fui a sentarme en la misma mesa apartada al fondo del local, donde había comenzado mi viaje de supervivencia.

Dejé la comida sin tocar.

Me quedé mirando el sobre color crema durante largos minutos. El terror de que fuera una broma cruel, o peor aún, de que Arthur me hubiera rastreado de alguna forma perversa, me oprimió el pecho. Sin embargo, él nunca me llamaría «mamá», ni utilizaría una elegante caligrafía cursiva; él usaba correos electrónicos corporativos y contratos de despido.

Con la respiración entrecortada, deslicé el dedo bajo el borde del sobre y rompí el sello.

Dentro había dos hojas perfectamente dobladas, junto con un pequeño trozo de cartulina rectangular.

Desdoblé la primera hoja. La misma tinta negra, la misma letra firme y acogedora llenaba el espacio.

«Mi querida niña»,

Las tres primeras palabras bastaron para que se me llenaran los ojos de lágrimas. La sensación de ser vista, de que me llamaran «querida» en un mundo que solo me había ofrecido frialdad y rechazo, rompió la primera capa de mis defensas.

«Tu carta me llegó y, mientras leía tus palabras, mis propias lágrimas mancharon la tinta del papel. Conozco tu dolor, jovencita. Conozco el terror de llevar una vida en el vientre, mientras el hombre que debería ser tu refugio elige huir por miedo a sus propios fantasmas.

Hace muchos, muchos años, yo era exactamente la chica que tú eres hoy. Yo también amé a un hombre que me rechazó cuando más lo necesitaba. El mundo me dijo que no lo conseguiría. La sociedad me dio la espalda, y la desesperación fue mi única compañera de almohada durante muchas noches sombrías.

Pero has escrito algo que me ha llenado de un profundo orgullo. Has dicho que rechazaste el dinero de su cobardía. Has dicho que preferías la calle a alimentar a tu hijo con las migajas de un amor enfermo.

Ya no eres una sombra, querida mía. El fuego que arde en tus palabras es el instinto de la leona que acaba de despertar. Los monstruos de hielo solo pueden congelar a quienes se quedan quietos esperando a que llegue el verano. Pero tú no te quedaste

quieta. Caminaste, y es precisamente por ese valor por lo que no voy a permitir que camines sola».

Sollocé. Un sonido bajo, ahogado, que me obligó a taparme la boca con la mano libre. Temblaba de la cabeza a los pies. La empatía que brotaba de aquella carta era un abrazo cálido y apretado que no había recibido desde la infancia.

Me sequé los ojos con el dorso de la mano, parpadeando frenéticamente para poder leer el resto de la carta.

«No puedes criar a un niño en las calles de una ciudad que devora la esperanza. Una madre fuerte necesita un refugio seguro para que su fuerza no se convierta en agotamiento.

Junto con esta carta, encontrarás un billete de autobús. Tiene un destino claro: Vale das Flores, una pequeña ciudad en el interior, donde el viento huele a tierra húmeda y la paz forma parte del día a día.

Cuando llegues allí, dirígete a la Pousada Recanto da Serra y busca a Doña Lourdes. Es una de mis mejores y más antiguas amigas. La posada necesita ayuda en recepción y con la organización, y ella te está esperando. La habitación es sencilla, pero está limpia, es acogedora y, lo más importante, es segura. Tendrás un techo bajo el que dormir, un trabajo digno y un plato de comida caliente todos los días.

Vete al campo, pequeña mía. Deja atrás la contaminación y los recuerdos tóxicos de esta capital. Cura tu cuerpo, alimenta a tu bebé y deja que tu corazón descanse.

No te preocupes por darme las gracias. El universo tiene una curiosa forma de cobrar sus deudas y recompensar a los corazones valientes. Solo prométeme a mí y a ti misma que nunca dejarás de luchar por el milagro que llevas en tu vientre.

Con cariño y admiración, La Señora de las Cartas».

Bajé la hoja de papel.

Me faltó el aire. Miré dentro del sobre y saqué el pequeño trozo de cartulina. Era un billete de autobús de la compañía Cometa. El destino: Vale das Flores. La fecha de salida era dentro de dos días. Y, junto al billete, doblado a la perfección, había dos billetes de cien reales, suficientes para mi desplazamiento hasta la terminal y para comer durante el viaje.

Me quedé mirando el papel que tenía entre las manos.

Un milagro. Era la única palabra que podía describir lo que estaba pasando. Yo, que siempre había sido escéptica, que siempre había creído que la vida era una batalla solitaria y brutal, tenía en mis manos la prueba física de que los ángeles de la guarda no llevaban alas; llevaban sellos postales y letra cursiva.

La tensión insoportable que me oprimía los hombros desde hacía semanas se desvaneció de golpe.

No tendría que dormir en la calle ni mendigar comida, y conseguiría un trabajo. Un techo. Un lugar donde ver crecer mi barriga en paz, lejos del hormigón gris y de los recuerdos punzantes de Arthur Albuquerque.

Apoyé los codos en la mesa y escondí el rostro entre las manos, llorando. Sin embargo, esta vez, las lágrimas no eran de desesperación. No eran ácidas ni estaban cargadas de odio. Eran lágrimas dulces, cálidas y bañadas por la más pura y absoluta gratitud.

Lloré hasta purificar mi alma.

Cuando levanté la cabeza, mi café con leche ya se había enfriado por completo, pero me lo bebí de todos modos. Me comí el pan a la plancha con un hambre que no sentía desde hacía días. La comida nunca me había sabido tan bien.

Cogí la carta y el billete y los guardé en el fondo de mi bolso, como si fueran los mayores tesoros de la humanidad.

Me levanté de la mesa y caminé hacia la salida de la panadería. La llovizna de São Paulo seguía cayendo, pero, cuando abrí la puerta de cristal, el viento helado ya no parecía amenazador.

Volví a la pensión con paso ligero. La calle seguía sucia, los edificios seguían siendo grises, pero mi perspectiva había cambiado por completo.

Dos días...

Solo tenía que aguantar en esa habitación de la pensión cuarenta y ocho horas más.

Cuando llegué a mi minúscula habitación, lo primero que hice fue sentarme en la cama dura y llevarme las dos manos al vientre.

Aún no podía sentir las patadas. Mi bebé no era más que una semilla, invisible para el mundo, pero su presencia era la fuerza motriz que hacía circular mi sangre.

—Nos vamos —susurré, sonriendo entre las lágrimas que volvían a caer sin cesar—. Nos vamos a un lugar seguro. Crecerás escuchando a los pajaritos y oliendo la tierra. Nadie nos hará daño. Mamá lo ha conseguido.

Me tumbé en el colchón hundido, acurrucando las piernas contra el pecho, y cerré los ojos.

Por primera vez en semanas, la imagen de los ojos marrones y aterrorizados de Arthur no fue lo último que vi antes de dormirme. Su fantasma, el eco de su rechazo y el peso de su duelo enfermizo quedaron relegados al fondo del armario de mi mente.

En lugar de su oscuridad, solo vi la promesa de un campo verde, de una posada en el campo y la voz de una amiga desconocida.

Me estaba recuperando. Las cicatrices seguirían ardiendo, lo sabía. El amor que sentí por Arthur no desaparecería por arte de magia, pero ya no me definiría.

Me quedé dormida con la carta bajo la almohada, con el corazón envuelto en una paz que nunca pensé que volvería a encontrar. El capítulo de destrucción en la Mansión Albuquerque había llegado a su fin definitivamente; mi historia de renacimiento estaba a punto de comenzar en el camino hacia el Vale das Flores.



ARTHUR

Albuquerque

Capítulo 16

Dicen que el tiempo cura todas las heridas. Es la mayor y más sádica mentira jamás inventada por la humanidad.

El tiempo no cura absolutamente nada. El tiempo solo enseña a tu mente a convivir con la gangrena. Anestesia los bordes del dolor, transformando la aguda agonía de los primeros días en un zumbido sordo y constante, que te acompaña desde el momento en que abres los ojos hasta el instante en que te desmayas de agotamiento.

Seis meses...

Ciento ochenta y dos días desde que la pesada puerta de roble de mi despacho se cerró, llevándose consigo la última chispa de luz que mi vida había conocido.

El otoño dio paso a un invierno riguroso, que a su vez se desvaneció en una primavera gris y sin encanto. El mundo exterior siguió girando, las estaciones cambiaron, los edificios que mi empresa había proyectado se construyeron, pero yo permanecí congelado en ese mismo instante de aquella maldita noche.

Me convertí en una máquina. Un autómata hecho de trajes de lana fría, hojas de cálculo de costes y dobles de whisky.

La Mansión Albuquerque, que ya de por sí era silenciosa, se había convertido en un cementerio habitado por fantasmas. La rutina de Léo pasó a estar a cargo del «equipo multidisciplinar» que había prometido contratar. Eran psicólogos, pedagogos y terapeutas carísimos, que desfilaban por los pasillos con sus tablillas y sus sonrisas profesionales.

¿El resultado? Un fracaso monumental.

Mi hijo no volvió a llorar, pero tampoco volvió a sonreír. Léo se había convertido en un pequeño eco de mí mismo. Obedecía a los terapeutas, comía lo que le ponían delante y se sentaba donde le mandaban. Pero sus ojos estaban muertos. El niño que un día sujetó un avioncito de plástico y se rió con la boca manchada de gachas ya no existía.

Había matado el alma de mi hijo para proteger mi propio cuerpo.

Era un martes lluvioso, el cielo de São Paulo se desmoronaba en una violenta tormenta que lamía los cristales de mi despacho en Faria Lima. Estaba inclinado sobre la mesa, con los ojos ardiendo por la falta de sueño, revisando un contrato de suministro de acero que ya me había leído tres veces.

La puerta de mi despacho se abrió con un golpe tan brutal que el pomo metálico chocó contra la pared de cristal, amenazando con hacerla añicos.

Levanté la cabeza, irritado.

—Ya te he dicho que no quiero que me interrumpas cuando estoy...

La frase se me atragantó en la garganta.

Ricardo estaba de pie en el umbral de la puerta. Mi socio y único amigo no lucía su habitual sonrisa cínica ni su postura relajada. Tenía el traje mojado en los hombros, el pelo rubio pegado a la frente por la lluvia, y sus ojos verdes brillaban con una furia tan pura, tan incandescente, que instintivamente retrocedí en mi silla.

Cerró la puerta tras de sí de un portazo y giró el pestillo.

—Ricardo, ¿qué demonios estás haciendo? —Mi voz sonó ronca.

No respondió de inmediato. Caminó con pasos pesados hasta mi mesa, se detuvo al otro lado del cristal y apoyó ambas manos abiertas sobre la superficie, inclinando el cuerpo hacia mí. Su pecho subía y bajaba al ritmo de una respiración entrecortada.

—Acabo de tomar un café con Sônia —soltó, con voz baja, pero vibrante de una tensión letal.

Mi corazón se detuvo durante un segundo entero. El nombre de la gobernanta en medio de mi despacho era una señal de alarma roja.

—Sônia no tiene derecho a discutir asuntos de mi casa contigo. La voy a despedir en cuanto...

—¡Cierra la puta boca, Arthur! —rugió Ricardo. El sonido resonó en la oficina, haciendo vibrar los cristales.

Me quedé sin palabras. En más de diez años de amistad y sociedad, nunca había visto a Ricardo perder el control de esa manera. Su ira era física.

Tragó saliva, con los ojos llenos de un asco absoluto.

—Sônia me llamó porque ya no aguanta ver cómo Léo se va consumiendo. Estaba llorando a lágrima viva, Arthur. Una mujer que

lleva décadas trabajando para tu familia lloraba como una niña en una panadería de la esquina, suplicándome que hiciera algo, porque su jefe se había vuelto loco.

Apreté la mandíbula y desvié la mirada hacia la ventana.

—Léo está siendo atendido por los mejores médicos del país. El tratamiento lleva tiempo.

—¡Los médicos no curan el abandono, imbécil! —Ricardo dio un golpe en el cristal de la mesa—. Pero Sônia no solo habló de Léo.

La sala pareció encogerse. El oxígeno se volvió denso, casi sólido.

—Me contó por qué Ana se marchó en plena noche, con una maleta vieja, bajo la lluvia. Me contó lo que oyó detrás de la puerta de su despacho hace seis meses.

Se me heló la sangre. Mis manos, escondidas bajo la mesa, empezaron a temblar.

—No es asunto tuyo, Ricardo. Sal de mi despacho. ¡Ahora mismo! —Intenté sonar autoritario, pero mi voz sonó débil, hueca.

—Estaba embarazada. —Ricardo escupió las palabras, ignorando mi orden, clavándome la mirada como si fueran cuchillos afilados—. La chica que devolvió la vida a tu hijo, la mujer de la que tú mismo me dijiste que no podías sacarte de la cabeza... estaba embarazada de un hijo tuyo y tú la echaste a la calle.

Cerré los ojos con fuerza, mientras el dolor del recuerdo me desgarraba el pecho.

—No lo entiendes... —susurré, sintiendo cómo se me cerraba la garganta—. No sabes lo que es el terror. El embarazo iba a matarla. Vi sangrar a Amanda. Vi cómo se paraban los monitores. No podía quedarme mirando cómo Ana también moría. ¡No podía! ¡Lo hice para salvarla!

—¿Salvarla? —La risa de Ricardo sonó enfermiza, cargada de sarcasmo y burla. —¿Crees que salvaste a Ana? ¡Le ofreciste dinero para que abortara a su propio hijo! ¡Llamaste oportunista a la chica! ¡Destrozaste el alma de alguien que no tenía nada en el mundo, la echaste a la calle sin techo, sin trabajo y esperando un hijo tuyo, y tienes la osadía de decir que lo hiciste para *protegerla*?

—¡Era la única manera! —grité, levantándome de un salto y haciendo que la silla cayera hacia atrás. El pánico de hacía seis meses se reavivó, hirviendo en mi sangre—. ¡Si no estuviera embarazada, no moriría! ¡Intenté evitar la tragedia!

Ricardo rodeó la mesa. Pensé que iba a pegarme, y una parte de mí lo deseaba. Quería que me rompiera la mandíbula y me hiciera sangrar para que el dolor físico tapara, aunque fuera por un instante, el dolor del alma.

Pero no me pegó. Se detuvo frente a mí y me señaló con el dedo justo en medio del pecho.

—Amanda murió por una fatalidad, Arthur. Una maldita tragedia médica que te destrozó. Pero ¿qué le has hecho a Ana? ¿Qué le estás haciendo a Léo? Eso no es una tragedia. Es una elección.

Sus palabras me golpearon con la fuerza de un mazo.

—No eres una víctima del destino, Arthur. No eres más que un cobarde. —El tono de voz de Ricardo bajó, volviéndose letalmente tranquilo. La decepción goteaba de cada sílaba. —Tu miedo te ha convertido en un monstruo. Un monstruo tan egoísta que prefirió echar a la calle a la mujer que amaba y condenar a su propio hijo a la depresión, solo para no tener que enfrentarte a la posibilidad de volver a sentir dolor.

—Cállate... —jadeé, llevándome las manos a la cabeza y retrocediendo hasta que mi espalda chocó contra la pared de cristal.

—¿Dónde está ella ahora, Arthur? —continuó él, con voz implacable, diseccionándome vivo—. Seis meses. Está embarazada

de seis meses. ¿Dónde duerme? ¿Qué come? ¿Habrá conseguido un trabajo? ¿O acaso la mujer que lleva a tu hijo en su vientre está durmiendo en un albergue público, porque fuiste demasiado cobarde para amarla?

Mi cerebro entró en cortocircuito.

La imagen de Ana, frágil, sola en las violentas calles de São Paulo, embarazada y con frío, se proyectó en mi mente con una nitidez aterradora. El escudo de hielo que había mantenido con tanto esfuerzo durante los últimos ciento ochenta días no solo se agrietó; explotó en miles de pedazos.

Ricardo me miró con un desprecio que me quemó la piel.

—Creía que te conocía. Creía que bajo esa coraza de viudo intocable aún existía un hombre. Pero me equivoqué. Estás muerto, Arthur. Y estás matando a todo el que intenta acercarse a ti.

Me dio la espalda, se dirigió hacia la puerta y salió sin mirar atrás, dejando la puerta abierta de par en par.

El silencio se apoderó de la oficina, roto únicamente por el golpeteo de la lluvia contra el cristal a mis espaldas.

Me quedé paralizado durante unos segundos. La respiración empezó a fallarme. El aire ya no llegaba a mis pulmones. Llevé ambas manos al cuello de la camisa, arrancando los botones y aflojando la corbata de seda en un movimiento desesperado.

Mi corazón se disparó. No era el latido acelerado de la ansiedad; era un martillo neumático aplastándome las costillas desde dentro hacia fuera. Trescientos latidos por minuto. Un dolor agudo y aplastante se irradió desde mi esternón, bajando por mi brazo izquierdo.

Estoy sufriendo un infarto.

Las piernas me fallaron. Caí de rodillas sobre el suelo alfombrado, agarrándome la tela que cubría mi propio pecho. La

habitación empezó a dar vueltas. El techo se acercó, las paredes de cristal parecieron encogerse, aplastándome, asfixiándome.

Mi visión se oscureció por los bordes, convirtiendo la oficina en un túnel borroso.

Intenté respirar, pero se me había cerrado completamente la garganta. Jadeaba con respiraciones cortas y ruidosas, como un pez fuera del agua. Me hormigueaban las manos y notaba cómo el entumecimiento subía por mis muñecas hasta los hombros. El sudor helado empapó mi camisa en cuestión de segundos.

—Ana... —Su nombre se me escapó de los labios en un silbido agonizante.

La realidad se abatió sobre mí con la fuerza de un tsunami. Ricardo tenía razón. Sônia tenía razón.

No había salvado a nadie. Me había convertido en exactamente lo contrario de todo lo que juraba proteger.

El recuerdo de nuestro último encuentro en el despacho de la mansión me invadió con una violencia indescriptible. Sus ojos azules, antes llenos de amor, fríos y cargados de repulsión.

«Me das asco, Arthur. Mi mayor arrepentimiento es haber entregado mi alma a un monstruo sin corazón».

Yo era un monstruo.

Eché a la calle a la mujer de mi vida. Rechacé a mi propio hijo. Condené a Léo a una muerte emocional. Utilicé el recuerdo de Amanda, la mujer más bondadosa que jamás haya existido, como una excusa raída para encubrir mi propia cobardía. Mi fobia. Mi egoísmo enfermizo.

Me revolqué por el suelo, tumbándome de lado, acurrucado en posición fetal. Las lágrimas, que había tragado durante medio año, brotaron de mi rostro como una presa reventada.

Lloré con todo el cuerpo. Sollozos violentos y convulsivos que me desgarraban la garganta y resonaban por la oficina vacía. El dolor era tan insoportable, tan total y absoluto, que deseé que aquel ataque de pánico fuera realmente un infarto y que mi corazón dejara de latir, porque la agonía de la lucidez era insoportable.

Mi bebé. Nuestro hijo...

Seis meses...

Su barriga ya estaría grande. Estaría sintiendo las patadas y pasando por todo aquello sola, cargando con el peso de haber sido odiada por el hombre que debería protegerla.

—¿Qué he hecho? —grité a la nada, arañando la moqueta con las uñas—. ¡Dios mío, ¿qué he hecho?!

Había destruido mi única oportunidad de redención.

Me quedé tirado en el suelo del despacho durante casi una hora, sintiendo cómo mi cuerpo se sacudía con los temblores del pánico y el llanto. Poco a poco, el aire empezó a volver a mis pulmones. El hormigueo en las manos disminuyó. El ataque agudo pasó, dejando tras de sí un cuerpo vacío, exhausto y destrozado.

Poco a poco, me arrastré hasta la base de la mesa de cristal y apoyé la espalda en ella.

Apoyé los brazos sobre las rodillas dobladas y levanté la cara, mirando al techo. Las lágrimas seguían cayendo, pero el caos de mi mente había sido sustituido por una claridad punzante. Fría y absoluta.

Ricardo tenía razón. Había huido de la vida. Me había convertido en la peor versión posible de un ser humano.

Sin embargo, la revelación definitiva, la que rompió las cadenas de mi trauma, fue darme cuenta de que el amor que sentía por Ana y por Léo era inmensamente mayor que mi miedo a la muerte. El pavor a perderla en la sala de partos ni siquiera se

acercaba al verdadero terror que estaba viviendo ahora: la certeza de que ella estaba ahí fuera, en el mundo, y ya no era mía.

Si había un riesgo en la vida, si existía la posibilidad del dolor, tenía que enfrentarme a él. La vida sin ellos no era vida. Era solo un velatorio interminable.

Apoyé las manos en el suelo y me levanté con dificultad. Las piernas aún me temblaban, pero mi espalda se enderezó.

Caminé hasta el pequeño espejo decorativo de la pared de enfrente.

El hombre que me devolvió la mirada estaba destrozado. Los ojos enrojecidos, el rostro empapado y la camisa arrugada. La fachada del CEO imperturbable estaba muerta y enterrada en la moqueta de aquella oficina.

En su lugar, estaba surgiendo un hombre desesperado. Un padre...

No sabía dónde estaba Ana. No sabía si se había marchado de São Paulo, si estaba viva o si siquiera me dejaría acercarme a cien metros de ella.

Pero iba a encontrarla.

Registraría cada pensión, cada hospital, cada calle de aquel país si fuera necesario. Gastaría hasta el último céntimo de mi fortuna. Contrataría un ejército de detectives. Cuando la encontrara, no le exigiría nada. Simplemente me arrodillaría, le besaría los pies y le suplicaría que tuviera la misericordia de garantizar, al menos, que nuestro hijo no naciera en la miseria.

Me arrastraría.

Me limpié la cara con el dorso de la mano, me abroché los botones rotos de la camisa y cogí mi móvil de la mesa.

El monstruo estaba muerto. En ese momento, solo necesitaba averiguar si aún había tiempo para salvar a la mujer a la que había

destrozado.



ANA
Souza

Capítulo 17

Apoyé ambas manos en la base de mi columna, estirando la espalda para aliviar la presión constante que pesaba sobre mis caderas, y solté un largo suspiro. El aire del Vale das Flores era puro, ligero y traía consigo una paz que nunca pensé que mis pulmones serían capaces de asimilar.

Bajé la mirada. Mi barriga estaba enorme.

Habían pasado seis meses desde la noche en que crucé las puertas de la Mansión Albuquerque con una maleta gastada y el corazón hecho añicos. En ese momento, al comienzo del séptimo mes de gestación, mi cuerpo se había transformado por entero. Mis formas se habían redondeado, mis pechos estaban turgentes y mi vientre era un globo firme y perfecto que albergaba mi milagro particular.

Una sacudida repentina bajo las costillas me dejó sin aliento por un segundo.

Sonreí, deslizando la palma de la mano sobre la tela del vestido de algodón estampado de flores que llevaba puesto.

—Tranquilo, impaciente —murmuré, con una voz dulce y suave que resonó en el silencio de la recepción—. Mamá ya va a sentarse.

Como si respondiera a mi llamada, el bebé dio otra patada, lo suficientemente fuerte como para tensar la tela del vestido. Ese movimiento, que al principio no era más que una mariposa batiendo las alas en mi interior, se había convertido en una presencia vigorosa e innegable. Cada puñetazo, cada voltereta que daba ahí dentro, era una prueba física de que habíamos vencido. La muerte, el miedo y el frío que su padre intentó imponernos habían quedado atrás. La vida latía, obstinada y victoriosa, bajo mi piel.

El suave sonido de unos pasos arrastrados rompió la quietud de la mañana.

Doña Lourdes apareció por el pasillo que daba acceso a la cocina de la Pousada Recanto da Serra. Era una mujer de unos sesenta años, bajita, con el cabello canoso y abundante recogido en una trenza suelta. Su rostro era un mapa de arrugas que se formaban alrededor de unos ojos castaños y sabios, siempre llenos de una amabilidad maternal que me acogió desde el primer instante.

Llevaba una pequeña bandeja en las manos y se limpiaba los dedos en el borde del delantal de lino.

—Ana, hija mía, ¿qué haces todavía de pie detrás de ese mostrador? —Su tono era de fingido regañón, y su acento arrastrado del interior calentaba el ambiente—. ¿No te he dicho ya que el doctor Fernando te ha mandado que descanses esas piernas? ¡Ese niño va a acabar naciendo antes de tiempo si no te quedas quieta!

—Estoy bien, doña Lourdes. A Carlos le acaba de terminar el turno y solo estaba ordenando las llaves de las cabañas tres y

cuatro. Los huéspedes de Río de Janeiro tienen que dejar las cabañas antes de la comida.

Dejó la bandeja sobre la rústica encimera de madera de recuperación. El aroma del pan de queso recién hecho invadió el aire.

—Las llaves pueden esperar. Tu desayuno, no. Siéntate en el taburete, chica. Come. Estás comiendo por dos, y ese niño de ahí dentro parece tener el apetito de un león.

No me atreví a llevarle la contraria. Caminé con pasos lentos, mi centro de gravedad estaba completamente alterado, y me acomodé en el taburete alto detrás de la recepción.

Doña Lourdes me entregó una taza de té de hinojo, ya que el café se había convertido en mi mayor enemigo durante los primeros meses de náuseas, y acercó un taburete para sentarse a mi lado.

No era solo mi jefa. Doña Lourdes se había convertido en la madre que el destino nunca me había dado. Cuando bajé de aquel autobús en la minúscula estación de Vale das Flores, pálida, agotada y asustada, fue ella quien me abrió la puerta. Leyó la carta que llevaba en las manos, miró mi barriga aún invisible, abrió los brazos y dijo: «*Bienvenida a casa, mi niña*».

Desde aquel día, mi mundo había cambiado de color.

La posada era un lugar sencillo, rodeado por las verdes montañas de la sierra, con cabañas de madera repartidas por un inmenso jardín lleno de hortensias y árboles frutales. Mi trabajo en recepción era tranquilo. Contestaba el teléfono, gestionaba las reservas en el viejo ordenador, charlaba con los huéspedes y ayudaba con la contabilidad, algo para lo que descubrí que se me daba bastante bien.

A cambio, me dieron una acogedora casita en la parte trasera de la finca, tres abundantes comidas al día y un sueldo que, por primera vez en mi vida, podía ahorrar casi en su totalidad, reuniendo poco a poco el ajuar de mi hijo.

Le di un mordisco al pan de queso, cerrando los ojos, mientras su sabor casero me reconfortaba.

—Gracias, doña Lourdes. Está delicioso.

Ella sonrió, acariciándome la mano libre sobre la encimera.

—Hoy tienes las mejillas sonrosadas. Por fin se te ha ido la palidez de aquellos primeros meses. El embarazo te ha sentado muy bien, Ana. Estás radiante.

—Usted me ha hecho mucho bien —la corregí, con la voz embargada por una gratitud que siempre amenazaba con desbordarse—. Si no hubiera llegado aquí... si usted no me hubiera aceptado tal y como estaba...

—Shhh. —Me apretó los dedos—. Ya no hablamos de lo que quedó atrás. La basura se tira a la basura, no se guarda en el salón. Llegaste aquí como un pajarito con el ala rota, pero quien arregló el nido fuiste tú misma. Tu hijo estará muy orgulloso de la madre luchadora que tiene.

Sus palabras me llenaron de una fuerza cálida e inquebrantable.

La verdad es que había sangrado. Durante las primeras semanas en Vale das Flores, me encerraba en mi cabaña y lloraba hasta soltar sollozos. El recuerdo de los ojos aterrorizados de Arthur me atormentaba en las pesadillas. El dolor del abandono se mezclaba con una culpa desgarradora cada vez que recordaba al pequeño Léo. Pensaba en su cara manchada de tizas de colores, en el osito de peluche, en la promesa incumplida de que no lo abandonaría. El fantasma de Léo seguía siendo la única herida que se negaba a cerrarse por completo.

Pero el tiempo, junto con el aire puro de la montaña y el amor maternal de doña Lourdes, había cauterizado las heridas.

Ya no odiaba a Arthur. El odio es un sentimiento que exige mucha energía, y yo necesitaba hasta la última gota de mi fuerza

vital para mi bebé. Lo que sentía por el padre de mi hijo era una fría indiferencia. Se había convertido en una sombra gris, una pesadilla lejana que perdió el poder de asustarme en cuanto me di cuenta de que no lo necesitaba para sentirme completa.

—Ve al balcón de atrás —sugirió Doña Lourdes, sacándome de mis pensamientos. Se levantó y se ajustó el chal de lana sobre los hombros—. Hoy hay poco movimiento. El teléfono no sonará antes de las diez. Ve a tomar un poco el sol con esa barriguita. Yo me quedo echando un ojo a la recepción.

Intenté protestar, pero su mirada severa y cariñosa me dejó sin palabras.

Cogí mi taza de té, le di las gracias con un beso en su mejilla arrugada y caminé lentamente hacia la terraza trasera de la posada.

Aquello era mi refugio. Había un diván de madera rústica con cojines de ganchillo, situado frente al verde valle que se extendía hasta las montañas del horizonte. El sol de la mañana había disipado la niebla, bañando el jardín con una luz dorada y calentando el aire.

Me senté en el banco con dificultad, colocándome los cojines en la zona lumbar.

La paz era absoluta. Oí el canto de un bem-te-vi en una morera cercana. El susurro de las hojas meciéndose con el viento.

Dejé la taza en la mesita del centro. Junto a ella descansaba una pequeña caja de madera donde guardaba algunas cosas personales. Abrí la tapa y saqué unas hojas de papel de carta decorado, un sobre color crema y un bolígrafo de tinta azul.

Habían pasado seis meses desde que escribí la primera y única carta de mi vida. Aquel desahogo desesperado, manchado de lágrimas, que eché en un buzón de Correos en la capital, esperando solo gritar al vacío. Pero el vacío me respondió. El universo me tendió la mano en forma de la misteriosa «Señora de las Cartas».

Colocé la tablilla sobre mis rodillas.

Mi corazón estaba en calma. Ya no me temblaban las manos, ni sentía el ardor ácido de las náuseas provocadas por el pánico. Aquel día, mis manos estaban firmes, mis uñas bien cuidadas y mi piel irradiaba salud.

Respiré hondo, dejé que la brisa de la montaña me acariciara el rostro y toqué el papel con la punta del bolígrafo.

«Querida Señora de las Cartas»,

Mi caligrafía resultó redonda, firme y elegante.

«Llevaba mucho tiempo preguntándome si debía volver a escribir. No sabía si el apartado de correos 104 seguía existiendo, ni si usted seguía leyendo las confusiones de desconocidos que buscan salvación en el papel. Pero no podía permitir que mi silencio pareciera ingratitud.

Hoy se cumplen seis meses desde que llegué al Vale das Flores. Seis meses desde que su billete de autobús me sacó del borde del abismo y me trajo al paraíso.

Quiero que sepa que no solo me salvó de la calle. Salvó dos vidas. La mía y la de mi hijo.

¡Sí, es un niño! Lo descubrí la semana pasada gracias a la ecografía del centro de salud de aquí. Es fuerte, inquieto y tiene la manía de darme patadas en las costillas cada vez que intento dormir sobre el costado derecho. Ya noto el peso en la barriga y me duele la espalda al final del día, pero te juro que cada molestia es la sensación más maravillosa que he experimentado jamás. Él es mi milagro.

Doña Lourdes es un ángel que camina por la Tierra. Me trata como la hija que nunca fui para nadie. Ayudo en la recepción de la posada, he aprendido a cerrar la caja y, en mi tiempo libre, me está enseñando a tejer ropita de bebé. Yo, que nunca tuve nada propio,

hoy tengo cajones llenos de zapatitos de colores y con aroma a colonia infantil.

Te escribo para decirte que la curación ha llegado.

La chica asustada que lloraba en una panadería de São Paulo ya no existe. Las palabras crueles del hombre que me rompió el corazón ya no resuenan en mi mente. Le he perdonado. No porque se lo merezca, sino porque mi corazón se ha llenado de tanto amor por esta niña que no ha quedado espacio alguno para albergar el resentimiento.

Su frialdad no me helo. He aprendido a encender mi propia hoguera.

A veces, cuando se pone el sol y cae la noche en la sierra, sigo pensando en el pequeño Léo. El niño al que tuve que dejar atrás sigue siendo la única herida que me arde de vez en cuando. Rezo todas las noches para que el universo sea bondadoso con él y para que no se pierda en la oscuridad de aquella casa. Es lo único que no he podido arreglar. Pero he aceptado que no puedo salvar el mundo entero; solo tengo que salvar el universo que crece dentro de mí.

Gracias. Gracias por escucharme cuando nadie más lo hacía. Gracias por haber sido la mano invisible que me sacó del pozo. Si mi hijo tiene hoy un techo, una cuna segura y una madre completa que lo ama, es porque usted me recordó que yo no era una sombra.

Espero que la vida le devuelva por duplicado toda la luz que usted reparte por el mundo. Y si algún día pasa por el Vale das Flores, sepa que tiene a una madre y a un niño esperándola para darle el abrazo más grande del mundo.

Con todo mi amor y eterna gratitud, Ana».

Dejé de escribir.

Volví a leer las palabras. No había tristeza en aquellas líneas. No había dolor. La carta era un testimonio de victoria, el cierre definitivo de un capítulo sombrío.

La lágrima que resbaló por mi mejilla no era de dolor, sino de pura plenitud. Me sequé la lágrima antes de que pudiera manchar la tinta.

Doblé las hojas con un cuidado casi reverente y las metí dentro del sobre blanco. Sellé la solapa. En el reverso, escribí la misma dirección de hacía seis meses: *Apartado de correos 104*. Pero esta vez, escribí mi nombre como remitente en el reverso. *Pensión Recanto da Serra, Vale das Flores*. Ya no necesitaba esconderme tras el anonimato. Tenía un nombre. Tenía una dirección. Tenía una identidad.

El bebé volvió a dar una patada en mi barriga, como si estuviera de acuerdo con mi decisión.

Dejé la tablilla sobre la mesa, agarré el sobre con firmeza y apoyé la espalda en la tumbona. Cerré los ojos y dejé que el sol de última hora de la mañana me calentara la piel.

La pesadilla había quedado enterrada bajo el asfalto de la gran ciudad. Mi futuro, verde, vivo y lleno de luz, no hacía más que empezar y, por primera vez en toda mi existencia, ya no tenía miedo del mañana.



ARTHUR

Albuquerque

Capítulo 18

El sonido rítmico e insistente del reloj de péndulo en un rincón de mi despacho parecía el golpe de un martillo contra mi cráneo.

Cada segundo que pasaba era como una aguja clavada bajo mi piel, recordándome el tiempo que había perdido. Seis meses. Ciento ochenta y dos días de un infierno absoluto, moldeado, construido y encerrado por mí mismo.

Estaba hundido en mi sillón de cuero, el mismo en el que había firmado mi propia sentencia de muerte al entregarle a Ana aquel maldito cheque. La superficie de cristal de mi escritorio, antes impecablemente limpia, en ese momento estaba sepultada bajo montones de carpetas marrones, fotografías impresas, extractos bancarios y mapas llenos de agujeros con marcas de bolígrafo rojo.

Me froté los ojos ardientes con las palmas de las manos. El agotamiento era una entidad física que se arrastraba por mi espalda, pesando toneladas sobre mis hombros, pero dormir era un lujo que no me permitía desde hacía semanas.

Cuando cerraba los ojos, lo único que veía era su rostro.

El recuerdo de los ojos castaños de Ana, desbordados de lágrimas y repulsa, mientras me llamaba monstruo, me atormentaba cada vez que el cansancio me vencía. Me despertaba con sudores fríos, jadeando, con su nombre arañándome la garganta.

La amaba.

La constatación de esa verdad no llegó como la suave luz de un amanecer. Me golpeó con la brutalidad de un derrumbe. La amaba con una intensidad enfermiza, desesperada y absoluta. Me encantaba cómo le sonreía a mi hijo. Me encantaba el valor absurdo que tenía para plantarme cara, para no doblegarse ante mi dinero. Me encantaba el calor de su piel, el olor a vainilla, la forma en que me acogió en la oscuridad y me hizo sentir, por primera vez en dos años, que era digno de perdón.

¿Y qué hice con ese amor? Lo envenené. Lo apaleé hasta la muerte con mi propio terror.

Llevé la mano temblorosa hasta uno de los informes que había sobre la mesa.

Ningún extracto bancario reciente. Ningún nuevo contrato de trabajo formal. Ninguna dirección fija registrada en los sistemas públicos de la capital.

Ana se había esfumado. No era una heredera con tarjetas de crédito rastreables ni propiedades a su nombre. Era una chica que había crecido en el sistema, invisible para el radar de la élite, y que estaba utilizando esa misma invisibilidad para protegerse de mí.

Había contratado a tres de las mejores agencias de investigación privada del país. Hombres que cobraban fortunas por

localizar a deudores internacionales y a delincuentes fugitivos. Pero ¿encontrar a una mujer embarazada, sin recursos, que no quería que la encontraran? Parecía una tarea imposible.

—Señor Albuquerque.

La voz grave rompió el silencio de la oficina. Levanté la cabeza, con los ojos entrecerrados por la luz.

El investigador jefe, un hombre fornido, con traje gris y mirada impenetrable llamado Silva, estaba de pie en la puerta. No llamó. Le había dado órdenes expresas de que entrara en cuanto pusiera un pie en la mansión, sin importar la hora del día o de la noche.

—Dime que tienes algo, Silva. Dime que no has venido hasta aquí solo para entregarme otro informe sin salida. —Mi voz salió como un gruñido áspero. Tenía la garganta seca.

Silva se acercó a la mesa y dejó un sobre fino sobre el cristal.

—Tenía razón sobre su invisibilidad en la capital, señor Albuquerque. No ha utilizado su número de identificación fiscal para absolutamente nada en los últimos meses. No ha alquilado inmuebles, no ha abierto cuentas, no ha utilizado el sistema público de salud de São Paulo.

Mi corazón se hundió. La desesperación, fría y pegajosa, se enroscó alrededor de mi tráquea.

—Entonces, ¿por qué demonios estás aquí?

—Porque dejamos de buscar rastros digitales y empezamos a buscar rastros humanos. Usted nos dijo que ella había salido de su casa en plena madrugada, a pie y con una maleta.

Me incliné hacia delante, con la sangre zumbándome en los oídos.

—Hemos analizado las cámaras de seguridad de todas las rutas posibles a pie desde su barrio. La mayoría de los comercios

habían borrado las grabaciones antiguas, pero conseguimos acceder a la base de datos de una panadería abierta las 24 horas a unos kilómetros de aquí.

Silva abrió el sobre, sacó una fotografía granulada, impresa en papel mate, y me la deslizó.

Se me cortó la respiración.

La imagen era en blanco y negro, captada por una cámara de seguridad de baja calidad, pero era inconfundible.

Era ella.

Ana estaba sentada en una mesa de plástico, al fondo de una panadería vacía. El abrigo grueso le envolvía el cuerpo. La maleta gastada estaba apoyada contra la pared. Tenía el rostro oculto entre las manos, y su postura delataba un agotamiento y una desesperación que me revolvieron el estómago violentamente.

La hora que marcaba la cámara era las cuatro de la madrugada. El mismo día en que la eché de casa y en que le ordené que matara a nuestro hijo.

Acercé la foto a mi pecho; me temblaban tanto las manos que el papel se balanceó en el aire. Quería entrar en esa imagen, romper el cristal de aquella panadería, arrodillarme en el suelo grasiento y envolverla entre mis brazos.

—¿Qué más? —susurré, con la voz entrecortada, con los ojos ardiendo por las lágrimas que me negaba a derramar—. Eso fue hace seis meses. ¿Adónde fue después de eso?

—La dependienta de la panadería no se acordaba de ella. Al dependiente del turno de madrugada ya lo habían despedido. Pero, según las imágenes, la señorita Ana pasó casi dos horas allí dentro. Escribió algo en un papel, compró un sobre, salió y se dirigió hacia un buzón de Correos.

Fruncí el ceño, la confusión se mezclaba con la adrenalina que empezaba a hervir en mis venas.

—¿Una carta? ¿Para quién?

—No lo sabemos, señor. Pero la rutina de Correos en esa zona nos llevó a un centro de clasificación. Fue como buscar una aguja en un pajar, pero lo cruzamos con las imágenes de las estaciones de autobuses.

Silva sacó otra foto del sobre.

En esta, la imagen era un poco más nítida. La terminal del Tietê. Ana caminaba hacia el andén de embarque. Con la cabeza erguida y la maleta en la mano. Pero lo que me dejó sin aliento durante una milésima de segundo fue el gesto que hacía en la foto.

Su mano izquierda descansaba de forma protectora sobre su barriga.

Nuestro hijo...

Una lágrima caliente y solitaria se escapó de mi ojo y cayó sobre la mesa de cristal. Ella no había acatado mi orden enfermiza. Había elegido la vida. Mi bebé todavía estaba allí. Mi hijo estaba vivo, creciendo dentro de ella, lejos de mí, protegido por ella con uñas y dientes.

—Hemos conseguido localizar la taquilla donde se la vio en la cámara, señor. —Silva cruzó las manos a la espalda, con expresión seria—. El destino de ese autobús era una ciudad a cuatrocientos kilómetros de la capital.

Me levanté de un salto de la silla, tirando los papeles al suelo. No presté atención al golpe de mis rodillas contra la madera de la mesa.

—¿Qué ciudad, Silva? ¡Dime el nombre!

—Vale das Flores, señor. Un pequeño municipio del interior. Es una ciudad turística, pero tranquila.

—¿Habéis enviado a alguien allí? ¿La habéis encontrado?

—Enviamos a dos agentes anoche. Al ser una ciudad pequeña, cualquier forastero llama la atención. Especialmente una mujer joven, sola y embarazada de casi siete meses.

La cifra me sacudió por dentro. Siete meses. Nuestro hijo estaba a punto de nacer. Me había perdido cómo crecía la barriga, las primeras patadas, la elección del nombre. Lo perdí todo por culpa de mi maldito pánico.

—¿Está allí? —Mi voz no fue más que un susurro. El terror ante la respuesta casi me asfixió.

Silva asintió con un movimiento firme de cabeza.

—Sí, señor Albuquerque. Mis hombres la han localizado esta mañana. Está trabajando en la recepción de una pequeña posada llamada Pousada Recanto da Serra.

La debilidad se apoderó de mis piernas y tuve que apoyar ambas manos en la mesa para no desplomarme en el suelo del despacho.

Estaba viva. Estaba a salvo.

Una tormenta de emociones se desató en mi interior. El alivio absoluto y abrumador de saber que no estaba durmiendo en las frías calles de São Paulo se mezcló al instante con una desesperación enloquecedora por llegar hasta ella.

No envié a mi abogado, ni le pedí a Silva que fuera allí con propuestas o contratos. Aquel no era un momento para la lógica ni para el protocolo. Era el momento del hombre que había destruido su propia vida y que ahora tenía una única, frágil y minúscula oportunidad de suplicar misericordia.

Di la vuelta a la mesa, con pasos rápidos y frenéticos.

—¿Quiere que pida a los agentes que se pongan en contacto con ella? —preguntó Silva, volviéndose para acompañarme.

—¡No! —grité, deteniéndome a mitad de camino—. Que nadie la toque. Que nadie le hable. Dile a tus hombres que se retiren inmediatamente. Yo iré. Yo mismo iré hasta allí.

—Señor Albuquerque, son casi cinco horas de viaje. Lleva días sin dormir, quizá sea mejor...

—Ya he dicho que voy yo, Silva. —Mi mirada fue tan letal que el investigador jefe dio un paso atrás, tragándose sus propias objeciones—. Sal de mi casa. Tu trabajo ha terminado. La bonificación se ingresará en tu cuenta hoy mismo.

No esperé a que se marchara. Corrí hacia la puerta del despacho y salí disparado por el pasillo de la mansión.

Mi cerebro funcionaba en estado de alerta máxima. Tenía que llegar hasta ella, arrodillarme en el suelo de aquel pueblecito, mirarla a los ojos y dejar que hiciera lo que quisiera conmigo. Podía pegarme, escupirme en la cara y gritarle al mundo entero que era un monstruo cobarde. Lo aceptaría todo.

Sin embargo, no la dejaría pasar por ese parto sola. No volvería a abandonar a mi hijo.

Atravesé el salón principal y corrí hacia las escaleras. Sônia estaba limpiando con un plumero uno de los muebles del vestíbulo. Se detuvo, con los ojos muy abiertos, sorprendida por el repentino revuelo en una casa que se había acostumbrado al silencio de los muertos.

—¿Señor Albuquerque?

—¡Sônia! —Me detuve frente a ella, agarrando a la gobernanta por los brazos con tanta fuerza que la hice parpadear—. La han encontrado. ¡Los detectives la han encontrado, Sônia! Está viva. Está en el interior.

El rostro endurecido de la gobernanta se ablandó. La máscara de severa reprimenda que había mantenido ante mí durante seis

meses se desvaneció, dando paso a un alivio maternal que le llenó los ojos de lágrimas.

—Gracias a Dios... —susurró, llevándose la mano al pecho—. ¿Está bien la pequeña Ana?

—Voy a ir a buscarla. Voy a traer a mi familia de vuelta a casa, Sônia. Aunque tenga que arrastrarme de rodillas los cuatrocientos kilómetros de esa carretera.

Solté a la gobernanta y subí los escalones de dos en dos.

Mi primera parada no fue mi habitación, sino la puerta blanca y silenciosa al final del pasillo.

Giré el pomo con el corazón a mil.

La habitación de Léo estaba a oscuras, con la luz de la tarde filtrándose a través de las pesadas cortinas. Mi hijo estaba sentado en la alfombra, exactamente como lo había encontrado meses atrás. No estaba jugando con las piezas de Lego esparcidas a su alrededor. La apatía seguía cubriendo el rostro de mi niño como un sudario gris.

La terapia no había funcionado. El dinero no cura un corazón roto. La única cura que existía para aquel niño estaba a cientos de kilómetros de distancia.

Me acerqué a él y me arrodillé en el suelo.

Léo no retrocedió esta vez, pero tampoco me abrazó. Se limitó a mirarme con esos grandes ojos oscuros y vacíos.

El dolor de ver la ruina que mi ausencia había causado en su alma era asfixiante, pero sonreí. Por primera vez en mucho tiempo, una sonrisa genuina y temblorosa brotó de mis labios.

Extendí las manos y sostuve el pequeño rostro de mi hijo.

—Se acabó la oscuridad, amiguito —susurré, con la voz embargada por las lágrimas obstinadas que me picaban en los ojos

—. Papá ha sido un idiota. El mayor idiota del mundo. Pero te prometo, por mi propia vida, que voy a arreglar esto.

Parpadeó, con la cabecita ligeramente ladeada hacia un lado.

—Voy a traer de vuelta a Ana.

En el instante en que su nombre salió de mis labios, un espasmo invisible recorrió el cuerpo de Léo. Sus pupilas se dilataron. La respiración de mi hijo se entrecortó y sus pequeños dedos apretaron los laterales del juguete de plástico que sostenía con fuerza.

Mencionarla era la única chispa capaz de reavivar las cenizas de mi hijo.

Le di un beso largo y cálido en la frente.

—Espérame, Léo. Esta vez no te fallaré.

Me levanté del suelo. Mi cuerpo estaba agotado, movido exclusivamente por la adrenalina y la desesperación, pero me sentía más fuerte que nunca. La inercia de la cobardía había desaparecido.

Fui a mi suite, cogí la cartera y las llaves del coche, y ni me molesté en hacer las maletas. No necesitaba ropa. No necesitaba contratos. Solo la necesitaba a ella.

Bajé al garaje como un hombre poseído. Me metí en el coche, cerré la puerta de un portazo y puse el motor en marcha. El rugido del motor sonó como un grito de guerra en aquel espacio cerrado.

Pisé el acelerador. El todoterreno salió disparado hacia delante, atravesando las puertas de la mansión e invadiendo las calles de São Paulo.

Ya estaba en camino.

El camino que tenía por delante sería largo. Sabía que la guerra no hacía más que empezar. Ana tenía todo el derecho del mundo a odiarme. Tenía todo el derecho a echarme a patadas de

aquella posada. Pero la palabra «orgullo» ya no formaba parte de mi vocabulario.

Mi pánico a amar y a perder había cobrado su precio. Casi lo había perdido todo sin siquiera intentar luchar.

Pero mientras el coche surcaba la autopista en dirección al Vale das Flores, la certeza latía ardiente en mis venas: me arrastraría sobre fragmentos de cristal, me tragaría todo mi miedo y aceptaría cualquier migaja que ella estuviera dispuesta a darme. Porque el monstruo había muerto, y el hombre que sobrevivió a los escombros estaba listo para luchar por la mujer a la que amaba.



ANA
Souza

Capítulo 19

El atardecer en el Vale das Flores tenía una paleta de colores que el cielo gris de São Paulo jamás sería capaz de reproducir.

Sentada en la mecedora del porche de mi pequeña cabaña de madera, observaba cómo el sol se hundía lentamente tras el sinuoso contorno de la sierra. El cielo estaba teñido de explosivos tonos de naranja, rosa y un violeta intenso que anunciaba la llegada de la noche. El aire era fresco, cargado con el olor a tierra húmeda, leña ardiendo en alguna estufa cercana y el aroma dulce de las damas de la noche que empezaban a florecer en el jardín de la posada.

Respiré hondo, llenándome los pulmones hasta el límite.

No había contaminación. No había el ruido caótico del tráfico, ni las bocinas impacientes, ni el ajetreo agobiante de la gran ciudad.

Pero, sobre todo, no había el frío opresivo que recubría las paredes de mármol de la mansión Albuquerque.

Dejé la taza de té de manzanilla, ya tibia, sobre la mesita rústica que tenía a mi lado y dejé que mis dos manos descansaran sobre mi vientre.

Mi barriga estaba redonda, pesada e innegablemente presente. Siete meses. El tiempo había esculpido mi cuerpo, transformando a la chica asustada y delgada que huyó en plena madrugada en un santuario de vida. El vestido holgado de algodón que llevaba marcaba la curva perfecta de mi hijo.

De repente, una fuerte sacudida hizo que mi vestido se tensara.

El movimiento no fue sutil como las «mariposas» de los meses anteriores. Fue una patada clara, definida y vigorosa. Un codazo, o tal vez un talón, presionando contra la pared de mi útero, exigiendo espacio, anunciando su existencia con una fuerza maravillosa.

Jadeé ligeramente, mientras una amplia y espontánea sonrisa se apoderaba de mi rostro.

—Hola, impaciente —murmuré, rompiendo el silencio del balcón, llena de una ternura que me hacía arder los ojos.

Deslicé los dedos por el lugar exacto donde se había formado el bulto en mi piel, respondiendo a su contacto. El bebé retrocedió y, segundos después, volvió a ejercer presión, como si estuviéramos jugando al escondite a través de la fina barrera de mi cuerpo.

Una risita brotó de mi garganta.

—Mamá está aquí. Puedes estirar esas piernecitas a tu antojo. La casa es toda tuya.

Me quedé allí, con los ojos cerrados, concentrada únicamente en la coreografía interna que realizaba mi hijo. Cada uno de sus

movimientos era un recordatorio físico e indestructible de que ya no estaba sola. Llevaba todo un universo dentro de mí.

La paz de aquel momento era tan profunda, tan absoluta, que parecía casi palpable.

Abrí los ojos y apoyé la cabeza en la madera de la mecedora.

Recordé mis primeras noches en ese mismo balcón, hacía meses. El dolor del rechazo de Arthur seguía siendo una herida abierta, palpitante e infectada. Pasaba horas llorando en la oscuridad, abrazada a mis propias rodillas, esperando estúpidamente que el sonido de los neumáticos sobre la grava de la posada anunciara su llegada.

Mi mente se empeñaba en crear escenarios ilusorios. Me imaginaba a Arthur saliendo del coche, con el rostro bañado en lágrimas, cayendo de rodillas ante mí. Me imaginaba que diría que se había equivocado, que el pánico había pasado y que no podría vivir ni un segundo más sin mí y sin nuestro hijo. Sin embargo, la realidad era mucho más cruel y silenciosa que los cuentos de hadas inventados por nuestra necesidad de amor.

Nunca vino. La grava nunca crujió bajo las ruedas de su coche. El teléfono de la recepción de la posada nunca sonó con la voz grave y urgente de Arthur Albuquerque al otro lado de la línea.

Se había quedado en su castillo de hielo y había elegido la soledad.

Curiosamente, fue precisamente su ausencia absoluta la que, poco a poco, fue cosiendo los retazos de mi alma para volver a ponerlos en su sitio.

El dolor de un corazón roto no desaparece de la noche a la mañana. Tiene sus fases. Primero viene la negación, la esperanza irracional de que todo fue un malentendido. Después viene la rabia, ardiente y venenosa, que te quema el estómago y te hace odiar a la persona que destruyó tus sueños. Por último, llega el agotamiento. El momento en el que te das cuenta de que gastar energía en

alguien que no quiere que le salven es como intentar llenar un cubo agujereado con agua del mar.

Yo había llegado a la última fase.

La brisa fría del atardecer me golpeó la cara, y me eché sobre los hombros el chal de punto que la propia Doña Lourdes me había hecho.

Pensé en Arthur.

No con la rabia que había estallado aquella noche en la oficina. No con la humillación del cheque arrojado sobre la mesa de cristal. Pensé en él con una claridad punzante y una pena profunda y genuina.

Ya no lo odiaba. El odio es un hilo invisible que te mantiene unida a la persona que lo provocó, y yo me negaba a seguir unida a un hombre que intentó acabar con la luz de mi vida. Sentía lástima por él, por el monstruo cobarde en el que el duelo lo había convertido. Pena por un hombre que tenía el mundo a sus pies, cuentas bancarias inagotables y un poder incalculable, pero que era prisionero de su propia mente enferma.

Me había dicho que el embarazo mataba. Miró mi vientre, donde su hijo empezaba a crecer, y solo vio una tumba.

Mi bebé volvió a dar una patada, un movimiento fuerte y continuo, y yo sonreí mientras me acariciaba la barriga.

—Estaba tan equivocado sobre nosotros, mi amor —susurré al viento que mecía las hojas de los árboles—. Tan terriblemente equivocado.

No éramos la muerte. Éramos la prueba más indomable de que la vida siempre encuentra un camino a través de las grietas del asfalto.

Aquel atardecer, mientras los últimos rayos de sol desaparecían en el horizonte y las primeras estrellas comenzaban a

salpicar el cielo despejado del interior, algo dentro de mí encajó con la perfección de un engranaje celestial.

La pequeña chispa de esperanza que, en secreto y en contra de toda mi fuerza de voluntad, aún mantenía encendida en lo más profundo de mi corazón... se apagó.

No fue una muerte trágica ni dolorosa. Fue como apagar una vela que ya se había derretido por entero. Fue la serena constatación de que no necesitaba esa luz artificial para ver mi camino.

Cerré mi corazón a Arthur Albuquerque.

De forma definitiva e irrevocable.

Giré la llave en la cerradura invisible de mi alma y la arrojé al abismo del olvido. No quería que él me buscara. No deseaba sus disculpas, su redención tardía ni su dinero manchado de culpa. Él había tomado su decisión. Arthur prefirió el fantasma de su difunta esposa en lugar de la mujer viva que estaba dispuesta a entregarle el mundo. Había elegido la apatía de Léo en lugar del bullicio de una familia real.

¿Y yo? Yo me elegí a mí misma y a mi hijo.

El pánico a ser madre soltera me había atormentado durante las primeras semanas de embarazo. La idea de criar a un niño sola en un mundo tan hostil parecía una montaña insuperable. Tenía miedo de fracasar. Miedo de no tener respuestas, de no tener recursos y de no ser suficiente.

Pero la convivencia con Doña Lourdes, la tranquilidad de aquella posada, el trabajo digno en recepción y el milagro de la carta de respuesta de la misteriosa «Señora» me demostraron lo contrario.

Nunca me he sentido desamparada. La fuerza que he pasado toda mi vida buscando en el cariño de los demás siempre ha estado dentro de mí.

—No lo necesitamos —dije en voz alta, con mi propia voz sonando como un juramento inquebrantable.

Acaricié mi barriga, imaginándome la carita de mi niño. No sabía si tendría mis ojos castaños o los ojos oscuros y tormentosos de su padre. No me importaba. Sería solo mío.

Seré la madre que se despertará en plena madrugada por los cólicos sin quejarme. Seré el padre que le enseñará a montar en bicicleta con ruedines. Seré quien le dé de comer, su escudo, su abrazo y su fortaleza. Mi hijo no conocería el vacío del rechazo. No tendría que andar de puntillas para no perturbar el duelo de nadie. Reiría a carcajadas, correría por el campo, se mancharía la ropa de barro, rompería jarrones y sería amado incondicionalmente por cada error y cada acierto.

Aceptar mi realidad solitaria no me causó pavor; me dio un poder absoluto.

Ser madre en solitario no era un castigo impuesto por el abandono de un hombre cobarde. Era un título de honor. Una medalla de resiliencia que luciría en el pecho el resto de mis días.

Por fin cayó la noche sobre el Vale das Flores. Las cigarras comenzaron su estridente coro en el jardín, y el intenso frescor de la sierra me obligó a entrar en la cabaña.

Me levanté de la mecedora. El peso de mi barriga me desequilibró, pero no me sentí frágil. Caminé hasta la puerta de madera, me detuve un instante y miré al cielo estrellado.

No tenía ataduras. Ya no era la niñera desechable de la mansión de cristal. Era Ana, madre de un niño que estaba a punto de llegar para iluminar el mundo.

Entré en la cabaña y cerré la puerta.

El interior era cálido, iluminado por lámparas de luz amarilla. El aroma a lavanda de mi ropa recién lavada inundaba la estancia. En un rincón de la habitación, una pequeña cuna de madera de

recuperación, que había comprado en un rastrillo de la ciudad y lijado con mis propias manos, esperaba pacientemente.

Me acerqué a ella. Dentro de la cuna, apiladas a la perfección, había decenas de ropita de punto en tonos verde agua, amarillo y blanco. Zapatitos minúsculos, mantitas suaves, pañales de tela con ribetes bordados por Doña Lourdes.

Todo estaba listo.

Pasé la mano por el borde de la cuna. La madera pulida era sólida, auténtica y perfectamente segura.

Arthur Albuquerque y su fortuna no habían construido nada de aquello. Su dinero no había comprado ninguno de esos zapatitos, y su sombra nunca cruzaría el umbral de aquella puerta para asustar al niño que dormiría allí.

Una paz indestructible se instaló en mi pecho. La tormenta había terminado por fin. El mar se había retirado, dejando tras de sí solo la arena limpia de una nueva playa.

Me tumbé en la cama, acomodando las almohadas alrededor de mi cuerpo pesado. Mi bebé estaba tranquilo en ese momento, probablemente arrullado por mis propios movimientos.

Cerré los ojos. No había monstruos al acecho. No había lágrimas esperando a caer. Solo estábamos yo, mi hijo y el sonido apacible de la noche en el interior.

Volvía a sentirme completa y el espacio que antes ocupaba un hombre con el corazón de hielo había sido cementado, sellado y cerrado para siempre.



ARTHUR

Albuquerque

Capítulo 20

La aguja del velocímetro marcaba ciento ochenta kilómetros por hora.

El motor de mi todoterreno rugía como una fiera enjaulada, desgarrando el asfalto mojado de la autopista de Bandeirantes en la quietud de la noche. La llovizna que había comenzado en São Paulo se había convertido ahora en una violenta tormenta, con el viento azotando la carrocería del coche y el agua empañando el parabrisas, pero mi pie no aflojó la presión sobre el acelerador.

La luz fría y azulada del GPS se reflejaba en mi rostro tenso.

Destino: Vale das Flores. Tiempo estimado: 3 horas y 15 minutos.

Cada segundo de esa cuenta atrás era una tortura medieval. La distancia de cuatrocientos kilómetros parecía un abismo insuperable, un castigo cruel que el universo me estaba imponiendo para poner a prueba si realmente había despertado de mi coma emocional.

Mis manos apretaban el volante forrado de cuero con tanta fuerza que los nudillos de mis dedos estaban blancos, entumecidos por la tensión.

La voz del investigador Silva seguía resonando en mi cabeza, golpeando contra las paredes de mi cráneo como una campana en un funeral.

Pensión Recanto da Serra. Trabajando en recepción. Embarazada de casi siete meses.

Siete meses...

Un sollozo seco y doloroso me desgarró la garganta, y golpeé el volante con el puño cerrado.

—Dios mío... —susurré en el interior del coche vacío, con la voz ahogada por las lágrimas que ya no podía contener.

Cerré los ojos durante una fracción de segundo y su imagen se formó en mi mente con una nitidez que me dejó sin aliento. Ana, sola en una ciudad desconocida del interior. Su cuerpo cargando con el peso de nuestro hijo. Estaba trabajando detrás de un mostrador, probablemente pasando horas de pie, luchando por sobrevivir y garantizar un techo para el bebé al que yo había ordenado que se deshicieran de él.

El odio que sentía hacia mí mismo era tan puro, tan ardiente, que deseé que el asfalto se abriera y me tragara.

La había dejado a merced del mundo. La mujer que me besó con devoción, la chica que abrazó a mi hijo asustado durante la tormenta y que me hizo sentir vivo por primera vez en dos años. Le

devolví todo ese amor tirándola a la cuneta, mostrándole la versión más sádica, patética y monstruosa que existía de mí mismo.

No merecía su perdón.

La verdad me latía en las sienes, clara e irrefutable. No merecía que me mirara a la cara ni que me dejara tocarle el vientre. Había perdido el derecho a llamarme padre o hombre en el instante en que dejé aquel talonario de cheques sobre la mesa.

Sin embargo, no me dirigía al Vale das Flores para reclamar derechos.

Iba a suplicarle.

Bajé la ventanilla del coche unos centímetros. La gélida ráfaga de viento de la madrugada invadió el habitáculo, golpeándome la cara empapada de sudor y lágrimas, despeinándome y helándome la piel. Necesitaba ese choque térmico. Mi cuerpo estaba funcionando mucho más allá del límite del agotamiento. Llevaba semanas sin dormir de verdad, alimentándome solo de café y culpa, pero la adrenalina que bullía en mis venas era más potente que cualquier droga.

El cansancio no existía. Solo la urgencia desesperada de llegar hasta ella.

Dejé la autopista principal y me adentré en el tramo final del viaje. Las amplias carreteras de múltiples carriles dieron paso a una sinuosa carretera de doble sentido que atravesaba la sierra.

La niebla comenzó a descender de las montañas, espesa y blanca, engullendo los faros del coche. La visibilidad se redujo casi a cero. Me vi obligado a reducir la velocidad, y cada kilómetro menos en el velocímetro me causaba una agonía física indescriptible.

—Vamos... —murmuré, inclinándome sobre el volante, entrecerrando los ojos e intentando distinguir las marcas desgastadas en el asfalto oscuro—. Por favor, déjame llegar.

Las curvas cerradas y los precipicios invisibles al borde de la carretera eran peligrosos, pero el verdadero peligro estaba dentro de mi propia mente.

¿Y si me echa?

El pánico volvió a recorrerme la espalda. La imagen de la mirada gélida y repulsiva que me lanzó antes de darme la espalda se apoderó de mi visión. Había dicho que sentía asco por mí y tenía toda la razón.

¿Y si llamaba a la policía o gritaba para que me fuera? ¿Y si el dolor que le había causado era tan profundo que la mera visión de mi rostro la hiciera sentirse mal, perjudicando a nuestro bebé?

Apreté los dientes con fuerza, sintiendo el sabor metálico de la sangre donde me había mordido el interior de la mejilla.

—Lo acepto —dije en voz alta, como si estuviera haciendo un juramento solemne ante una entidad invisible—. Si ella quiere destruirme, se lo permito. Pagaré las cuentas, sin acercarme nunca a ella, lo acepto. Pero no la dejaré desamparada para que tenga que luchar sola otra vez.

El tiempo se arrastraba en una tortura lenta y metódica. El cielo, antes de una oscuridad absoluta, comenzó a adquirir los primeros contornos grises y morados del amanecer. La tormenta había quedado atrás, dejando la sierra cubierta por un rocío denso y un frío cortante.

El GPS emitió un suave pitido.

Has llegado a tu destino.

Mi corazón se detuvo. Literalmente dejó de latir durante un segundo entero.

Atravesé un arco de piedra rústica que señalaba la entrada a la ciudad. Vale das Flores era minúscula. Calles estrechas de adoquines, casas con ventanas de madera pintadas de azul y blanco, chimeneas de las que salía un humo tenue y un silencio de pueblo

que contrastaba brutalmente con el caos que llevaba dentro del pecho.

Conduje a diez kilómetros por hora por las calles desiertas, con la mirada recorriendo las señales.

Mi pecho subía y bajaba con una respiración entrecortada y superficial. Notaba que me temblaban tanto las manos que apenas podía sujetar el volante. El terror y la esperanza libraban una guerra nuclear en mi sistema nervioso.

Al doblar la esquina de una calle flanqueada por grandes árboles frondosos, la vi.

Un cartel de madera rústica, clavado en el impecable césped de una finca rodeada de hortensias azules y blancas.

Pensión Recanto da Serra.

Pisé el freno con tanta fuerza que el coche dio un respingo antes de detenerse por completo en el arcén de tierra. El motor siguió ronroneando en voz baja.

Allí estaba. A treinta metros de mí. El edificio principal estaba pintado de un cálido tono amarillo mostaza, con un balcón inmenso y cabañas de madera repartidas por la parte trasera. El lugar irradiaba paz, tranquilidad y vida. Exactamente todo lo que yo no tenía para ofrecer.

Apagué el motor. El silencio que invadió el habitáculo del todoterreno era asfixiante.

Me quedé inmóvil en el asiento del conductor. Tenía el corazón, literalmente, en la mano. Sentía cada latido golpeándome el pecho. El sudor frío me resbalaba por las sienes y tenía la boca tan seca que no podía tragar.

Miré por el retrovisor.

El hombre que me devolvía la mirada estaba destrozado. Tenía el pelo oscuro revuelto, los ojos inyectados en sangre,

profundos y rodeados de ojeras moradas por las noches de insomnio. Mi cara camisa de vestir, desabrochada y arrugada, no lograba ocultar la ruina en la que me había convertido. Parecía un náufrago que llevaba meses a la deriva.

Intenté levantar la mano para abrir la puerta, pero mis músculos se negaron a obedecerme.

El pánico me mantuvo encadenado al asiento.

¿Qué iba a decir? *«Hola, perdona por obligarte a abortar a nuestro hijo y echarte a la calle bajo la lluvia».* *«¿Vuelve conmigo?»*

Cualquier palabra que saliera de mi boca sonaría como la mayor y más hipócrita de las blasfemias. No tenía derecho a invadir el santuario que ella había construido allí. Mi lugar estaba en la oscuridad.

Estaba a punto de volver a girar la llave en el contacto. La parte más cobarde de mí, la misma que me había hecho huir a Europa, me gritaba que diera media vuelta, que contratara abogados y que hiciera ingresos anónimos en la cuenta de la posada durante el resto de su vida.

Pero, antes de que pudiera acobardarme de nuevo, el recuerdo de Léo invadió mi mente.

Recordé a mi hijo sentado en el suelo oscuro de la habitación, con el rostro apático y los ojos sin vida, apretando el juguete contra el pecho porque era lo único que aún conservaba el recuerdo de la mujer que lo había amado.

Si diera media vuelta en ese momento, estaría matando a mi hijo y abandonando al bebé que ella llevaba en su vientre.

El dolor de perderlos superó mi pánico a ser rechazado. El valor que nunca había tenido en toda mi vida brotó de las cenizas de mi egoísmo.

Abrí la puerta del coche de un tirón.

El aire gélido y puro de la mañana en la montaña me golpeó la cara, llenándome los pulmones de una claridad punzante.

Bajé del todoterreno y cerré de un portazo la pesada puerta.

Mis zapatos italianos pisaron la grava húmeda. Cerré los ojos un segundo, recé una última y silenciosa oración a cualquier Dios que aún pudiera tener piedad de un miserable como yo, y empecé a caminar hacia la puerta de la posada.



ANA
Souza

Capítulo 21

El olor a tierra húmeda y café recién hecho siempre me transmitía una sensación de paz absoluta.

Era el comienzo de otra mañana en la Pousada Recanto da Serra. El reloj rústico de la pared de ladrillos marcaba poco más de las siete. La niebla aún envolvía las cimas de las montañas que rodeaban el Vale das Flores, y el silencio solo se veía interrumpido por el canto de los pájaros y el tintineo lejano de las tazas en la cocina, donde Doña Lourdes preparaba el desayuno para los huéspedes.

Estaba detrás del mostrador de madera de recuperación de la recepción, ordenando el libro de registros. Mi mano izquierda descansaba instintivamente sobre la pronunciada curva de mi barriga de siete meses. Mi hijo estaba tranquilo aquella mañana, arrullado por mi respiración serena.

Todo estaba en perfecta armonía. Mi mundo estaba a salvo.

Hasta que el sonido grave y extraño de un potente motor rompió el silencio de la calle de tierra de fuera.

No era el ruido de las viejas camionetas de los vecinos ni de los coches populares de los turistas que solían alojarse en la posada. Era el rugido pesado, agresivo e inconfundible de un motor de lujo.

El sonido de los neumáticos aplastando la grava de la entrada me hizo levantar la cabeza.

A través del gran ventanal de cristal de la recepción, vi cómo el vehículo oscuro se detenía bruscamente, lanzando algunas piedrecitas a los lados. El todoterreno negro era un monstruo de acero reluciente que no encajaba en aquel escenario bucólico.

Se me paró el corazón por un instante.

Mis manos se paralizaron sobre el libro de registro. Un frío repentino y cortante me subió por los tobillos, congelándome la sangre en las venas. Mi mente racional intentó calmarme, susurrándome que podría tratarse simplemente de un huésped adinerado perdido en la sierra, pero mi instinto de supervivencia ya había activado la alarma roja.

La puerta del conductor se abrió con una sacudida violenta.

Entonces, él se bajó.

El aire se me escapó de los pulmones con tal fuerza que tuve que apoyarme en el borde del mostrador para no caerme. El bolígrafo se me resbaló de los dedos temblorosos y rodó por el suelo de madera.

Arthur.

Estaba a pocos metros de distancia. La niebla matutina parecía envolver aquella figura imponente que, durante seis meses, había poblado mis pesadillas más crueles.

Pero el hombre que caminaba hacia la puerta de cristal no era el CEO impecable, imperturbable y arrogante que me había echado de su despacho. Parecía un fantasma. Un superviviente de un naufragio.

El traje oscuro estaba arrugado, la camisa blanca tenía el cuello abierto y no llevaba corbata. El pelo oscuro estaba revuelto, como si se lo hubiera pasado las manos por encima mil veces. Sin embargo, lo que más me impactó fue su rostro. Estaba demacrado, marcado por profundas ojeras de color púrpura, y llevaba días sin afeitarse. Desprendía desolación.

Sonó la campana de latón de la puerta. Un sonido alegre y agudo que contrastaba de forma extraña con la gravedad del momento.

Arthur entró en la recepción.

El silencio que se apoderó de la sala fue ensordecedor. El ambiente se volvió denso, cargado de una electricidad tóxica que me hizo sentir un hormigueo en la piel.

Sus ojos castaños, esos mismos ojos que me miraron con pavor y repulsión hacía seis meses, recorrieron la sala hasta encontrarme detrás del mostrador. En el instante en que su mirada se cruzó con la mía, el CEO se quedó paralizado.

Todo el cuerpo de Arthur se tensó. Dejó de respirar.

Su mirada descendió lentamente de mi rostro y se posó en mi vientre. El volumen irrefutable de la vida que crecía en mi interior bajo el vestido de algodón.

Vi cómo le temblaba la mandíbula. Vi cómo su amplio pecho subía y bajaba en un espasmo doloroso, y cómo las lágrimas, gruesas e inmediatas, inundaban sus ojos enrojecidos y cansados. Parecía que iba a derrumbarse allí mismo, sobre el suelo rústico de la posada.

—Ana... —Mi nombre salió de su boca no como una palabra, sino como un gemido desgarrador, una plegaria susurrada por un hombre al borde de la muerte.

Durante las primeras semanas de mi exilio, habría llorado. Habría corrido a sus brazos, cegada por la añoranza y el dolor, aceptando cualquier migaja de afecto que él estuviera dispuesto a darme.

Pero la mujer asustada que huyó en la quietud de la noche había muerto y la leona que había nacido en su lugar estaba dispuesta a quemar el mundo entero para proteger a su cría.

El impacto inicial se desvaneció. El miedo fue engullido por una ola de furia tan pura, tan gélida y letal, que mi cuerpo dejó de temblar al instante. Mi espalda se enderezó. Levanté la barbilla. La armadura de acero que había forjado con mis propias lágrimas se cerró alrededor de mi corazón.

—¿Qué haces aquí? —Mi voz no fue un grito. Fue un susurro sibilante, frío y cortante como una hoja de hielo.

Arthur parpadeó, como si la frialdad de mis palabras le hubiera golpeado físicamente. Dio un paso vacilante hacia mí, con la mano extendida en el aire.

—He venido... he venido a buscarte. —Jadeaba, con la voz entrecortada, mientras las lágrimas le resbalaban por el rostro destrozado—. Te he buscado. Por todas partes. Dios mío, Ana, mírate...

—No des ni un paso más.—La autoridad en mi voz hizo que su zapato italiano se congelara en el aire antes de tocar el suelo.

Apoyé la mano sobre mi vientre, en un gesto deliberadamente protector y territorial, y rodeé el mostrador. Quería que lo viera. Quería que contemplara bien el milagro que había intentado destruir con una chequera.

—¿Cómo me has encontrado y qué vienes a hacer aquí?

Tragó saliva, retrocediendo unos milímetros ante mi hostilidad. El pánico a ser rechazado se reflejaba claramente en su postura sumisa.

—Contraté a unos detectives. Revisaron las cámaras... la estación de autobuses. No he dormido, no he vivido desde el día en que saliste por esa puerta. —Se llevó ambas manos a la cabeza, tirándose del pelo en un gesto de desesperación contenida—. Fui un cobarde. Un monstruo. Lo sé. He venido a suplicarte que me perdones. ¡Quiero arreglar lo que he destrozado!

La risa que se me escapó de la garganta fue seca, desprovista de cualquier atisbo de humor, y resonó en las paredes de madera de la recepción.

—¿Arreglarlo? —Lo miré con el más absoluto y profundo asco. El mismo asco que me prometí a mí misma que nunca dejaría de sentir por quien me había hecho tanto daño. —¿Crees que la vida es uno de tus proyectos de arquitectura, Arthur? ¿Crees que puedes ordenar que derriben un edificio porque te dan miedo las grietas, y seis meses después aparecer con una disculpa y un cubo de cemento esperando que te deje construir sobre los escombros?

—Ana, por favor... escúchame. Estaba muerto de miedo. ¡El pánico me cegó! El recuerdo de Amanda...

—¡No te atrevas a meter el nombre de tu difunta esposa en medio de tu cobardía! —Di un paso adelante, con los ojos en llamas, señalándole directamente a la cara con el dedo—. Amanda no te pidió que fueras un monstruo. El duelo no te da carta blanca para destrozarte el alma de otras personas. ¡No has huido del pasado, has utilizado tu trauma como excusa para no tener la decencia de ser un hombre de verdad!

Cerró los ojos, recibiendo mis palabras como latigazos. Sus hombros se hundieron y cayó de rodillas al suelo de la posada.

El gran, implacable y multimillonario Arthur Albuquerque estaba arrodillado ante mí, llorando como un niño.

—Tienes toda la razón. Tienes razón. Aceptaré todo lo que digas. Pégame, ódiame, pero, por favor, no me alejes de ti —suplicaba, con las manos temblorosas, mientras las levantaba hacia mí, sin atreverse a tocarme el vestido. —Te quiero. Te quiero con todas las fuerzas que no sabía que aún tenía. Y nuestro hijo... Dios mío, Ana, quiero estar aquí. Quiero ser su padre.

El sonido de aquellas palabras, que un día habrían sido mi mayor sueño, en aquel momento solo me provocaba repulsión.

—¿Nuestro hijo? —Mi voz se apagó, volviéndose letal, venenosa—. Tú no tienes ningún hijo aquí, Arthur.

Abrió mucho los ojos, con el terror puro desfigurándole los rasgos.

—No digas eso... Por favor, no me hagas esto...

—¡Te lo has buscado tú mismo! —grité, con la furia rompiendo por fin mi control—. ¡Me miraste a la cara, en el momento en que estaba más vulnerable, y me preguntaste cuánto quería para desaparecer! ¡Me ofreciste un cheque para que fuera a una clínica y me sacara a ese niño de dentro! ¿Te acuerdas de eso? ¿Del dinero sucio que me restregaste por la cara?

Se cubrió el rostro con las manos; los sollozos le desgarraban la garganta con violencia.

—¡Fui yo quien lo llevó en mi vientre sola durante los últimos seis meses! ¡Fui yo quien lo pasó mal, quien pasó hambre, quien lloró de miedo por no tener un techo! ¿Dónde estabas tú cuando yo dormía en una pensión cutre en el centro de São Paulo? ¿Dónde estaba tu amor cuando bajé de aquel autobús sin nada que comer? —Las lágrimas de ira ardiente me resbalaban por la cara, pero no me las sequé. Mi mirada no vaciló—. Lo único que hiciste por este niño fue intentar matarlo.

—¡Estaba aterrorizado por perderte! —gritó él, con voz ronca, levantando el rostro empapado de lágrimas—. ¡El embarazo me quitó a Amanda! ¡Mi cerebro me dijo que la única forma de salvar tu

vida era interrumpirlo! ¡Estaba loco, Ana! ¡No quería el dinero, no quería el aborto, solo quería que no murieras en una mesa de operaciones!

—¡Entonces, ¿por qué no me quisiste lo suficiente como para afrontar el miedo conmigo?! —le grité a mi vez, mientras el viejo dolor resurgía durante una milésima de segundo—. ¿Por qué preferiste tirarme a la basura antes que cogerme de la mano?!

Arthur no supo qué responder. Sabía que no había justificación alguna en el universo capaz de borrar la atrocidad que había cometido.

Di dos pasos atrás, restableciendo la distancia física. Respiré hondo, obligando a mi pecho a calmarse, encerrando el dolor de nuevo en la caja de acero a la que pertenecía.

—Tu pánico no es problema mío, Arthur. Nunca lo ha sido. Pensé que podría curarte, pero me di cuenta de que no soy un centro de rehabilitación para hombres destrozados.

Lo miré de arriba abajo. El tipo que estaba allí de rodillas no me inspiraba ni amor ni odio. Solo un vacío opresivo.

—¡Vete!

Las palabras cayeron sobre él como un yunque.

—No... —balbuceó, arrastrándose de rodillas un paso hacia mí—. Por favor. Pagaré lo que sea, me arrastraré, viviré en la calle aquí enfrente. No me acercaré si no quieres, pero déjame cuidar de vosotros. Déjame pagar las facturas, los médicos...

—No estoy en venta, Arthur. Y mi hijo tampoco. Tengo un trabajo, tengo un techo y voy a mantener a este niño con el sudor de mi frente. No llevará tu apellido, ni tu fortuna y, sobre todo, no heredará tu locura ni tu cobardía.

—Es de mi misma sangre... —lloró Arthur, con el rostro desfigurado por la agonía absoluta.

—¡La sangre no significa nada cuando el alma es pobre! —repliqué, implacable—. Tú también compartías la misma sangre que Léo. ¿Y qué hiciste con él? ¡Dejaste que el niño se consumiera en un rincón de una habitación oscura porque no soportabas mirarlo! Si fuiste capaz de destruir al hijo de la mujer a la que veneras, ¿qué me garantiza que no vas a destruir al mío ante el primer indicio de crisis?

La mención de Léo fue el golpe definitivo. Arthur se derrumbó por completo. Cayó con ambas manos apoyadas en el suelo de madera, con el pecho jadeando en convulsiones silenciosas.

No pestañeé. No cedí. La madre que se había forjado en el fuego del abandono no tenía cabida para la piedad.

—Levántate —ordené, con voz fría y cortante—. Sube a ese coche de lujo que has aparcado en mi puerta y vuelve al agujero de donde has salido.

No se movió. Su llanto era lo más doloroso que había presenciado jamás, pero mi corazón no se ablandó.

—Si no sales de esta posada en cinco segundos, Arthur, llamaré a la policía. Presentaré una denuncia por acoso y exigiré una orden de alejamiento que te impida acercarte a menos de quinientos metros de mí y de este niño durante el resto de nuestras vidas.

Arthur levantó la cara. La desesperación en sus ojos era tan profunda que rayaba en la locura. Buscó en mi expresión cualquier vestigio de la mujer dulce que le había tendido la mano en medio de la tormenta. Buscó una chispa de amor, pero solo encontró hielo. El mismo hielo que me enseñó a usar.

Lentamente, como un anciano enfermo, Arthur se apoyó en las rodillas y se puso de pie. Su inmenso cuerpo parecía encogido. El hombre que antes dominaba cualquier ambiente se había convertido en una mera sombra vacía.

Miró mi vientre por última vez. El hambre, la adoración y el dolor devastador de aquella mirada habrían quebrado a cualquiera.

Pero no a mí.

—Vete —repetí, tajante—. Y no te atrevas a volver jamás.

Arthur no dijo nada más. Parecía como si le hubieran cortado las cuerdas vocales.

Dio un paso atrás. Luego, otro. Por fin, se dio la vuelta, con los hombros encorvados y los pasos arrastrados, y se dirigió hacia la puerta de cristal.

La campana de latón volvió a sonar cuando abrió la puerta, un sonido cruelmente alegre para el funeral que acababa de celebrarse allí dentro.

Salió, cerrando la puerta con cuidado, como si temiera romper el aire que me rodeaba.

Me quedé de pie detrás del mostrador, mirando a través de la ventana. Vi a Arthur caminar hasta el todoterreno. No se subió de inmediato. Simplemente se apoyó en la carrocería negra del coche, con ambas manos cubriéndole el rostro y el cuerpo sacudido por espasmos de llanto que ya no podía oír, pero sí ver.

Al cabo de varios minutos, se subió. El motor rugió. El coche dio marcha atrás y se alejó por el camino de tierra, desapareciendo en la niebla matinal del Vale das Flores.

Cuando el silencio volvió a reinar, mis piernas finalmente cedieron.

Me senté en el taburete de la recepción, agarrándome al borde del mostrador con las manos temblorosas. El corazón me latía tan fuerte que me dolía, y me faltaba el aire en los pulmones. El enfrentamiento me había dejado sin fuerzas.

Cerré los ojos y dejé que se me escaparan unas lágrimas silenciosas. No eran lágrimas de arrepentimiento. Eran las lágrimas de la tensión de quien acababa de librar la mayor batalla de su vida.

Mi bebé dio una patada.

Abrí los ojos y me sequé la cara con el dorso de la mano, respirando hondo y enderezando la espalda.

Estaba agotada, y el dolor fantasma del hombre al que acababa de expulsar de mi vida me ardería durante mucho tiempo, pero había vencido y había sido el escudo de mi hijo.

—Ya ha pasado, mi amor.—Acaricié mi vientre, recuperando la dulzura y la fuerza de siempre.—El peligro ya se ha ido. Nadie nos va a hacer daño. Mamá está aquí.

Me levanté, recogí el libro de registros que se había quedado olvidado y volví a mi trabajo. El sol empezaba a abrirse paso entre la niebla, iluminando las montañas. El monstruo había sido expulsado y nuestro santuario estaba, por fin, a salvo e inalcanzable.



ARTHUR

Albuquerque

Capítulo 22

El asfalto irregular de la carretera de tierra se tragaba las ruedas de mi coche, pero no tenía ni la más remota idea de hacia dónde conducía.

Mis manos manejaban el volante en piloto automático. La niebla del Vale das Flores se había disipado, pero la bruma dentro de mi cerebro era tan densa, tan tóxica y asfixiante, que mi visión periférica se oscureció.

A unos dos kilómetros de distancia de la Pousada Recanto da Serra, mi cuerpo finalmente cedió.

Pisé el freno de golpe. El todoterreno derrapó en el arcén de tierra, deteniéndose a centímetros de una zanja cubierta de maleza. Apagué el motor.

El silencio del interior se abatió sobre mí, pero no había paz. El aire dentro de la cabina del coche estaba envenenado por sus palabras. Cada sílaba que Ana me había lanzado a la cara, con los ojos echando chispas de furia y desprecio, resonaba en mis tímpanos como el repique de una campana fúnebre.

Me das asco, Arthur.

Lo único que has hecho por esta niña ha sido intentar matarla.

¡La sangre no significa nada cuando el alma es pobre!

Mi pecho se contrajo con tal violencia que me ahogué.

Abrí la puerta del coche con un empujón desesperado, me tiré fuera y caí de rodillas sobre la grava húmeda del arcén. El aire frío de la montaña invadió mis pulmones, pero mi estómago se revolvió, rechazando la propia culpa que había tragado durante los últimos seis meses.

Vomité.

Expulsé sobre el suelo de tierra la bilis, el café rancio, la arrogancia, mi duelo enfermizo y el terror cobarde que me había convertido en un monstruo. Mi cuerpo estaba expulsando la podredumbre de mi propia alma.

Cuando ya no quedaba nada en mi estómago, me dejé caer sentado sobre la hierba mojada. Apoyé la nuca contra la rueda sucia del coche y escondí el rostro entre las manos temblorosas.

Lloré como un animal abatido.

Un llanto feo, desgarrador, ronco, que me arañaba la garganta y hacía que mis hombros se sacudieran en convulsiones incontrolables. Las lágrimas me lavaban la tierra de la cara. No era un multimillonario. No era un director ejecutivo. No era más que polvo inútil bajo los zapatos de la mujer a la que amaba y a la que había destruido.

Ella me echó y me lo merecía.

Me merecía cada palabra hiriente. Me merecía esa mirada de asco. Me merecía la amenaza de llamar a la policía. Coseché exactamente lo que sembré cuando dejé aquel maldito talonario de cheques sobre la mesa del despacho.

El dolor de que ella me rechazara era una agonía insoportable. Era como si me arrancaran la piel tira a tira, con una lucidez cruel. Sangraba por dentro, mutilado por la certeza irrefutable de que el universo me había concedido un milagro y yo lo había estrangulado con mis propias manos.

Me quedé allí, apoyado en la rueda del coche, durante más de una hora.

Poco a poco, el llanto seco fue cesando. El agotamiento disipó la histeria, dejando tras de sí una lucidez fría y cortante como cristal roto.

Levanté la cabeza y miré la carretera desierta.

El GPS del salpicadero del coche emitió un suave pitido, recalculando la ruta. La voz mecánica femenina rompió el silencio:

Siga recto dos kilómetros y tome la autopista en dirección a São Paulo.

São Paulo. Mi mansión de mármol. Mi despacho en Faria Lima. Mi caja fuerte está llena de dinero. Mi cómodo exilio, donde podría volver a adormecerme con trabajo y whisky hasta que mi hígado fallara o mi corazón dejara por fin de latir.

El instinto de huida gritaba en mis venas. La vergüenza me ordenaba subir al coche, obedecer al GPS y desaparecer de su vida para siempre, librando a Ana de la presencia del hombre que le había causado tanto dolor. Era la salida más fácil.

Pero el recuerdo de mi hijo en la mansión, con la mirada perdida y los bracitos encogidos, chocó con la imagen del vientre

perfectamente redondeado de Ana, que llevaba en su interior mi segunda oportunidad.

—No —mi voz salió ronca, arañándose la garganta inflamada.

Apreté los puños, sintiendo cómo las piedras de la grava se me clavaban en las palmas de las manos.

—No voy a huir. Nunca más.

Me levanté, con las piernas temblorosas, pero endereché la espalda. Me limpié la cara sucia con el dorso de la manga de mi cara camisa, manchada de tierra y lágrimas.

Me subí al coche. Giré la llave. El motor rugió.

Metí la primera y di la vuelta en «U» en medio del camino de tierra, con los neumáticos levantando polvo. No iba a volver a la Pousada Recanto da Serra. No iba a invadir su espacio, a faltar al respeto al santuario que ella había construido ni a obligarla a mirarme a la cara antes de que estuviera preparada. Si lo hiciera, ella llamaría a la policía, y yo no se lo echaría en cara.

Arrastrarme no significaba invadir. Arrastrarme significaba demostrar, con silencio y constancia, que el monstruo había muerto.

Conduje de vuelta al centro de Vale das Flores.

La ciudad se despertaba. Los comercios locales abrían sus pequeñas puertas de acero. La plaza principal, con un antiguo quiosco de música en el centro, estaba salpicada de vecinos mayores y perros callejeros.

Aparqué mi lujoso todoterreno frente a un edificio estrecho de tres plantas, cuya fachada descascarillada lucía un modesto letrero: *Hotel Central*.

No era un lugar al que el Arthur Albuquerque de hacía seis meses hubiera prestado atención. No había servicio de aparcacoches, ni vestíbulo de mármol, y la recepción olía a cera de

suelo y café recién hecho. Pero era perfecto. Era todo lo que necesitaba.

Bajé del coche, cogí mi cartera y entré.

Un señor con gafas gruesas, que leía un periódico detrás del mostrador de formica, levantó la vista y abrió ligeramente los ojos al ver mi lamentable estado: la camisa rasgada y manchada de tierra, los ojos enrojecidos, el rostro abatido.

—Buenos días. —Mi voz sonó firme, sin ningún tipo de afectación—. Necesito una habitación.

—B-buenos días, señor. ¿Para cuántas noches?

—No lo sé. Quiero pagar un mes por adelantado. Si me quedo más tiempo, iré renovando.

El hombre tragó saliva, cogió una llave que colgaba de un panel de madera y me entregó un pequeño formulario. Lo rellené con las manos temblorosas, saqué un fajo de billetes de la cartera y lo dejé sobre el mostrador.

Cogí la llave y subí por la estrecha escalera, cuyos peldaños crujían bajo mis zapatos.

La habitación estaba en la segunda planta, con vistas a la plaza. Era minúscula. Una cama individual con una colcha de retazos, un armario de contrachapado, un televisor de tubo en una esquina y un cuarto de baño estrecho.

Cerré la puerta y eché el cerrojo.

Contemplé la habitación. Aquello sería mi purgatorio. Mi trinchera. El lugar donde acabaría con mi ego y construiría al hombre que ella y mis hijos se merecían.

Me dirigí al baño, me quité la ropa sucia, dejé mi reloj suizo de decenas de miles de reales olvidado en el lavabo mugriento y me metí en la ducha. Abrí el grifo del agua fría.

El choque térmico me hizo jadear, pero dejé que el agua me golpeará la espalda. El frío ya no me asustaba. El único frío que temía era el de su indiferencia.

Cuando salí de la ducha, me até la toalla fina a la cintura y me dirigí al dormitorio. Me senté en el borde de la cama, que crujía bajo mi peso. Cogí mi móvil de la mesita de noche y marqué el número de Ricardo.

Contestó al segundo tono.

—¿Arthur? ¿Dónde demonios estás? Silva me ha llamado diciendo que has despedido a los detectives y has desaparecido en plena madrugada.

—La he encontrado, Ricardo. —Mi voz no tembló. Estaba envuelta en una claridad de propósito que hacía mucho tiempo que no sentía.

El silencio al otro lado de la línea fue denso.

—¿Y? ¿Has metido la pata?

—Fui a la posada donde trabaja y me echaron. Ana dijo que le daba asco, que no tengo ningún derecho sobre su hijo, y amenazó con llamar a la policía si no me marchaba.

Ricardo soltó un profundo suspiro, en una mezcla de pena y resignación.

—Lo siento mucho, tío. Vuelve a casa. Ya te dije que las consecuencias...

—No voy a volver, Ricardo —le interrumpí, tranquilo y decidido.

—¿Cómo que no vas a volver? ¡Arthur, tienes una empresa que dirigir! Tenemos el proyecto del complejo en Río, la reunión del consejo el jueves...

—Ahora tú eres el socio mayoritario. Asume la presidencia. Firmaré cualquier poder que los abogados me envíen por correo

electrónico, te cederé mis cuotas de poder, no me importa. Tú estás al mando.

—¿Te has vuelto loco? —gritó casi Ricardo al otro lado de la línea—. ¡Arthur, no puedes abandonar toda tu vida!

—Toda mi vida está en esta pequeña ciudad, llevando a mi hijo en mi vientre y odiándome con todas sus fuerzas. —Miré las paredes agrietadas de la habitación del hotel—. He alquilado una habitación. Y no voy a moverme de aquí hasta que ella me mire a la cara y ya no vea al monstruo que fui. Tarde lo que tarde.

Mi amigo se quedó sin palabras. El peso de mi determinación debió de llegarle a través de la línea telefónica.

—Vas a arrastrarte, ¿verdad? —preguntó, bajando el tono de voz.

—Sobre cristales rotos, si es necesario.

—¿Y Léo?

El nudo volvió a apretarse en mi garganta.

—Voy a llamar a Sônia.

—De acuerdo. —Hubo un momento de vacilación, pero Ricardo colgó.

Hice otra llamada y mi gobernanta tardó dos tonos en contestar.

—¿Señor Albuquerque?

—¿Sônia? Pon el teléfono en altavoz cerca de Léo.

Se oyeron pasos al otro lado de la línea, seguidos de la voz amortiguada de la gobernanta, hasta que un silbido en la línea indicó que se había activado el altavoz.

—Sí, señor. —La voz de la gobernanta sonaba cautelosa.

Cerré los ojos.

—Léo, hijo... Soy papá.

No hubo respuesta, solo el silencio sepulcral de un niño destrozado. Pero sabía que estaba escuchando.

—Sé que estás enfadado. Y sé que te he hecho daño. Pero quiero que me escuches, amigo mío. Papá no se ha escapado. Papá ha encontrado a Ana. Y no voy a volver a casa hasta que traiga conmigo a toda nuestra familia. ¿Podrás ser valiente un poco más? ¿Por mí?

Silencio.

Entonces, desde muy lejos, un sonido frágil, casi inaudible, captado por el micrófono del teléfono. Un llanto suave, seguido del sonido del osito de peluche al apretarlo.

—Nana, papá... —sonó su voccecita, refiriéndose a mí por primera vez en meses como «papá», sin el pánico habitual.

Una lágrima caliente me resbaló por la mejilla.

—Te lo traeré, hijo. Te lo prometo.

Colgué el teléfono.

Arrojé el móvil sobre la cama y respiré hondo. El implacable CEO estaba muerto. Yo no era más que un hombre desnudo, sentado en una habitación de hotel barato, despojado de mi orgullo, de mi ego y de mis excusas.

Me vestí con la misma ropa manchada de tierra y bajé a la calle.

Caminé hasta una pequeña tienda de ropa popular en la plaza del pueblo. Compré tres vaqueros básicos, un paquete de camisetas blancas de algodón, unas botas de montaña sencillas y algo de ropa interior. El dueño de la tienda me miró con curiosidad al ver a un hombre con pinta de ejecutivo arruinado comprando ropa de obrero, pero no hizo preguntas.

Me deshice de la armadura. El traje no me servía de nada allí.

Volví al hotel, me cambié de ropa y salí de nuevo.

Caminé por la ciudad hasta encontrar el camino de tierra que llevaba a la Pousada Recanto da Serra. No cogí el coche. Fui a pie. Cada paso era una purificación.

Cuando divisé la finca amarilla a lo lejos, me detuve.

No crucé la valla. No entré en el terreno. Me quedé parado a la sombra de un gran roble, en la acera del lado opuesto del camino de tierra. Los árboles me ocultaban perfectamente, pero tenía una vista clara del porche y de la recepción de la posada.

Me quedé allí, apoyado en el tronco rugoso del árbol, durante casi dos horas.

Hasta que la puerta de madera se abrió y ella salió.

Ana.

Mi corazón dejó de latir en el preciso instante en que la luz del sol del mediodía le dio de lleno en la cara.

Llevaba un vestido ligero y holgado. Caminó con cuidado hasta la mecedora del porche, llevando una taza humeante. Su cabello oscuro se mecía con el viento. Pero lo que me destrozó por completo fue el gesto siguiente.

Se sentó, dejó escapar un suspiro de alivio y se llevó ambas manos al enorme vientre, acariciando a nuestro hijo a través de la tela.

La sonrisa que brotó de sus labios fue el milagro más hermoso y triste que había visto en mi vida. Sonreía a la vida que yo había condenado. Ana estaba protegiendo, amando y cuidando al bebé que llevaba mi mitad y la mitad de su amor inconmensurable.

Sentí que me fallaban las piernas y me deslicé lentamente por el tronco del árbol hasta sentarme en la hierba sucia, oculto entre las hojas.

Me llevé la mano a la boca para ahogar el sonido de mi propio llanto de adoración y vergüenza.

Te quiero. Esa constatación me desgarró el alma en silencio.
Dios mío, cómo te quiero a ti y a ese bebé.

La observé desde allí, como un perro guardián arrepentido.

No cruzaría la calle, no la obligaría a mirarme a los ojos ni a escuchar mis vacías disculpas. Me quedaría allí, en las sombras, vigilando su puerta. Me aseguraría de que nadie le hiciera daño. Haría el trabajo pesado de la posada sin que ella lo supiera, arreglaría las vallas en la calada de la noche, pagaría de forma anónima la compra del supermercado local.

Dejaría que mis acciones hablaran por sí solas.

Y me quedaría en ese lado de la calle, plantado bajo aquel árbol, bajo el sol, bajo la lluvia o bajo el viento cortante del interior, hasta que la furia de sus ojos se transformara en duda, y la duda, por algún milagro cósmico, se transformara en perdón.

El hombre que se había destrozado el corazón para no sentir dolor había sido enterrado en la capital. El Arthur que estaba sentado en aquella hierba manchada de tierra había nacido con un único propósito: arrastrarse hasta demostrar que era digno de volver a amar a su familia. Y yo tenía todo el tiempo del mundo para ello.



ANA
Souza

Capítulo 23

El frío en las montañas del Vale das Flores no anunciaba su llegada con sutileza; se colaba en los huesos ya en las primeras horas de la madrugada.

Me desperté con el sonido del viento silbando por las rendijas de la ventana de madera de mi cabaña. El reloj de la mesilla marcaba las cinco y media de la mañana. La zona lumbar me latía con un dolor sordo y constante, un recordatorio del octavo mes de embarazo que se acercaba rápidamente.

Con un gemido ahogado, apoyé ambas manos en el colchón y empujé mi pesado cuerpo hacia arriba. La barriga era enorme, estirando mi piel hasta el límite, y mi bebé, como de costumbre, ya estaba despierto, estirándose contra mis costillas con una fuerza que me dejaba sin aliento.

—Buenos días, mi amor —susurré, acariciando el bulto puntiagudo que se había formado en el lado derecho de mi vientre, probablemente un piececito impaciente.

Me puse un abrigo de lana grueso sobre el vestido largo, me calcé unos calcetines gruesos y abrí la puerta de la cabaña.

La niebla era un manto espeso y lechoso que cubría el jardín de la Pousada Recanto da Serra. El aire helado me golpeó la cara, despertando mis sentidos al instante. Caminé despacio hacia el edificio principal, con la grava húmeda crujendo bajo las suelas de mis botas.

Mi plan era ir directamente a la cocina, prepararme un té caliente y ayudar a Doña Lourdes a encender la vieja estufa de leña antes de que los huéspedes se despertaran.

Sin embargo, al rodear el parterre de hortensias, mis pies se detuvieron en seco.

El sonido rítmico y sordo de la madera al ser cortada resonó a través de la niebla.

Fruncí el ceño. El proveedor de leña de la posada, el señor Sebastião, solía venir solo los miércoles por la tarde, y el encargado de mantenimiento, Carlos, nunca se levantaba antes de las ocho de la mañana.

Avancé en silencio hacia el cobertizo de herramientas situado al fondo del terreno. A cada paso, el sonido del hacha partiendo la madera se hacía más fuerte, acompañado por el sonido de una respiración jadeante y rítmica.

Me escondí parcialmente detrás del grueso tronco de un roble centenario y espí.

Se me cortó la respiración.

Arthur Albuquerque estaba allí.

El hombre que dirigía un imperio de cristal y acero en Faria Lima, que vestía trajes cosidos a mano en Milán y que nunca había sostenido nada más pesado que una pluma estilográfica, estaba en el patio de tierra de una posada en el campo, cortando leña.

No llevaba traje. Vestía unos vaqueros descoloridos y manchados de serrín, y una camiseta blanca de algodón que tenía la espalda empapada de sudor, a pesar del frío cortante de la mañana. Tenía el pelo oscuro revuelto y húmedo.

Levantó el pesado hacha por encima de la cabeza. Los músculos de sus brazos y espalda se tensaron bajo la fina tela, y bajó la hoja con una fuerza brutal, partiendo el tronco de eucalipto exactamente por la mitad.

Me quedé paralizada, observando la escena con una mezcla de conmoción y un odio latente que comenzó a bullir en la boca del estómago.

Dejó el hacha un segundo y se llevó las manos a las rodillas, inclinando el cuerpo para recuperar el aliento. Cuando Arthur giró ligeramente la cara hacia un lado, la pálida luz de la mañana iluminó sus rasgos.

Mi corazón dio un traicionero vuelco.

Parecía enfermo. Tenía el rostro demacrado, los pómulos marcados y una barba oscura y rala que le cubría la mandíbula tensa. Sus manos, grandes y suaves, que un día acariciaron mi piel, estaban envueltas en vendajes mal hechos, manchados con pequeñas manchas de sangre donde las ampollas habían reventado por el roce con el mango de madera.

Se estaba destrozando físicamente.

El patético y condicionado instinto de correr hacia él, arrancarle el hacha de las manos y curarle esas heridas se me pasó por la cabeza durante una milésima de segundo. Sin embargo, el recuerdo de su despacho hizo añicos esa ilusión.

¿Cuánto quieres por desaparecer?

Su voz, fría y repugnante, resonó en mis oídos. El resentimiento me subió por la garganta, amargo y protector.

No retrocedí para esconderme. Di un paso adelante, saliendo de detrás del roble, y pisé deliberadamente una rama seca.

El sonido del crujido hizo que Arthur se quedara paralizado.

Levantó la cabeza bruscamente, como un animal asustado. Sus ojos castaños, rodeados de oscuras ojeras, se encontraron con los míos a través de la niebla.

El tiempo se detuvo. Su respiración se entrecortó de forma audible. Dejó caer el hacha al suelo sin cuidado, haciendo chocar el metal contra la tierra húmeda, y se enderezó de un salto. La expresión de su rostro era de puro y absoluto terror mezclado con una adoración enfermiza.

No dijo ni una palabra. No se atrevió a abrir la boca.

Arthur se limitó a mirarme, con las manos vendadas colgando a los lados del cuerpo y los hombros encogidos en una postura de completa sumisión. Sus ojos recorrieron mi rostro hasta mi vientre, y vi el momento exacto en que el dolor lo invadió. Su nuez subía y bajaba con dificultad.

Levanté la barbilla. Mi mirada no vaciló. No mostré piedad ni tristeza. Le lancé una mirada de hielo puro, afilada como la hoja de un bisturí. Quería hacerle sentir el frío de la montaña y que percibiera la puerta de hierro que había cerrado entre nosotros.

Arthur parpadeó, con los ojos brillantes por las lágrimas contenidas, y, lentamente, bajó la cabeza. No soportó mi mirada. Aceptó el desprecio.

Sin decir ni una sola palabra, le di la espalda y me dirigí hacia la cocina.

Mi respiración era entrecortada cuando empujé la puerta batiente. Doña Lourdes ya estaba allí, colando el café en el filtro de tela. El aroma invadió mis fosas nasales, pero tenía un nudo en la garganta.

—Doña Lourdes. —Mi voz sonó más dura de lo que pretendía.

Se giró, secándose las manos en el delantal. Su mirada tranquila y sabia se cruzó con la mía, y la señora suspiró, sabiendo exactamente qué me había dejado así.

—Está ahí fuera. Cortando nuestra leña. —Señalé hacia la ventana trasera—. ¿Por qué lo ha permitido, señora? ¡Le dije quién era y lo que había hecho!

Doña Lourdes se acercó a mí y acercó una de las sillas de paja de la mesa de la cocina.

—Siéntate, Ana. Estás temblando.

—No quiero sentarme. ¡Quiero que se vaya! —Mi voz se elevó, dominada por la furia—. ¿Cree que puede comprar su perdón con trabajo físico? ¿Arthur cree que barrer el patio y cortar leña va a borrar el hecho de que me echó a la calle estando embarazada?

—Niña mía, escúchame bien. —Doña Lourdes me cogió las dos manos, y la firmeza cálida de su tacto me ancló a la realidad. —Yo no le invité a entrar. No le ofrecí un plato de comida y mucho menos una habitación en esta posada. Ese chico apareció aquí hace una semana, con cara de quien no ha dormido en meses, y me preguntó si necesitaba un manitas.

Abrí mucho los ojos, la incredulidad me dejó sin palabras.

—Me dijo que no quería dinero —continuó doña Lourdes, con voz suave—. Ni siquiera un techo bajo el que dormir. Su única condición era que no entraría en la casa principal y que no te dirigiría la palabra. Me lo suplicó, Ana. Se arrodilló en la tierra de nuestra verja y lloró como un niño, diciendo que necesitaba protegeros a los dos, aunque fuera desde fuera de la valla.

Cerré los ojos con fuerza. Mi corazón latía tan rápido que me dolía contra las costillas.

—Deberías haberlo mandado al infierno.

—El infierno es el lugar de donde vino, hija, y donde está ahora —suspiró la anciana, soltándome las manos. —Le dejé quedarse en el patio porque, si un hombre quiere expiar sus propios pecados con el sudor y la sangre de sus propias manos, yo no soy quien para impedirselo. Pero el patio es su límite. Sabe que, si cruza esa puerta, yo misma llamaré a la policía. Vuestra seguridad es mi prioridad.

—Arthur no va a doblegarme —dije entre dientes, abriendo los ojos y mirando al vacío—. Puede arreglar toda esta posada. Puede construir un palacio con sus propias manos. No voy a ceder.

—Sé que no lo harás, mi leona —dijo doña Lourdes con una sonrisa triste—. Ve a la recepción. Tu té ya está en la mesa.

Las semanas siguientes se convirtieron en una guerra fría y silenciosa.

Arthur no rompió la promesa que le había hecho a Doña Lourdes. No se acercó. No intentó hablar conmigo. Pero su presencia era un fantasma omnipresente que acechaba mis días.

Se convirtió en la sombra de la Pousada Recanto da Serra.

Las vallas de madera que rodeaban la finca, antes astilladas y podridas por la humedad, aparecieron una mañana cambiadas, lijadas y pintadas de blanco. El tejado de la cabaña siete, que siempre tenía goteras, fue reparado en medio de una tarde nublada. El jardín de hortensias nunca había estado tan limpio y libre de malas hierbas.

Llegaba antes de que saliera el sol, a pie, caminando desde la ciudad hasta el camino de tierra. Trabajaba bajo el sol implacable, bajo la lluvia helada de la tarde, cargando sacos de cemento, empujando carretillas con piedras y tierra. Y, al final del día, cuando

la luz empezaba a desvanecerse, recogía las herramientas y se marchaba, cojeando por el cansancio extremo de un cuerpo que no estaba hecho para eso.

Yo lo observaba todo a través del cristal de la recepción.

Había días en los que se me revolvía el estómago. El contraste era inquietante. El magnate de la arquitectura estaba allí, con las uñas manchadas de grasa, las rodillas de los pantalones rasgadas, almorzando una fiambarrera barata de poliestireno sentado en el bordillo de tierra.

Mi mente traicionera intentaba susurrarme compasión. *Lo está intentando. Está pagando el precio. Míralo, Ana, está destrozado por ti.*

Sin embargo, cada vez que esa chispa de empatía amenazaba con encenderse, utilizaba mis propios recuerdos como un cubo de agua helada.

Me miraba el vientre. Recordaba la oscuridad de mi habitación en la pensión del centro de São Paulo. Recordaba el hambre. El pánico de dormir en la calle y al pequeño Léo llorando, acurrucado en un rincón de la habitación, porque su padre no podía soportar la vida real.

Por encima de todo, recordaba la carta.

En los momentos de mayor debilidad, sacaba el sobre color crema de la Señora de las Cartas de mi cajón. Recorría con los dedos las palabras escritas con tinta negra.

«Ya no eres una sombra, querida mía. El fuego que arde en tus palabras es el instinto de la leona que acaba de despertar».

La fuerza de aquellas palabras era mi escudo. Me recordaban que la redención de Arthur no era asunto mío. No tenía por qué salvarlo de la propia miseria que él mismo había provocado. Mi único deber en el mundo era proteger a mi hijo. Si el precio para

mantenerlo a salvo era cerrar mi corazón al sufrimiento de su padre, pagaría ese precio con una sonrisa en los labios.

La tensión alcanzó su punto álgido una sofocante tarde de martes.

Una ola de calor anómala, el famoso «veranico», se había apoderado de la sierra. El aire estaba parado, pesado, y la humedad convertía el simple acto de respirar en una tarea agotadora.

Arthur estaba fuera de la recepción, bajo el sol de las dos de la tarde, desbrozando el lateral del césped principal. Iba sin camiseta y tenía la espalda brillante de sudor, enrojecida y quemada por el sol. Con cada golpe de la azada contra la tierra dura, su cuerpo parecía tambalearse.

Yo estaba ordenando los formularios de reserva en el mostrador, observándolo de reojo.

De repente, se detuvo. Apoyó ambas manos en el mango de la azada e inclinó el cuerpo hacia delante. Su pecho subía y bajaba violentamente. Se pasó el brazo por la frente, secándose el sudor, y se tambaleó, con las rodillas flaqueando de forma alarmante. Estaba a punto de desmayarse por insolación y deshidratación.

Apreté los maxilares.

Mi corazón se aceleró y luché contra la urgencia de correr las cortinas e ignorarlo. Ya no lo quería, no quería que estuviera allí, pero no era un monstruo que se quedaría mirando cómo un hombre se moría de sed a las puertas de mi trabajo.

Llené una jarra de cristal con agua filtrada y hielo y cogí un vaso de la cocina.

Abrí la puerta de cristal de la recepción. El sonido de la campana hizo que Arthur levantara la cabeza rápidamente.

Abrió mucho los ojos, jadeando. Tenía los labios agrietados, blancos por la falta de agua. Su rostro se contorsionó en una expresión de puro asombro al verme caminar hacia él.

No me acerqué mucho. Me detuve exactamente a dos metros de distancia.

El calor irradiaba del asfalto, pero la atmósfera a nuestro alrededor era de frío absoluto.

Dejé la jarra de agua y el vaso sobre una pequeña mesita de centro de madera que había en la terraza exterior.

No dije absolutamente nada.

Alcé la vista y me encontré con las iris castañas y atormentadas de Arthur.

Su mirada era una súplica muda. Una devoción tan cruda y desgarradora que casi me hizo apartar la cara. Miró el agua y luego a mí. Su pecho jadeaba.

—Ana... —murmuró, con una voz tan débil y rasgada que apenas emitió sonido. Dio medio paso hacia mí, con la mano temblando en el aire, como un mendigo pidiendo salvación. — Gracias.

Mi expresión no se alteró ni un milímetro. Mi máscara de piedra permaneció perfectamente intacta.

Crucé los brazos bajo mis pechos, levantando la cabeza. Mi mirada no transmitía afecto, compasión ni lástima. Solo transmitía una advertencia clara: *No confundas humanidad con perdón. Tú todavía no significas nada para mí.*

Él entendió el mensaje.

El destello de esperanza en los ojos de Arthur se apagó al instante, como una vela soplada en la oscuridad. El dolor que se reflejó en sus rasgos fue insoportable. El CEO bajó la mano extendida y no cruzó la línea invisible que yo había trazado entre nosotros.

Lentamente, con la sumisión de un hombre derrotado, bajó la cabeza, asintió una sola vez y se dirigió a la mesa para coger la

jarra.

Le di la espalda incluso antes de que se llevara el vaso a los labios.

Volví al interior de la recepción, cerré la puerta y eché el cerrojo con un clic sonoro que resonó por todo el jardín. Regresé al mostrador y no volví a mirar por la ventana.

Aquella noche, después de cenar, me encerré en mi cabaña.

El dolor sordo en la base de la columna había empeorado con el peso del bebé, así que me di un baño largo y caliente para intentar relajar los músculos. Me puse mi camisón más holgado y me tumbé en la cama, ahuecando las almohadas bajo mis piernas hinchadas.

La imagen de Arthur tambaleándose bajo el sol del mediodía me perseguía mientras contemplaba el techo de madera.

Su transformación era innegable. El calvario al que se estaba sometiendo voluntariamente era prueba de que algo en el núcleo de hierro de aquel hombre se había roto. Sin embargo, el daño que había causado en mi pasado también era irreparable.

El bebé dio una fuerte patada, rodando por mi abdomen, exigiendo mi atención.

Me llevé la mano al vientre y una sonrisa tranquila e instintiva se dibujó en mis labios. La presencia de mi hijo era el borrador que limpiaba las manchas de aquel día agotador.

Abrí el cajón de la mesita de noche y saqué, una vez más, el sobre del buzón 104.

No necesitaba volver a leer las palabras de la Señora de las Cartas; las llevaba grabadas en mi memoria. Sin embargo, sostener aquel papel me daba la certeza física de que me pertenecía a mí misma.

Arthur Albuquerque podría arreglar cada teja del mundo. Podría derramar todo el sudor que su cuerpo fuera capaz de producir en el jardín de aquella posada. Podría sangrar sobre sus propias herramientas, suplicando en silencio una mirada de aprobación.

Sin embargo, necesitaría mucho más que madera, sudor y silencio para derribar la fortaleza que yo había construido a mi alrededor y alrededor de nuestro hijo. Yo era el castillo y la puerta permanecería cerrada.



ARTHUR

Albuquerque

Capítulo 24

La bombilla incandescente del techo de la habitación 12 del Hotel Central emitía un leve zumbido eléctrico, proyectando una luz amarillenta y enfermiza sobre la pequeña mesa de formica rayada.

Eran las tres y cuarto de la madrugada.

Estaba sentado en la única silla de madera de la habitación, encorvado sobre la mesa, con la espalda encorvada y los hombros pesados como el plomo. El frío húmedo del Vale das Flores se colaba por las rendijas de la ventana mal sellada, erizándome la piel por debajo de la fina camiseta de algodón, pero no me molesté en ir a buscar la chaqueta. El frío exterior no era absolutamente nada comparado con el hielo que habitaba en mis entrañas.

Mis manos descansaban sobre la superficie de la mesa. Me palpitaban. Las palmas estaban cubiertas de ampollas reventadas,

cortes irregulares y callos recién formados. La piel, antes inmaculada y acostumbrada únicamente al tacto de los teclados de ordenador y las plumas de oro, en aquel instante estaba áspera y manchada de tierra incrustada que ni siquiera el jabón barato del hotel conseguía eliminar por completo.

Pero el dolor físico era un alivio. Era lo único que me mantenía anclado a la realidad.

Delante de mí, bajo la tenue luz, había un bloc de papel marrón, comprado en la papelería de la plaza, y un bolígrafo sencillo de tubo transparente.

El papel estaba en blanco.

Ya había arrugado y tirado a la papelera de plástico que había junto a la cama al menos diez hojas. Cada intento de empezar me parecía patético, vacío e hipócrita. ¿Cómo podría un monstruo plasmar su propia ruina en palabras? ¿Cómo pedir perdón por lo imperdonable? ¿Cómo explicarle a una mujer embarazada y abandonada que el intento de asesinar a su propio hijo fue, en mi mente enferma y distorsionada, un intento de salvarle la vida?

Pasé las manos temblorosas por mi pelo sucio de serrín y polvo, tirando de los mechones con fuerza hasta que me dolió el cuero cabelludo.

La imagen de Ana clavándome la mirada en el balcón de la posada, con el vestido marcando el vientre redondeado donde crecía nuestro hijo, cruzó mi mente por milésima vez. El asco en sus ojos. La frialdad absoluta cuando dejó el vaso de agua sobre la mesita del salón de un golpe.

Cerré los ojos. La bilis me subió a la garganta. El odio que sentía hacia mí mismo era un ácido corrosivo que me quemaba los órganos internos.

Apreté los dedos alrededor del bolígrafo de plástico. El plástico crujió ligeramente bajo la presión. Respiré hondo con

temblor, tragué el nudo que me estrangulaba y apoyé la punta metálica sobre el papel poroso.

No iba a justificarme. Las justificaciones eran para hombres que intentaban escapar de la culpa, y yo me merecía cada gramo de mi condena. Solo iba a desahogarme.

La tinta azul empezó a manchar la hoja.

Ana,

rompí diez hojas antes de poder escribir tu nombre sin sentir ganas de arrancarme los propios ojos. No tengo derecho a dirigirte la palabra. No tengo derecho a ocupar tu tiempo, a respirar el mismo aire que tú, y mucho menos a pedirte que leas lo que mis manos sucias están escribiendo.

Pero necesito que sepas la verdad. No para que me perdones. El perdón es un don que reciben los hombres de bien, y yo dejé de ser un hombre en el instante en que te tiré aquel maldito cheque a la cara.

Escribo porque el silencio me está asfixiando, y porque tú, la mujer más valiente y extraordinaria que jamás haya pisado este mundo, mereces saber que el horror de aquella noche no fue un golpe planeado por mi arrogancia. Fue el grito de un animal acorralado, ciego y enloquecido por su propio trauma.

Mi mano empezó a temblar. La primera lágrima cayó, caliente y pesada, golpeando la esquina de la hoja y arrugando el papel. No la sequé. Dejé que el agua salada se mezclara con la tinta.

Hace tres años, sostuve la mano de Amanda en una sala de partos. El día que debería haber sido el más feliz de mi vida se convirtió en el matadero de mi alma.

Recuerdo el olor dulce, metálico y asfixiante de la sangre. Había tanta sangre, Ana. Corría por las sábanas, manchaba el suelo

de linóleo, teñía los guantes de los médicos. El caos se apoderó de aquella sala blanca. Amanda me apretó la mano hasta que se le pusieron blancos los nudillos, con los ojos dilatados por el terror, y me pidió que no la dejara marchar.

Entonces, la máquina pitó. Ese pitido continuo, estridente y mortal. Su corazón se detuvo.

Murió delante de mí, se desangró hasta morir para dar a luz a Léo, y yo no pude hacer absolutamente nada para evitarlo.

Dejé de escribir.

El aire se esfumó de la pequeña habitación del hotel. Estaba jadeando. Revivir el recuerdo de la muerte de Amanda siempre me provocaba pánico, pero el desencadenante no venía acompañado del deseo de huir. Venía acompañado de una claridad dolorosa y humillante.

Me encogí y lloré con la frente apoyada en el borde de la mesa de formica, con los hombros sacudiéndose en el silencio de la madrugada. Lloré por Amanda, por Léo y por Ana, que tuvo que pagar el precio de una tragedia que no era suya.

Cuando los sollozos se secaron, levanté la cara, parpadeé para aliviar el ardor de mis ojos enrojecidos y volví a escribir. Mi caligrafía, antes imponente y cuidada, se volvió irregular, temblorosa y desgarrada.

Cuando entraste en mi despacho aquella noche, con el valor que a mí me falta y la verdad en los ojos, y dijiste la palabra «embarazada»... mi cerebro se quedó en blanco.

No vi mi despacho, ni a la mujer que me devolvió las ganas de respirar. Mi trauma abrió un agujero negro bajo mis pies y me arrojó de vuelta a aquel quirófano. Te miré, y lo único que pude ver fue la muerte. Te imaginé muriendo y te vi sangrando sobre las mismas sábanas blancas.

El embarazo, en mi mente podrida y destrozada, no era un milagro. Era un parásito asesino. Era la guadaña de la muerte preparándose para arrebatarme a la segunda mujer a la que me atreví a amar.

El pánico se apoderó de mi cuerpo. No te ofrecí dinero para que abortaras a nuestro hijo porque soy un ricachón sádico que no quiere responsabilidades. No quería ocultar el embarazo. ¡Quería arrancarte esa bomba de relojería de dentro para que no murieras! Creí, con toda la locura de mi duelo, que si el embarazo terminaba, la muerte se marcharía y tú estarías a salvo.

Fui un loco. Un cobarde que prefirió cometer la mayor atrocidad del mundo antes que afrontar el riesgo de amarte.

Apreté los labios hasta sentir el sabor de la sangre. El asco que describía en la carta era tan palpable que casi me hacía vomitar de nuevo.

Pero nada de eso es una excusa, Ana.

Mi miedo no me daba derecho a mutilar tu alma. No me daba derecho a echarte en la oscuridad de la noche, a las frías calles de São Paulo, sabiendo que no tenías nada ni a nadie. No me daba derecho a renegar de mi propia sangre, y mucho menos a destruir la poca cordura que le quedaba a Léo.

He visto lo que mi ausencia le había hecho a mi hijo. Ha retrocedido, se ha apagado, y la culpa es totalmente mía. He matado a mi familia dos veces.

Cuando Ricardo descubrió lo que había hecho y me echó la verdad en cara, sufrí un infarto por dentro. Me di cuenta de todo, y eso aplastó mi escudo de hielo hasta convertirlo en polvo. El pánico de perderte en la sala de partos quedó aniquilado por el terror absoluto, real e insoportable de vivir en un mundo en el que tú me

odias, y en el que nuestro hijo va a nacer creyendo que su padre es un demonio que nunca lo quiso.

El sol empezaba a asomar por el horizonte del Vale das Flores. La luz gris y fría del amanecer invadió la ventana del hotel, iluminando la página manchada de tinta y sudor.

Tenía que terminarla y hacer la promesa que sellaría mi destino en aquellas montañas.

Sé que sientes asco por mí. Tienes todo el derecho a no querer volver a oír mi voz jamás. La mirada que me lanzaste cuando me diste el agua esta tarde fue la sentencia más justa que he recibido jamás.

Pero estoy aquí, Ana, y no me voy a marchar.

No te preocupes, no voy a cruzar la valla de la posada, ni voy a entrar en la casa principal, ni voy a imponer mi presencia, ni voy a perturbar tu paz. El patio y la madera vieja son ahora mi lugar. Voy a arreglar cada tabla de ese jardín. Voy a sudar y sangrar en la tierra hasta que mi cuerpo ya no pueda mantenerse en pie.

No te pido que me devuelvas tu amor, ni que me dejes cogerte de la mano o dormir en tu cama. He perdido ese privilegio para siempre.

Solo te suplico, de rodillas, que me des una única oportunidad: la de ser el padre que este bebé se merece. La oportunidad de mantenerlo, de cuidarlo, de pagar los pañales, el médico, todo lo que necesite. Déjame amar a mi hijo desde la acera. Quiero asegurarme de que el niño al que defendiste como una leona nunca conozca la miseria ni el abandono.

No hace falta que me perdones. Déjame cargar con mi culpa y mi penitencia.

Solo déjame ser su padre.

*Con mi alma a tus pies,
Arthur.*

El bolígrafo se me resbaló de los dedos entumecidos y cayó al suelo de cemento de la habitación.

Me quedé mirando las hojas de papel marrón durante largos minutos. La carta era grotesca. Las lágrimas habían borrado palabras enteras, la caligrafía era un desastre y el sudor de mis manos callosas había arrugado los bordes. Pero era lo más honesto, crudo y verdadero que había escrito en mis treinta y cinco años de vida.

Doblé las hojas con cuidado. No había sobre.

Me levanté, con las rodillas crujiendo y la zona lumbar gritando de dolor por el esfuerzo físico de los últimos días, sumado a la postura encorvada en la silla. Fui hasta el lavabo del baño, me eché agua helada en la cara y me puse mi grueso abrigo de obrero.

Salí del hotel.

Las calles empedradas de Vale das Flores estaban desiertas y sumidas en una niebla helada que cortaba los labios. El aire olía a humo de chimenea y a maleza húmeda.

Recorrí a pie los kilómetros que separaban el centro de la ciudad de la Pousada Recanto da Serra. Mis piernas pesaban toneladas, pero no bajé el ritmo. El papel doblado estaba a buen recaudo en el bolsillo de mi abrigo, apretado contra mi pecho como un escudo.

Cuando llegué a las puertas de madera de la posada, el cielo ya empezaba a teñirse de tonos azul pálido, pero la casa principal aún estaba sumida en el silencio y la penumbra del sueño.

Nadie estaba despierto. La chimenea de la cocina aún no echaba humo.

Crucé el camino de tierra. Me detuve exactamente en la línea invisible que delimitaba la propiedad. El límite que había jurado a

Doña Lourdes y a mí mismo no cruzar.

Miré hacia el porche trasero.

La pequeña mesita rústica del centro, la misma en la que ella había golpeado con fuerza el vaso y la jarra de agua el día anterior, estaba vacía, bañada por el rocío matutino.

Con pasos lentos, sintiendo cómo la tierra húmeda cedía bajo mis pesadas botas, caminé hasta el borde del porche. No subí los escalones de madera. Me quedé en el suelo de tierra del jardín.

Extendí el brazo más allá del escalón, estirando el cuerpo al máximo para alcanzar la mesita sin pisar la estructura de la casa.

Saqué el papel doblado del bolsillo.

Dejé la carta sobre la superficie de madera rústica, colocándola exactamente en el mismo lugar donde había estado el vaso de agua. Busqué en el suelo una piedra pequeña y lisa y la puse sobre el papel marrón, para asegurarme de que el viento frío de la montaña no se llevara mi alma desgarrada.

Di un paso atrás.

Mis manos volvieron a los bolsillos del abrigo. Miré hacia la ventana cerrada de la habitación de recepción, donde imaginaba que ella podría estar durmiendo.

—Os quiero —susurré a la niebla, mientras mi voz se perdía en la gélida inmensidad de la sierra.

Le di la espalda al balcón.

Caminé hacia el cobertizo de las herramientas. Cogí el hacha, cuya hoja ya estaba mate por el uso constante, y me dirigí hacia la pila de troncos de eucalipto.

Apoyé el primer tronco en el tocón de corte.

Levanté el hacha por encima de la cabeza, sintiendo cómo los cortes de mis manos palpitaban y se abrían de nuevo. El dolor me desgarró la piel, pero no me detuve.

La madera se partió por la mitad. El sonido resonó por todo el valle.

Mi exilio autoimpuesto continuaba. El papel marrón descansaba en el porche, cargado de la brutal verdad de mi trauma y mi humillación absoluta. No sabía si Ana lo leería, si lo rompería sin abrirlo o si arrojaría los trozos a la hoguera de la estufa de leña.

Pero el monstruo había dicho la verdad y lo único que me quedaba era sangrar en su patio, día tras día, hasta que la vida decidiera qué hacer con los restos de mi existencia.



ANA
Souza

Capítulo 25

La niebla matinal aún se aferraba al suelo del Vale das Flores como un manto espectral cuando abrí la puerta de la cabaña. El aire estaba húmedo y gélido, pero mi cuerpo parecía inmune a la temperatura. Mi mente bullía.

El sonido del hacha partiendo leña, que se había convertido en el despertador nítido y torturador de mis últimas mañanas, no estaba allí. El silencio absoluto en el patio de la posada me causó una extraña sensación de inmediato.

Me ajusté el chal de lana con más fuerza alrededor de los hombros y caminé por la grava hacia la recepción.

Cuando llegué al balcón trasero, mis pasos se detuvieron en seco. Mi mirada se vio atraída, como por un imán, hacia la mesita rústica del centro.

Justo en el lugar donde, la tarde anterior, había dejado el vaso de agua con la frialdad de un verdugo, descansaba un trozo de papel marrón, doblado por la mitad y sujetado por una pequeña piedra lisa.

Mi corazón dio un violentísimo vuelco contra mis costillas.

No necesitaba un remitente para saber quién lo había dejado allí. Me acerqué lentamente, sintiendo cómo se enrarecía el aire. Mi mano tembló ligeramente cuando aparté la piedra y cogí el papel. El material era áspero, barato, muy diferente del papel de alta calidad que solía usar Arthur.

Desdoblé las hojas.

La caligrafía, antes impecable y orgullosa, estaba temblorosa, caótica y borrosa en varios puntos, como si hubiera caído agua sobre la tinta fresca.

«*Ana...*»

Mi nombre, escrito de su puño y letra, fue un detonante instantáneo. Mi respiración se volvió superficial, pero no aparté la mirada. Lo leí.

Leí cada palabra, cada confesión desgarrada, cada gota de sangre y dolor que él había derramado en aquellas hojas en la quietud de la noche. El sonido de su voz, ronca y entrecortada, parecía resonar en mi mente mientras mis ojos recorrían los párrafos manchados.

«Mi trauma abrió un agujero negro bajo mis pies y me arrojó de vuelta a aquel quirófano. Te miré, y lo único que pude ver fue la muerte. Te vi morir».

Las palabras me golpearon el pecho con la fuerza de un huracán.

La barrera de hielo que había construido con tanto esfuerzo alrededor de mi corazón comenzó a resquebrajarse, emitiendo un sonido agudo y doloroso en lo más profundo de mi alma.

Su pánico. La muerte de Amanda. La sangre en las sábanas.

La revelación me golpeó como un rayo. Arthur me echó a la calle porque su mente, enferma y secuestrada por un estrés postraumático sin tratar, le había convencido de que mi embarazo era una sentencia de muerte. Intentó matar a nuestro bebé para salvarme la vida.

Era una lógica monstruosa, retorcida y cruel, pero, por primera vez en seis meses, tenía sentido. Una lágrima caliente, solitaria y cargada de una empatía devastadora, resbaló por mi mejilla y cayó sobre el papel marrón.

Mi bebé dio una patada.

Apreté las hojas contra mi pecho y cerré los ojos. Mi corazón se tambaleó, balanceándose peligrosamente sobre el abismo de perdonarlo. Quería caminar hasta el cobertizo de las herramientas, encontrar a aquel hombre destrozado y decirle que la muerte no nos había llevado. Que estábamos vivos. Que podía dejar de castigarse.

Entonces, como un mecanismo de defensa primitivo, el instinto de supervivencia gruñó.

El recuerdo del frío de las calles de São Paulo invadió mi mente. El olor a moho de la habitación de la pensión. El hambre... El pánico de no poder comprar el primer paquete de pañales para mi hijo. La humillación de que me trataran como a un parásito al que se podía comprar y, sobre todo, el rostro de Léo. El niño aterrorizado al que ambos habíamos dejado atrás.

Abrí los ojos; tenía la vista nublada por las lágrimas, pero mi postura se volvió a endurecer.

Comprender el trauma de Arthur no borraba sus consecuencias. El dolor explica las acciones de un hombre, pero no

las justifica.

Si abría la puerta, si cedía al amor que, a mi pesar, aún latía en mis venas, ¿quién me garantizaría que el monstruo no volvería? ¿Quién me garantizaría que, ante la primera fiebre de nuestro bebé, él no volvería a entrar en pánico, abandonándonos en la oscuridad?

El miedo era mayor que la nostalgia. El pavor a que me hicieran daño de nuevo y, lo que es peor, a permitir que le hicieran daño a mi hijo, era una armadura demasiado pesada como para despojármela por culpa de una carta.

Doblé el papel con cuidado y lo metí en el fondo del bolsillo de mi abrigo.

—Lo siento mucho, Arthur —murmuré a la niebla vacía—. Pero tu arrepentimiento no basta para arreglar lo que has roto.

Me sequé la cara, levanté la barbilla y entré en la posada. La guerra interna continuaba, pero mi decisión estaba tomada. No cedería.

El día se hizo eterno.

Arthur apareció unas horas más tarde, retomando el trabajo con la madera en el fondo del patio. No miró hacia el porche, ni buscó mi rostro a través de la ventana. Cumplió su promesa de ser solo un fantasma trabajador y silencioso, a la espera de una sentencia que yo había decidido no pronunciar.

Eran casi las cuatro de la tarde. El cielo del Vale das Flores lucía un tono azul celeste impecable, con el sol de otoño iluminando el polvo que bailaba en el aire.

Estaba en recepción, revisando las hojas de cálculo junto a Doña Lourdes, cuando el ruido de unos neumáticos se acercó a la posada.

No era el gigantesco y ruidoso todoterreno de Arthur. Era el sonido del motor de un turismo, deslizándose suavemente sobre la tierra apisonada.

Alcé la vista y miré a través del cristal.

Un coche ejecutivo plateado, con cristales tintados, se detuvo junto a la puerta principal de madera.

La puerta del conductor se abrió y un hombre rubio, vestido con un jersey oscuro y pantalones de sarga, bajó del vehículo. Mi cuerpo se quedó paralizado. Reconocí al tipo al instante, aunque solo lo había visto de pasada unas cuantas veces en la mansión.

Ricardo. El socio, amigo y voz de la conciencia que Arthur solía ignorar.

¿Qué hacía él allí? ¿Había venido a llevarse a Arthur a la fuerza?

Mi corazón se aceleró y un frío extraño se apoderó de mis manos. Caminé a pasos cortos hacia la puerta de recepción, la abrí ligeramente y me detuve en el porche delantero. Doña Lourdes se quedó detrás de mí, en estado de alerta.

Ricardo no me miró de inmediato. Rodeó el coche y abrió la puerta trasera.

Se agachó y extendió la mano.

El tiempo se detuvo. El eje de la Tierra dejó de girar. Pareció como si todo el aire del planeta hubiera sido aspirado hacia un vacío absoluto.

Una manita, pálida y temblorosa, se aferró a los dedos de Ricardo. Entonces, un par de zapatillas infantiles tocaron el suelo de grava.

Léo.

Mi niño. El pequeño príncipe al que había dejado durmiendo en medio de la oscuridad, con la carita manchada de tizas de colores y el osito marrón abrazado contra el pecho.

Salió del coche. Llevaba unos pantalones de chándal azul marino y una chaqueta gruesa, con sus rizos oscuros meciéndose

con el viento de la sierra. El osito de peluche manchado colgaba de su brazo izquierdo, agarrado con una fuerza desesperada.

Sin embargo, Léo estaba diferente. La palidez de su rostro me partió el pecho. Parecía más pequeño, más frágil. La nube de apatía y retroceso que Sônia había descrito la noche de mi huida se veía a kilómetros de distancia.

Mis ojos se llenaron de lágrimas con tanta intensidad que mi visión se nubló.

Apreté el borde de la puerta de madera con tanta fuerza que me dolieron los dedos. No podía respirar, ni emitir ningún sonido.

Ricardo le soltó la mano con suavidad y señaló hacia el balcón.

Léo giró su cabecita. Sus grandes ojos castaños, antes apagados y vacíos, recorrieron los escalones, la puerta de madera y, finalmente, se fijaron en mi rostro.

La expresión del niño cambió como si un rayo le hubiera atravesado el alma.

El osito de peluche se le resbaló de los dedos y cayó sobre la grava, pero Léo no miró hacia abajo. Sus ojos se abrieron como platos. Su pechito se elevó con una inhalación audible.

—¡Nana!

El grito desgarrador, agudo y desesperado se le escapó de la garganta con la fuerza de un milagro.

No hubo vacilación. Léo dio el primer paso vacilante y, al instante siguiente, ya estaba corriendo. Con los bracitos estirados hacia delante, las piernecitas luchando contra la grava, las lágrimas brotando de sus ojos infantiles como una presa rota.

Todo el miedo, toda la pena, todo el orgullo y el muro protector que yo había levantado se derrumbaron en una explosión cósmica.

—¡Léo!

Mi voz salió en un fuerte sollozo. Abandoné la puerta. No me importó mi enorme barriga, ni el dolor de espalda, ni el choque de mi piel contra el aire frío.

Bajé los tres escalones del porche y caí de rodillas sobre el suelo de tierra, justo a tiempo para recibirlo.

El impacto de su pequeño cuerpo contra mi pecho me hizo retroceder ligeramente. Léo envolvió sus delgados y temblorosos bracitos alrededor de mi cuello con una fuerza colosal. Escondió la cara en el pliegue de mi hombro, el olor infantil a champú de lavanda y lágrimas calientes invadió mis fosas nasales, y estalló en un llanto convulsivo.

Lo rodeé con mis brazos. Lo abracé con una posesividad feroz, apretando su cuerpecito contra mí, hundiendo mi rostro en sus rizos oscuros y sollozando tan fuerte como él.

—Mi amor, mi amor, mi niño... —repetía, con las palabras enredándose entre los sollozos—. Perdóname. Nana está aquí. Yo estoy aquí, mi príncipe.

Él no hablaba, solo lloraba. Su diminuto cuerpo temblaba por completo, sacudido por los espasmos de un abandono tortuoso. Sus pequeñas uñas se clavaban en la tela de mi abrigo, como si temiera que me evaporara en la niebla si me soltaba aunque fuera por un solo segundo.

El agujero negro y helado que había llevado en lo más profundo de mi alma desde la noche de mi partida... se cerró. Mi niño había vuelto a mis brazos.

Ricardo observaba la escena apoyado en la puerta del coche. El implacable socio lloraba en silencio, secándose las lágrimas con el dorso de las manos. Doña Lourdes, en el balcón, también se cubría el rostro con el delantal, sollozando en voz baja.

—Nana... —balbuceó Léo contra mi piel, con la vocecita ahogada por el llanto—. Quédate aquí.

—No volveré a irme a ningún sitio, Léo. Nunca más. Estamos juntos. —Aparté su carita lo justo para besarle la frente húmeda, con los ojitos enrojecidos y las mejillas pálidas, besando cada centímetro de dolor para sacárselo de encima.

Entonces, el ruido de herramientas cayendo al suelo resonó desde el fondo de la finca.

Giré la cabeza, con Léo todavía abrazado a mi cuello.

Arthur estaba allí.

Había rodeado la casa al oír el grito de Léo. El hacha yacía tirada en el suelo a unos metros de él.

Arthur estaba petrificado en el límite del jardín, a pocos pasos del porche. Su pecho jadeaba violentamente. No llevaba camisa, y el sudor mezclado con las lágrimas que le inundaban el rostro le daba el aspecto de un mártir crucificado.

Sus ojos castaños se desplazaron de mi rostro a las manos de su propio hijo, aferradas a mi cuello, y a mi vientre, apretujado entre nosotros.

No dio ni un paso más. No traspasó el límite que yo le había impuesto.

Arthur cayó de rodillas al suelo, se llevó las manos sucias al rostro y lloró. Un llanto de gratitud, de ruina y de reverencia absoluta. Estaba viendo cómo la familia que había destruido se levantaba ante él, y sabía que no tenía derecho a formar parte de aquel abrazo.

Lo miré.

La ira que hasta ayer me quemaba las venas se había evaporado. El miedo a que me hicieran daño de nuevo perdió fuerza ante el milagro que sostenía entre mis brazos.

Acerqué a Léo más a mí, el niño volvió a apoyar la cara en mi pecho y dejé que las lágrimas mojaran la tierra del Vale das Flores. El muro de hielo se había derrumbado definitivamente. La curación aún llevaría mucho tiempo, pero, por primera vez, al mirar al hombre arrodillado y humillado en el suelo del patio, supe que la tormenta había pasado.



ARTHUR

Albuquerque

Capítulo 26

La noche cayó sobre el Vale das Flores con la densidad de una cortina de terciopelo oscuro. El aire era gélido, pero yo no sentía frío. Todo mi cuerpo aún vibraba, entumecido y en estado de shock por la escena que se había desarrollado horas antes en el jardín de la posada.

Léo estaba con ella.

Había pasado las últimas horas sentado en un tocón de madera cerca del cobertizo de las herramientas, con la cabeza apoyada en mis manos sucias y callosas, mirando la luz amarilla que se escapaba por las rendijas de la ventana de la cabaña de Ana. Mi hijo estaba allí dentro. Protegido y querido. A salvo de la oscuridad que yo le había impuesto.

Ricardo se había acercado a mí antes de marcharse. Solo me tocó el hombro, asintió con la cabeza y murmuró un «*no lo estropees todo otra vez*» antes de subir al coche y volver a São Paulo.

No iba a estropearlo. Preferiría arrancarme el corazón con mis propias manos antes que causarle ni un segundo más de dolor a esa mujer.

El sonido de la puerta de madera de la cabaña al abrirse rompió el silencio de la madrugada.

Levanté la cabeza. La luz proyectaba su silueta en el porche. Ana estaba envuelta en un chal grueso, con los brazos cruzados sobre su abultado vientre, mirando hacia la oscuridad del patio. Sabía que yo estaba allí.

—Arthur.

El sonido de mi nombre saliendo de sus labios, sin el tono de furia letal de la tarde anterior, hizo que mi corazón se disparara como un martillo neumático. Me levanté tan rápido que me crujieron las rodillas. Caminé con pasos vacilantes, deteniéndome en el borde del porche. No subí los escalones. La promesa seguía en pie.

—Estoy aquí. —Mi voz sonó ronca, rasgada por el polvo y el llanto.

Ella bajó el primer escalón. La luz de la farola iluminaba su rostro, que reflejaba un profundo agotamiento, pero también una determinación férrea.

—Léo se ha dormido —comenzó a decir, en voz baja para no romper el silencio—. Se ha comido dos platos de sopa, se ha dado un baño caliente y se ha quedado dormido abrazado a mi cuello. Estaba agotado.

Cerré los ojos, abrumado por la gratitud.

—Gracias. Dios mío, Ana, gracias.

—No me des las gracias. Es mi niño. Lo haría mil veces. —
Respiró hondo, enderezando la espalda—. Pero tenemos que hablar.
Sobre nosotros. Sobre las reglas.

Abrí los ojos y asentí varias veces.

—Lo que tú quieras. Lo que sea. Dime las condiciones y las
acepto sin dudarlo.

Bajó el resto de los escalones y se detuvo a un metro de mí,
sobre la grava húmeda. El aroma a lavanda y vainilla que emanaba
de su piel invadió mis pulmones, y tuve que clavarme las uñas en las
palmas magulladas de mis manos para no acercarme y atraerla hacia
mí.

—He leído tu carta —dijo ella.

Se me cortó la respiración. Contuve el aliento, esperando la
sentencia.

—El dolor explica tu cobardía, Arthur. Y he entendido el
pánico que te cegó. Pero entenderlo no significa borrarlo. Lo que
hiciste me partió por la mitad. Me dejaste pasar hambre, miedo y
frío. Tuve que aprender a ser madre en solitario a la fuerza, y no voy
a tirar por la borda mi independencia porque tú hayas decidido
aparecer con las manos ensangrentadas y una disculpa.

—Lo sé. Nunca te pediría eso.

—Escucha mis reglas. —Levantó la mano, deteniéndome—. Lo
vamos a intentar. Por Léo y por este bebé. Pero no vas a dormir en
mi cama. No vas a mandarme. No vas a intentar comprar la posada,
ni a entrometerte en mi trabajo con Doña Lourdes. Vamos a convivir
como padres. Tú tendrás tu espacio, yo tendré el mío. Y si, en
cualquier momento, das la más mínima señal de que vas a huir o a
volver a perder los estribos, la puerta de la calle es la salida de la
casa, y no volveré a dejar que me mires a la cara. ¿He sido clara?

La miré a la cara. Su nariz respingona estaba enrojecida por
el frío, los ojos brillaban como dos luces de emergencia y su enorme

barriga separaba nuestros cuerpos. Era la criatura más magnífica, feroz y absoluta que el universo hubiera creado jamás.

—Más que clara —susurré, con la voz embargada por una devoción que ya no podía contener. —Dormiré en la alfombra. Dormiré a la intemperie. Me construiré una cabaña al otro lado de la calle si es necesario. Ana, solo quiero el privilegio de mirarte. De cuidar de ti y de nuestros hijos. El resto... el resto lo conseguiré con el tiempo. O aceptaré vivir sin ello.

Su mirada vaciló durante una fracción de segundo. La firmeza de la leona se tambaleó ante la rendición incondicional del hombre al que un día amó.

Los ojos de Ana bajaron hacia mis manos, junto a mi cuerpo. Los vendajes improvisados estaban sucios, manchados de sangre seca y tierra.

Suspiró, con un sonido de derrota y cansancio.

Lentamente, dio un paso adelante. Redujo la distancia entre nosotros a unos meros centímetros. El calor de su cuerpo irradiaba contra el frío del amanecer. Ana levantó las manos y, con una delicadeza que me hizo flaquear las rodillas, me sujetó las muñecas.

—Eres un idiota destructivo —murmuró, acariciando con los pulgares los nudillos de mis dedos callosos.

El contacto de su suave piel contra mi piel áspera fue como una descarga de mil voltios. Un violento escalofrío me recorrió el brazo y llegó hasta la nuca.

—Soy tu idiota —repliqué, con la respiración entrecortada, los ojos clavados en sus labios.

—Sabes que estás asqueroso, ¿verdad?

—Lo sé. No te voy a tocar.

La promesa quedó en nada, porque en el mismo instante en que las palabras salieron de mi boca, las manos de Ana subieron por

mis brazos, se deslizaron por mis hombros y se detuvieron en mi pecho. Entonces, en un movimiento guiado por completo por ella, me cogió las manos sucias y las tiró hacia abajo, colocándolas con firmeza a ambos lados de su enorme vientre.

—Mi corazón dejó de latir.

La suave tela del vestido separaba mi piel de la suya. Su vientre estaba duro, caliente y lleno de vida.

Cerré los ojos y volví a romper a llorar, pero esta vez no eran lágrimas de dolor. Era pura, deslumbrante y absoluta reverencia.

—Entonces... una patada.

Una sacudida fuerte, vibrante y perfecta empujó la palma de mi mano derecha.

Jadeé, abriendo los ojos sobresaltada, con las lágrimas resbalando libremente por mi rostro. Miré su vientre y luego a los ojos castaños que me observaban con intensidad.

—Él... él me ha dado una patada.

—Es un niño —Ana sonrió, una sonrisa temblorosa, con los ojos también llenos de lágrimas—. Es muy inquieto y da patadas muy fuertes.

—Un niño.

Me arrodillé sobre la grava mojada del porche.

No me importó la tierra, la suciedad ni las normas recién establecidas. Incliné la cara y apoyé la mejilla contra la tela de su vestido, justo encima de donde nuestro hijo había dado una patada. La abracé por las caderas con ambas manos, escondiendo la cara en la curva de aquel vientre sagrado, sollozando de gratitud.

—Perdóname... perdóname, hijo mío. Papá está aquí. Papá nunca más se alejará de vosotros.

Los delicados dedos de Ana se hundieron en mi cabello sucio. Me acarició la nuca, en un gesto de consuelo y perdón que derribó la

última barrera de resentimiento que aún existía entre nosotros.

Me levanté despacio, guiado por su tacto.

Cuando nuestros rostros volvieron a estar a la misma altura, la tensión emocional y romántica que había sido aplastada hacía seis meses resurgió con la fuerza de una explosión nuclear. El aire entre nosotros se volvió denso, cargado de una urgencia desesperada.

Su mirada descendió hacia mi boca. La mía se fijó en la suya.

Ya no había reglas. Ya no había lugar para el miedo.

Llevé mi mano temblorosa hasta su rostro, recorriendo con el pulgar la línea de su mandíbula, deslizándola por la mejilla mojada por las lágrimas. Ella apoyó su rostro en mi palma, cerrando los ojos y dejando escapar un gemido bajo y prolongado que me hizo perder la cordura.

Me incliné hacia delante y pegué mis labios a los suyos.

El contacto fue una colisión de estrellas. No fue un beso suave ni vacilante; fue el hambre de seis meses de ayuno absoluto. Su boca se abrió bajo la mía, cálida y receptiva, y el sabor a manzanilla y vainilla invadió mi paladar. Sus manos se aferraron a los cuellos de mi camisa sucia, tirando de mí con una fuerza posesiva que no esperaba.

Mi brazo rodeó su cintura, atrayéndola con cuidado contra mi cuerpo, asegurándome de no apretarle el vientre. Su lengua se encontró con la mía en una danza salvaje, desesperada y profunda, saboreando el sabor de nuestras lágrimas mezcladas.

Aleje la boca lo justo para respirar, apoyando mi frente contra la suya, con nuestros pechos jadeando al unísono.

—Ana... —jadeé, con la voz reducida a un hilo de aire.

—Entra —susurró contra mis labios.

La seguí al interior de la cabaña, cerrando con llave la puerta de madera tras de mí. La habitación estaba calentita, iluminada

únicamente por la luz dorada de una lámpara de mesita de noche. La cuna de madera colocada en un rincón de la habitación confirmaba que aquel lugar ya era un hogar sagrado.

Miré mi ropa sucia y cubierta de polvo y dudé.

—Te voy a ensuciar...

Ella no respondió con palabras. Ana se quitó el chal de los hombros y lo dejó caer sobre el sillón. A continuación, sus ágiles dedos bajaron por mi espalda, bajando la cremallera del vestido largo. La tela de algodón se deslizó por mis hombros, pasando por mi vientre redondeado y cayendo en un montón a sus pies.

Me quedé sin aliento.

Solo llevaba unas braguitas y un sujetador de encaje blanco. Su cuerpo había cambiado de forma espectacular. Los pechos estaban turgentes, las caderas más anchas, pero fue su vientre majestuoso y redondeado, ese globo perfecto que albergaba la vida de mi hijo, lo que me hipnotizó.

Era la visión más sagrada y hermosa que había contemplado en toda mi vida.

Me acerqué a ella en un trance absoluto. Me quité el abrigo sucio y la camisa, y los tiré lejos.

Me arrodillé de nuevo ante ella, pero esta vez sobre el suelo limpio de madera de la cabaña. Apoyé ambas manos en sus caderas anchas y suaves, acercándola a mí hasta que mi rostro quedó a la altura de su vientre.

Dejé un rastro de besos lentos y húmedos por la curva inferior de su vientre. El calor de su piel bajo mis labios me embriagaba. Cada beso era una disculpa, una plegaria y un juramento de amor eterno.

—Mi diosa... mi vida... —murmuré contra su piel tensa, subiendo con los besos hasta llegar al ombligo.

Sus dedos se enredaron en mi pelo, tirando ligeramente de los mechones mientras ella dejaba escapar un gemido ronco y prolongado.

Me levanté, uniendo nuestros cuerpos. Las manos de Ana se deslizaron por mis hombros desnudos, recorriendo mi pecho hasta llegar a la hebilla de mi cinturón. La abrió con una urgencia febril.

La ayudé a quitarnos el resto de la ropa, tropezando hasta llegar a la cama.

La tumbé sobre las sábanas blancas con la reverencia de quien coloca una reliquia en el altar. El peso extra del embarazo limitaba sus movimientos, y yo me adapté instintivamente, tumbándome de lado y atrayéndola hacia mí, encajando nuestros cuerpos de tal forma que su barriga no se viera presionada, pero que cada centímetro de nuestra piel estuviera en contacto.

Le acaricié los pechos pesados y sensibles, mientras mi boca devoraba su cuello y la curva de su hombro, arrancándole pequeños suspiros temblorosos.

—Arthur... por favor —jadeaba ella, con la pierna entrelazada en mi cadera, atrayéndome más cerca de su intimidad palpitante.

Me coloqué entre sus piernas, sosteniendo el peso de mi propio cuerpo con los antebrazos para no tocarla más de lo necesario. La mirada que intercambiamos en la penumbra de la habitación estaba cargada de una intensidad aterradora. Su alma estaba completamente desnuda ante mí.

Penetré en ella lentamente.

El calor húmedo y apretado que me envolvió fue tan abrumador que tuve que cerrar los ojos y apretar la mandíbula para no llegar al límite allí mismo. El contacto nos completó. La pieza del rompecabezas que había arrancado a la fuerza de mi pecho siete meses antes me había sido devuelta.

Ana arqueó la espalda, dejando escapar un gemido largo y maravilloso, arañándose la espalda en una invitación irresistible.

Empecé a moverme. El ritmo era lento, reverente y profundo. Cada embestida iba acompañada de una mirada fija, de un beso robado, de un susurro de amor que intentaba compensar cada día perdido de silencio.

La fricción de piel contra piel generó un calor que incendió la cabaña. Su respiración jadeante golpeaba mi cuello; el olor a sudor mezclado con vainilla era una droga poderosa para mi cerebro.

—Eres mía —le susurré al oído, acelerando ligeramente el ritmo a medida que la urgencia se apoderaba de mi cuerpo—. Mi mujer. La madre de mis hijos. Todo lo que tengo en el mundo.

—Soy tuya. —Su voz se quebró, con la cabeza echada hacia atrás, hundida en las almohadas, el cuello al descubierto mientras el placer empezaba a dominar sus sentidos—. Toda tuya.

La intensidad aumentó. La cama de madera crujía suavemente bajo nosotros. El sonido de nuestros cuerpos chocando de forma húmeda y rítmica llenaba la habitación. La tocaba por todas partes, venerando sus pechos con la boca, masajeándole las caderas, asegurándome de que su placer fuera el único centro de mi universo.

La conexión era trascendental. El cuerpo físico no era nada comparado con la unión de nuestras almas destrozadas que se fundían para formar algo indestructible.

Sentí cómo sus paredes internas se contraían con fuerza a mi alrededor. Ana soltó un grito ahogado, clavándose las uñas en los hombros y arqueando el cuerpo en un espasmo violento de éxtasis. Su orgasmo me golpeó como un maremoto.

Mi propio control se derrumbó al instante. Me hundí en ella tan profundamente como pude y dejé que mi cuerpo descargara todo el alivio, todo el amor y todo el deseo reprimido, en un chorro caliente que nos unió para siempre.

Caí a su lado, con el pecho subiendo y bajando frenéticamente, atrayéndola hacia mi abrazo.

Ella acurrucó la cabeza en mi pecho, con la respiración calmándose y una de sus manos acariciando mi pecho desnudo, donde mi corazón latía a un ritmo frenético.

El bebé se movió de nuevo entre nosotros, una patada perezosa que rozó mi abdomen, pegado a su barriga.

Tiré de la manta gruesa para taparnos, rodeé con mis brazos a la mujer que me había salvado la vida y cerré los ojos.

Las reglas de convivencia para el día siguiente seguían vigentes. El perdón absoluto llevaría tiempo y el duelo por los dolores del pasado no se borraría en una sola noche de amor.

Pero mientras el calor del cuerpo de Ana y de mi hijo llenaba el frío de la madrugada, y el pequeño Léo dormía a salvo, el monstruo por fin descansó en paz. Arthur Albuquerque, el hombre, el padre y el amante, había vuelto a la vida. Esta vez, nunca más dejaría que la luz se apagara.



ANA
Souza

Capítulo 27

El otoño en el Vale das Flores poseía una belleza melancólica y punzante. Las hojas secas de los plátanos cubrían el suelo de tierra de la Pousada Recanto da Serra con una alfombra en tonos cobrizos y óxido, crujendo bajo las botas de quien se atreviera a pasear por el jardín al atardecer.

Estaba sentada en el borde de mi cama, en la cabaña, doblando diminutos peleles de felpa verde agua y guardándolos en el cajón superior de la cómoda de madera.

Treinta y cinco semanas.

Un nuevo mes de embarazo. Mi cuerpo se había convertido en un santuario pesado y dolorido. Mi zona lumbar gritaba de dolor a cada paso, tenía los pies constantemente hinchados y respirar hondo se había convertido en un lujo que mis pulmones, oprimidos por mi

hijo, ya no podían permitirse. Sin embargo, cada molestia la recibía con una sonrisa agotada. Mi niño estaba creciendo, fuerte y vigoroso, dándome patadas en las costillas como si estuviera probando las paredes de su propia habitación.

Afuera, la luz del sol empezaba a desaparecer tras la sierra, tiñendo el cielo de nubes pesadas y violáceas. El viento aullaba, presagiando una tormenta gélida para aquella noche.

Léo estaba en la casa principal con Doña Lourdes, ayudando a la anciana a hornear galletas de polvilho en el horno de leña. El sonido de la risa de mi niño, que había vuelto poco a poco —al principio tímida, pero que se había vuelto estruendosa y llena de vida—, resonaba a través de la ventana entreabierta, calentándome el pecho de una forma indescriptible.

Arthur estaba fuera.

En las últimas semanas, nuestra convivencia se había convertido en un vals cauteloso, como si camináramos sobre huevos en un suelo de cristal. Él cumplía cada promesa. No me presionaba, no invadía mi espacio y me trataba con una reverencia que rayaba en la devoción. Había alquilado una casa en la ciudad, pero se pasaba los días en la posada, arreglando tejados, jugando con Léo en el césped y asegurándose de que yo no cargara ni siquiera un vaso de agua que se considerara «pesado».

Las noches que pasábamos juntos en mi cabaña eran escasas, intensas y silenciosas. Había amor, un amor colosal e innegable que nos unía, pero la sombra de lo que él había hecho aún necesitaba tiempo para disiparse por completo.

Suspiré, alisando la tela de un gorrito de lana amarillo.

Sentí una extraña presión en la base de la pelvis. No era la patada habitual. Era un peso denso, profundo, como si el bebé se hubiera encajado bruscamente contra mis huesos.

Cerré el cajón de la cómoda y apoyé ambas manos en la madera, esperando a que la sensación desapareciera.

«Solo es el peso», me dije a mí misma. «Nueve meses. Es normal».

Di un paso alejándome de la cómoda, con la intención de ir a la cocina a prepararme un té, cuando todo mi cuerpo se paralizó.

Un pinchazo agudo, eléctrico y brutal me desgarró la parte baja del abdomen. El dolor fue tan intenso, tan absolutamente inesperado, que el aire se escapó de mis pulmones con un silbido doloroso. Me incliné hacia delante instintivamente, agarrándome al borde de la cama para no caer de rodillas sobre el suelo de madera.

—Ay... —gemí, entrecerrando los ojos.

No era una contracción de entrenamiento. No era un cólico leve. Era un dolor crudo y lacerante que se extendía desde mi espalda hasta la ingle.

Intenté enderezarme, jadeando, con el corazón empezando a latir a un ritmo acelerado de alerta.

Entonces, ocurrió.

El sonido no fue audible para el mundo exterior, pero dentro de mi cuerpo sonó como el chasquido de una goma elástica gruesa al romperse.

En la milésima de segundo siguiente, un torrente de líquido caliente e incontrolable brotó entre mis piernas. El agua empapó mis bragas, bajó por mis muslos, empapó el dobladillo de mi vestido de algodón gris y formó un charco oscuro y humeante en el suelo de tablones de la cabaña.

Abrí mucho los ojos, mirando al suelo.

El terror, puro y helado, me heló la sangre.

No podía ser. Era demasiado pronto. Faltaban semanas. Sus pulmones aún se estaban desarrollando, no pesaba lo suficiente, no estaba preparado para el mundo. El pavor a la prematuridad me aplastó el pecho como un yunque de plomo.

—No, no, no... —Mi voz salió estrangulada, y mis manos se lanzaron a sujetarme el vientre—. Quédate ahí, amor mío. Todavía no. Por favor, todavía no.

Otra contracción me sacudió.

Esta vez fue peor que la primera. Las paredes de mi útero se contrajeron con una violencia sádica, apretando a mi hijo y doblándome el cuerpo por la mitad. El grito que se me escapó de la garganta fue animal, desgarrado por el dolor físico y la desesperación maternal.

La puerta principal de la cabaña se abrió con tal sacudida que el pomo golpeó contra la pared.

Arthur entró. Llevaba una cesta de mimbre llena de leña cortada, con el rostro sonrojado por el viento frío y vestido con un jersey oscuro de lana.

—Ana, he traído más leña para la...

Se detuvo en medio del salón.

La escena que tenía ante sí lo dejó petrificado. Yo estaba encorvada sobre la cama, con el rostro contorsionado por el dolor, las dos manos agarrando con fuerza las sábanas, jadeando como si me estuviera ahogando. Y, bajo mis pies descalzos, el enorme charco de líquido brillaba sobre el suelo de madera.

La cesta de mimbre se le resbaló de las manos a Arthur. La leña cayó al suelo con un ruido sordo, esparciendo los troncos por la alfombra.

Alcé la vista y me encontré con el rostro del hombre al que amaba.

Lo que vi me provocó casi tanto pánico como el dolor del parto prematuro.

El color de la piel de Arthur desapareció en un segundo, dejándolo con un tono cadavérico como el yeso. Sus ojos castaños

se abrieron al máximo, con las pupilas tan dilatadas que parecían tragarse el iris. Se quedó paralizado, con la mandíbula desencajada, pero no salió ningún sonido.

Se había apretado el gatillo. El monstruo había despertado de su sueño inducido.

—Arthur... —jadeé, extendiendo una mano hacia él—. He roto aguas... Es demasiado pronto. Ayúdame.

Pero él no me oía.

En la mente trastornada de Arthur Albuquerque, la modesta cabaña de madera del Vale das Flores había dejado de existir. La luz amarilla de la lámpara de noche había sido sustituida por el resplandor quirúrgico y deslumbrante de las lámparas fluorescentes de un hospital de São Paulo, tres años atrás.

El líquido transparente que había en el suelo no era líquido amniótico. En su visión distorsionada y enloquecida, era la sangre de Amanda.

El aroma del otoño y de la leña desapareció, dando paso al olor asfixiante del éter, el desinfectante y la muerte.

El sonido del monitor cardíaco de su primera esposa, que se estaba muriendo, comenzó a zumbir en sus oídos con una claridad aterradora.

Retrocedió un paso. Su ancha espalda chocó contra la puerta cerrada. Empezó a sacudir la cabeza frenéticamente de un lado a otro, con las manos palpando la madera a sus espaldas en busca de una vía de escape.

—No... —Su voz salió como un silbido entrecortado—. No. Sangre, no. Otra vez no. Amanda...

Se me paró el corazón. Había pronunciado su nombre.

Estaba en medio de un *flashback* psicótico, un ataque de pánico tan agudo y total que se había desconectado por completo de

la realidad. Estaba perdiendo a su mujer en la sala de partos. Otra vez...

—¡Arthur! —grité, ignorando el dolor punzante de la tercera contracción que empezaba a recorrerme la espalda—. ¡Mírame!

Se llevó ambas manos a la cabeza, agarrándose el pelo oscuro y tirando de los mechones con fuerza, mientras todo su cuerpo se sacudía con un temblor violento, casi convulsivo. Su pecho subía y bajaba espasmódicamente. Estaba hiperventilando, el aire no le llegaba a los pulmones.

—La máquina se ha parado. —Jadeaba, con la mirada clavada en el vacío, viendo fantasmas contra los que yo no podía luchar—. Está sangrando. ¡Haga que pare, doctor! ¡Haga que pare! ¡Le daré todo mi dinero, no dejen que muera!

La desesperación absoluta en su voz me destrozó.

Esa era la pesadilla que le atormentaba. Ese era el infierno que llevaba en el pecho y que le había llevado a intentar echarme. La muerte acechaba en la sala, invisible para mí, pero real y palpable para él.

Sin embargo, no podía permitirme el lujo de consolarlo con calma. Mi hijo estaba naciendo prematuro. Si no llegaba a tiempo al hospital de la ciudad vecina, el bebé podría no sobrevivir. Y la única persona que tenía las llaves del coche y la capacidad de llevarme hasta allí estaba sufriendo un colapso catatónico delante de mí.

La leona que hay en mí tomó el mando. No había lugar para el dolor, ni para la compasión tierna.

Me agarré al borde del mueble, obligué a mis piernas temblorosas a soportar mi peso y caminé hacia él. El líquido me resbalaba por las piernas, y cada paso era como una aguja caliente clavada en mi suelo pélvico.

Llegué hasta Arthur y le propiné una bofetada fuerte y sonora en la cara.

El sonido de la bofetada cortó el aire como un látigo.

Su cabeza se ladeó hacia un lado con el impacto. El choque físico hizo que su respiración agitada se entrecortara durante una milésima de segundo.

Le agarré las solapas del jersey con ambas manos, empleando toda la fuerza que la adrenalina me proporcionaba, y le tiré de la cara hacia abajo, obligándole a mirarme a los ojos.

—¡Arthur Albuquerque, préstame atención! —Mi voz no era una petición. Era una orden militar, áspera, feroz e inquebrantable.

Parpadeó, con los ojos aún nublados por el terror. Tenía el rostro empapado de sudor frío y lágrimas.

—Se está muriendo... —sollozó, temblando bajo mi agarre.

—¡Amanda está muerta! —Le grité la cruda verdad a la cara, sin anestesia, sin piedad, rompiendo a la fuerza su ilusión psicótica—. ¡Murió hace tres años y tú has sobrevivido! ¡Yo no soy Amanda! ¡Mírame a los ojos, Arthur! ¡Mírame! ¡Soy Ana!

Sus ojos finalmente se fijaron en mis iris. La confusión empezó a luchar contra el delirio.

—Estoy viva. Aquí no hay sangre. —Le agarré la ropa, sacudiéndole ligeramente el cuerpo—. No voy a morir. ¿Me has oído? No me voy a ir a ningún sitio. Pero si no sales de esa tu cabeza ahora mismo, nuestro hijo nacerá en el suelo de esta cabaña sin aire, porque es prematuro.

La palabra «*hijo*» pareció ser el antídoto.

Las pupilas dilatadas de Arthur comenzaron a contraerse. Su pecho emitió un largo silbido, aspirando oxígeno de verdad hacia los pulmones por primera vez en varios minutos. El color volvió ligeramente a su rostro, aunque la palidez aterradora persistía.

—Ana... —Susurró mi nombre, mientras la lucidez se imponía por fin a la desesperación.

Otra contracción me sacudió, esta vez con tal violencia que me hizo doblar las rodillas. Aflojé el agarre sobre su ropa y solté un grito ahogado, mientras mi cabeza caía sobre su amplio pecho.

En el instante en que mi peso cedió, el hombre de hielo reaccionó.

El instinto protector se impuso al trauma. Arthur me sujetó por los brazos, impidiéndome caer. Sus manos, antes temblorosas de terror, estaban firmes, ancladas en la urgencia de salvarme.

—Estoy aquí. Estoy aquí, amor. —Su voz cambió. El llanto catatónico dio paso a una frialdad decidida y desesperada.

Se agachó y, con un movimiento ágil, pasó un brazo por detrás de mis rodillas y el otro por mi espalda, levantándose del suelo con la facilidad de quien lleva una pluma.

Mi pesado cuerpo quedó acurrucado contra su pecho. Hundí la cara en el hueco de su cuello, jadeando y sollozando con cada nueva oleada de dolor.

Arthur dio una patada a la puerta de la cabaña, abriéndola de par en par al viento gélido de la noche, y corrió conmigo en brazos por el camino de grava.

—¡Doña Lourdes! —Su grito resonó por toda la posada—. ¡Doña Lourdes!

La puerta de la cocina de la casa principal se abrió de inmediato. La anciana apareció en el porche, secándose las manos, pero se le fue todo el color de la cara en cuanto vio la escena. Léo asomó la cabeza por detrás de la falda de Doña Lourdes, con los ojos muy abiertos por el miedo al verme llorando en el regazo de su padre.

—¡Cuida de Léo! —gritó Arthur, sin dejar de correr hacia el aparcamiento—. Ana ha roto aguas. Quédate con él. Nosotros nos vamos a la Santa Casa de Misericordia.

—¡Que Dios te acompañe, hijo mío! ¡Yo me encargo de todo!
—dijo ella, despidiéndose con la mano mientras abrazaba al pequeño Léo para protegerlo de la escena.

Arthur llegó al todoterreno negro. Abrió la puerta del copiloto con una mano y me acomodó en el asiento de cuero con un cuidado meticuloso, como si estuviera hecha de cristal soplado. Se inclinó sobre mí y tiró del cinturón de seguridad, abrochándolo rápidamente.

—Respira, Ana. Respira conmigo. —Me sujetó la cara con ambas manos y me dio un beso desesperado en la frente, húmeda de sudor. Sus ojos seguían muy abiertos por el terror, con la sombra de la muerte aún acechando su mente, pero estaba luchando contra su propio monstruo. Estaba allí y no había huido.

Cerró la puerta de un portazo, dio la vuelta al coche y se sentó al volante.

El motor rugió con la furia de un león despierto. El todoterreno hizo chirriar los neumáticos sobre la tierra, surcando la carretera de acceso a la posada e incorporándose a la carretera estatal en dirección a la ciudad vecina, la única de la región que contaba con una maternidad equipada con una UCI neonatal.

El viaje fue como el escenario de una película de terror.

El cielo se desató en una tormenta feroz. La lluvia golpeaba el parabrisas con la violencia de pequeñas piedras, y los relámpagos rasgaban la oscuridad de la sierra. Arthur conducía como un piloto de carreras, con las manos clavadas en el volante, adelantando camiones en la carretera mojada con una precisión quirúrgica y homicida, con el pie clavado en el acelerador.

—Ya queda poco. Ya queda poco, aguanta. —Repetía, más para sí mismo que para mí. Su voz temblaba con cada trueno que retumbaba ahí fuera.

Una nueva contracción me desgarró.

Grité, golpeándome la cabeza contra el respaldo del asiento, apretando la manilla de la puerta con tanta fuerza que me crujieron las articulaciones.

Arthur extendió la mano derecha y me agarró la mano izquierda con desesperación. Su apretón era mi ancla.

Lo miré.

La pálida luz del salpicadero del coche iluminaba el rostro de mi marido. Lloraba en silencio, con la mandíbula apretada, los ojos clavados en la carretera, tragándose su propio trauma a cada grito de dolor que yo lanzaba. El sudor le resbalaba por la frente. Su corazón debía de estar a punto de estallar por el terror de estar reviviendo exactamente la misma escena de hacía tres años.

Sin embargo, no me soltó la mano.

Arthur no se hundió en el agujero negro, eligió quedarse en la luz, por mí y por nuestro hijo.

—Te quiero —logré balbucear entre los dientes entreabiertos mientras el dolor empezaba a remitir, dejándome sin aliento.

Se llevó el dorso de mi mano a los labios y lo besó con devoción.

—Esta vez te salvaré, mi amor. Lo juro por mi vida, os sacaré a ti y a nuestro niño de allí con vida.

El letrero luminoso y rojo de la Santa Casa de Misericórdia apareció en la curva de la carretera, brillando a través de la tormenta.

La prueba de fuego de nuestro amor no era la calma del interior, ni las promesas susurradas a la luz del sol. La verdadera prueba de que el monstruo de Arthur había muerto estaba allí, en aquella fría tormenta, en medio del agudo miedo a la pérdida. Él se enfrentaba de frente a su propio infierno y, mientras los neumáticos del coche chirriaban en la rampa de urgencias del hospital, supe

que, si salíamos con vida de aquella noche, nada en el universo sería capaz de destruirnos de nuevo.



ARTHUR

Albuquerque

Capítulo 28

Los neumáticos del todoterreno chirriaron contra el asfalto mojado, derrapando peligrosamente antes de que el coche se detuviera en la rampa de urgencias de la Santa Casa de Misericórdia.

La lluvia caía con una violencia bíblica, azotando el parabrisas, pero apenas me fijaba en la tormenta que había fuera. La única tormenta que importaba estaba ocurriendo en el asiento del copiloto.

Apagué el motor con una sacudida, me quité el cinturón de seguridad y di una patada a la puerta del coche. El frío de la noche en la sierra me golpeó la cara, pero yo estaba empapado de un sudor helado. Corrí hacia la parte delantera del vehículo, abrí la puerta de Ana y la atraje hacia mis brazos con la misma urgencia de un hombre que rescata su único tesoro de un edificio en llamas.

—¡Socorro! —Mi grito rasgó el estruendo de los truenos, resonando en la entrada de hormigón del hospital—. ¡Que venga alguien, por favor! ¡Mi mujer está de parto! ¡Es prematuro!

Las puertas automáticas de cristal se abrieron. Dos enfermeras corrieron hacia nosotros, empujando una camilla con ruedas que chirriaban estridentemente.

Tumbé a Ana sobre el fino acolchado de la camilla. Ella lanzó un grito agonizante, clavando los dedos en las barras laterales de metal, con todo el cuerpo tenso por la implacable contracción. Tenía el vestido empapado.

—¿Cuánto tiempo hace que ha roto aguas? —preguntó una de las enfermeras, con voz impersonal y apresurada, mientras empujábamos la camilla hacia dentro.

—¡Veinte minutos! ¡Quizá treinta, no lo sé! ¡Venimos del Vale das Flores, está de treinta y tres semanas! —Mi voz salía entrecortada, con el pánico amenazando con oprimirme la garganta.

En el instante en que cruzamos las puertas automáticas y nos envolvió el aire acondicionado del hospital, comenzó mi infierno personal.

La luz blanca, estéril y deslumbrante de los pasillos me quemó las retinas. El denso olor a alcohol, éter y desinfectante hospitalario invadió mis fosas nasales, bajándome como ácido por la tráquea.

Mi cerebro entró en cortocircuito.

El suelo de linóleo brillante, de repente, ya no era la Santa Casa de Misericórdia. Era el hospital de São Paulo, tres años atrás. Las paredes parecían estrecharse, aplastándome. El sonido de las ruedas de la camilla se convirtió en el ruido del ajetreo frenético de los médicos que intentaban salvar a Amanda.

Las piernas me fallaron. Mis pasos se fueron ralentizando hasta que me detuve por completo en medio del pasillo.

Vi cómo alejaban de mí la camilla de Ana, cómo las puertas dobles del centro obstétrico se abrían para tragársela.

«*Huye*», gritó en mi cabeza la voz de mi trauma, ensordecedora. «*Huye antes de que la sangre empiece a brotar. Huye antes de que el monitor emita un pitido...*»

El deseo de dar media vuelta, de correr de vuelta a la lluvia, de esconderme en el fondo de un abismo donde la muerte no pudiera obligarme a presenciar otra tragedia, era casi insoportable. Me temblaban los músculos. El sudor frío me resbalaba por las sienes. La imagen de Amanda muerta se superponía a la realidad, nublándome la vista.

—¿Señor?

Una voz femenina me sacó de mi trance. Parpadeé, jadeando, y miré hacia un lado. Una enfermera bajita sostenía un juego de ropa esterilizada: un delantal azul de tela no tejida, cubrezapatos y un gorro.

—¿Es usted el padre? —preguntó, tendiéndome el material—. La paciente le está llamando. Está muy asustada. Es un parto de riesgo. Tiene que cambiarse si quiere entrar en la sala.

Miré la tela azul que tenía en las manos. Era la misma tela. El mismo color. El mismo sudario que me puse el día en que murió mi primera esposa.

Se me cortó la respiración. La habitación empezó a dar vueltas. No podía levantar las manos.

No puedo. Soy un cobarde. Voy a verla morir.

Entonces, al otro lado de las puertas dobles, el sonido rasgó el aire estéril del pasillo.

—iArthur!

Fue un grito desgarrador, desesperado, cargado de dolor, pero no era un grito de despedida. Era un grito de llamada. Era la voz de

la leona a la que había dejado pasar hambre, a la que había abandonado, exigiéndome que cumpliera la promesa que le hice a ella y a mí mismo en el patio de aquella posada.

El rostro del pequeño Léo se me vino a la mente. El recuerdo de mi hijo llorando en la oscuridad, destrozado por mi ausencia.

Apreté los puños con tanta fuerza que las uñas me cortaron las palmas, ya magulladas por la leña. El dolor físico me devolvió a la realidad.

Apreté la mandíbula hasta que me crujieron los dientes. La rabia que sentía por mi propia cobardía finalmente superó mi pánico. El monstruo que intentaba paralizarme era una mentira. La muerte no era la dueña de mi destino, y me negaba a permitir que me robara a mi familia por segunda vez.

Agarré la ropa azul de las manos de la enfermera.

—¿Dónde me cambio? —Mi voz sonó letal, firme e inquebrantable.

Menos de un minuto después, empujé las puertas del centro obstétrico con los hombros.

La sala de partos era fría, caótica y ruidosa. El médico estaba al fondo de la sala, con los guantes ya puestos, dando órdenes breves y precisas al equipo. Los instrumentos quirúrgicos tintineaban sobre las bandejas de metal.

En medio de todo aquello, estaba ella.

Ana estaba tumbada en la cama de partos, con el rostro brillante de sudor y el pelo oscuro pegado a la frente y al cuello. Jadeaba de forma irregular, con los ojos cerrados con fuerza y todo el cuerpo tenso bajo la tortura de las contracciones prematuras.

Mi mirada se dirigió al instante hacia un rincón de la sala.

El monitor cardíaco.

El sonido verde y estridente golpeó mis tímpanos. Se me encogió el pecho y un temblor violento me recorrió la columna vertebral. Las ganas de vomitar fueron inmediatas. La sombra del trauma se alzó inmensa, lista para devorarme.

Pero no me detuve. Cada paso hacia aquella cama fue la mayor batalla que he librado en mi vida, una marcha sangrienta contra mi propia mente.

Me detuve junto a su cabecera.

Me incliné, ignorando a los médicos, las luces y el monitor. Rodeé el rostro de Ana con mis manos vendadas con gasa azul.

—Ana. Cariño. Mírame —susurré, con la voz más firme y grave que pude reunir.

Abrió los ojos. Estaban inyectados en sangre, nublados por la agonía, pero en el instante en que sus iris se encontraron con los míos, la tensión de su rostro cambió. El miedo dio paso al alivio.

Levantó la mano temblorosa y me agarró la muñeca.

Su apretón fue brutal. Las uñas se clavaron en mi piel a través de la tela del delantal, con una fuerza que no correspondía a alguien que se estaba muriendo, sino a alguien que luchaba ferozmente por la vida.

El tacto cálido, firme y desesperado de Ana destrozó el espejismo de Amanda que tenía en la cabeza.

La mano de Amanda había estado fría, resbalando flácida entre mis dedos. Pero Ana era una tormenta. Estaba allí, anclándome en el presente, ardiendo como el fuego y arrastrándome hacia la luz.

—Has venido... —jadeó, mientras una lágrima le resbalaba por el rabillo del ojo.

—Nunca más me alejaré de tu lado. Lo juré, ¿verdad? —Acercé mi rostro al suyo y le besé la frente empapada de sudor—.

Estoy aquí. Vamos a superar esto juntos. Tú y él estáis a salvo.

El médico carraspeó, interrumpiéndonos.

—Ana, no hay tiempo que perder. El bebé es prematuro y su frecuencia cardíaca está bajando con las contracciones. Tiene que salir ya. Necesito que empujes con todas tus fuerzas en la próxima contracción. ¿Lo entiendes?

El pánico se reflejó en sus ojos. La idea de que nuestro hijo estuviera sufriendo le dejó sin aliento.

—Va a morir, Arthur... —lloró ella, sacudiendo la cabeza, mientras la desesperación maternal se apoderaba de ella—. ¡Es demasiado pronto!

—¡No va a morir! —Mi grito sonó con absoluta autoridad. Le sujeté el rostro con firmeza, clavando mi mirada en la suya, transfiriendo toda mi fuerza y cordura recién recuperadas a su alma—. Tiene tu fuerza, Ana. Es el hijo de la mujer más valiente del mundo. Luchará y tú le ayudarás. ¿Me has oído? Me lo vas a traer.

Sus ojos castaños se clavaron en los míos. El terror retrocedió ante mi convicción. Inspiró profundamente, llenándose los pulmones de aire, y asintió con un movimiento seco de cabeza.

—Muy bien. Ya viene la contracción —advirtió el médico—. Prepárate... ¡ya! ¡Empuja!

Ana me apretó la mano con fuerza. Su fuerza me rompió las ampollas que se estaban curando, pero no me importó. El dolor físico era un regalo. Quería absorber su dolor.

El grito que se le escapó de la garganta resonó en los azulejos de la sala de partos. Era un sonido primitivo, de ruptura, de un límite humano que se superaba. Apoyé mi frente en su mejilla, respirando el mismo aire que ella, susurrando oraciones y palabras de ánimo, repitiendo su nombre como un mantra, ahogando el maldito sonido del monitor cardíaco con mi propia voz.

—¡Ánimo, amor mío! ¡Ánimo, tú puedes! Ya casi está aquí.

La sala se convirtió en una mancha borrosa de batas azules, sangre, la sangre de la vida, la sangre del nacimiento, no la sangre de la muerte, y la agonía del esfuerzo físico extremo.

Fueron cincuenta minutos que duraron veinte siglos. El tiempo dejó de medirse con relojes y pasó a contarse por los espasmos del cuerpo de Ana.

En la última contracción, arqueó la espalda, con los ojos entrecerrados con una fuerza brutal, y un grito largo, desgarrador y exhausto rasgó la sala.

Y entonces... el movimiento se detuvo.

Sus hombros se desplomaron de nuevo contra el colchón. El apretón de mis dedos se aflojó. Su pecho subía y bajaba frenéticamente.

El silencio de la sala parecía pesar una tonelada. El médico había dado un paso atrás.

Mi corazón dejó de latir. El aire se esfumó. Un terror helado me arañaba las costillas. El monitor emitía un pitido constante, pero ¿y mi hijo? ¿Por qué no se oía nada? El fantasma amenazó con aparecer de nuevo, riéndose de mi patética esperanza.

Fueron tres segundos de un abismo mudo. Tres segundos en los que el universo contuvo la respiración.

Y, de repente, el milagro.

Fue un sonido agudo, débil al principio, pero que rápidamente cobró fuerza hasta convertirse en un llanto estridente, vibrante y enfadado.

El sonido más espectacular, ensordecedor y divino que mis oídos habían captado jamás en toda mi miserable y bendita existencia.

El llanto de la vida.

El aire rompió la barrera de mis pulmones y un sollozo violento se escapó de mi garganta. Me desplomé sobre la cama, hundí la cara en el cuello de Ana, llorando sin ningún pudor, sin ninguna reserva, sintiendo cómo sus lágrimas calientes se mezclaban con las mías.

—Ha nacido. —El médico sonrió tras la mascarilla quirúrgica, levantando el pequeño cuerpo resbaladizo y un poco morado, pero que movía sus bracitos y piernecitas con indignación ante la luminosidad del mundo—. Un niño valiente.

—Mi hijo... —Ana jadeó, extendiendo las manos temblorosas, haciendo caso omiso del agotamiento.

El pediatra le despejó rápidamente las vías respiratorias al bebé y, con extremo cuidado, lo colocó sobre el pecho desnudo de Ana durante unos segundos cruciales.

Su llanto agudo se atenuó en el preciso instante en que su piel entró en contacto con el calor de su madre. Era tan pequeño. Minúsculo. Pero era perfecto. La cabeza cubierta por un vello muy ralo y oscuro, los puños cerrados cerca de su carita arrugada.

Me incliné sobre ellos. Mi mano temblorosa, la misma mano que había intentado alejar a aquella mujer meses atrás, en ese momento acariciaba la espalda diminuta y cálida de mi niño con la delicadeza de quien toca un cristal soplado de lo más fino.

—Hola... —murmuré, con la voz entrecortada, rompiéndose con cada sílaba—. Hola, hijito. Papá está aquí. Yo estoy aquí.

El pequeño recién nacido entreabrió uno de sus ojitos, un brillo oscuro y tempestuoso que era el reflejo idéntico de mi propia alma. Y en un gesto de puro reflejo, o tal vez de milagro, abrió su puñito izquierdo y uno de sus deditos fríos se aferró a la punta de mi dedo índice.

Su agarre fue débil, casi inexistente, pero para mí fue como el cierre de un candado irrompible alrededor de mi corazón.

El trauma murió. Allí mismo, sobre el pecho de Ana, iluminado por la luz blanca del hospital. El fantasma de Amanda sonrió en mi memoria, despidiéndose para siempre y descansando en paz, dejando espacio para la vida que por fin había echado raíces en mi interior. El monstruo que me había atormentado durante tres años se desmoronó como cenizas al viento.

—Es tan pequeñito, Arthur —susurró Ana, acariciándole el pelo, con las lágrimas resbalando por su pálido rostro.

—Es un gigante, mi amor. Igual que tú. —Besé sus labios salados, depositando todo mi amor, mi reverencia y toda mi vida en ese beso.

El equipo de la UCI neonatal se acercó con rapidez y eficiencia.

—Mamá, papá, es precioso y llora con fuerza, lo cual es una señal estupenda —dijo la pediatra con una sonrisa acogedora—. Pero tiene treinta y cinco semanas. Tiene que ir a la incubadora, con oxígeno, para ayudar a que sus pulmoncitos maduren y para que gane peso. Vamos a cuidarlo muy bien.

Ana cerró los ojos, sintiendo el dolor de la separación inmediata, y le dio un largo beso en la cabecita a nuestro hijo antes de dejar que se lo llevaran.

La enfermera lo envolvió en una manta térmica y lo colocó en la cuna de transporte. Seguí el movimiento con la mirada. El miedo a perderlo seguía ahí, pero era un miedo real, un miedo paterno natural, y no la psicosis enfermiza de antes. Estaba en manos de profesionales. Iba a vivir.

Volví a centrar toda mi atención en mi mujer.

El médico estaba terminando los procedimientos, y Ana parecía a punto de desmayarse de agotamiento.

—Duerme, amor mío. —Le acaricié la cara, secándole el sudor de la frente—. Lo peor ya ha pasado.

Parpadeó, con los ojos entrecerrados fijos en mi rostro, buscando cualquier rastro del hombre que la había abandonado. No encontró nada. Solo encontró al hombre que permanecería a su lado hasta el último latido de su corazón.

—No me has soltado la mano —susurró, con una voz arrastrada por el cansancio extremo.

—No te la soltaré nunca más. Nunca más.

Una pequeña sonrisa cansada se dibujó en sus labios y, con un largo suspiro, Ana finalmente se rindió al sueño, sumergiéndose en la oscuridad cálida del descanso.

Me quedé a su lado. No me moví ni un paso mientras la limpiaban y la trasladaban a la sala de maternidad.

El resto de la madrugada fue una mezcla de quietud, adrenalina residual y oraciones silenciosas.

Pasaron dos días bajo la lentitud de las luces del hospital.

Nuestro hijo, al que decidimos llamar Gabriel, el mensajero de la luz que anunció el fin de mi oscuridad, respiraba por sí mismo al segundo día, luchando valientemente dentro de la incubadora de la UCI neonatal. Era un guerrero. Ana pasaba las horas sentada en una mecedora junto a la caja de acrílico, cantándole en voz baja canciones de cuna y alimentándolo con la leche que se había extraído.

Yo había alquilado la mejor habitación privada del hospital, le había conseguido comidas de verdad y no me alejé del pasillo de la UCI ni un solo minuto.

En la tarde del tercer día, el sol brillaba débil y dorado en el Vale das Flores, iluminando la habitación de Ana.

Ella estaba sentada en el sillón de la habitación, descansando mientras Gabriel dormía en la incubadora al otro lado del pasillo, cuando se abrió la puerta.

Apreté el pomo y entré en la habitación, sonriendo de oreja a oreja. Mi rostro aún mostraba las marcas del cansancio, pero mi alma estaba más ligera que las nubes de fuera.

Detrás de mí, de la mano conmigo, entró el pequeño Léo.

Esa mañana había conducido hasta la posada, recogido a mi hijo mayor y a Doña Lourdes.

Léo se detuvo en la puerta. Llevaba un pelele de terciopelo azul y sostenía a su inseparable osito en una mano y la mía en la otra. Cuando vio a Ana, sus ojitos oscuros brillaron como dos estrellas.

Me soltó la mano y corrió hacia ella.

—¡Nana!

Ana se agachó con cuidado, con los ojos desbordados de lágrimas instantáneas, y lo abrazó con fuerza.

—Mi príncipe. Mamá te ha echado tanto de menos. ¡Tanto de menos!

El niño escondió la cara en el pliegue de su cuello, abrazándola.

Me quedé observándolos a los dos desde la puerta, con el pecho hinchado de un orgullo y una emoción que parecían irreales. Doña Lourdes se detuvo a mi lado, posando su mano arrugada sobre mi hombro en un gesto de puro apoyo y perdón silencioso.

Léo se apartó de Ana y la miró frunciendo el ceño.

—¿Dónde está el bebé? —preguntó, con la curiosidad infantil venciendo a la timidez. Señaló su vientre, que estaba vacío—. ¿Se ha ido?

Nos reímos. El sonido de unas carcajadas sinceras llenó la habitación del hospital, limpiando el aire de cualquier rastro de tristeza que quedara.

Me acerqué a ellos y me agaché junto a la silla de Ana. Abracé a mi hijo por detrás y puse la otra mano sobre la rodilla de mi mujer.

—El bebé no se ha ido, amigo. Gabriel es muy pequeñito y está en una cuna especial en la otra habitación. Pero se vendrá a casa muy pronto. Y tú serás su hermano mayor. Tendrás que ayudarme a cuidarlo. ¿Qué te parece?

Léo me miró. Ya no había miedo en su mirada. El niño apático había quedado atrás. Miró a Ana, buscando confirmación, y ella asintió con una sonrisa radiante.

Léo se volvió hacia mí y me abrazó por el cuello, apoyando su cabecita en mi hombro.

—Lo *acepto*, papá.

El sonido de mi hijo llamándome «papá» de nuevo cerró el círculo.

Miré a Ana. Sus ojos castaños brillaban con un amor tan inmenso e incondicional que me sentí indigno, pero increíblemente afortunado por ser el destinatario de ese amor. Me incliné y uní mis labios a los suyos en un beso prolongado, tranquilo y cargado de promesas que llevarían toda una vida cumplir.

Aún tenía que arreglar la casa de São Paulo. Tenía que reconstruir mi vida profesional y pagar la penitencia por el tiempo perdido. El camino no sería un camino de rosas, y el trauma, aunque superado, exigiría vigilancia.

Sin embargo, mientras sostenía a mi primer hijo en brazos y acariciaba el rostro de la mujer que me había dado a mi segundo hijo, sabía una única y absoluta verdad.

Mi castillo de hielo se había derretido por entero. La familia Albuquerque estaba sanada, unida y, por fin, de vuelta a la luz.



ANA
Souza

Epílogo

Dos años después...

Ese ruido era mi sinfonía favorita.

El sonido de las ruedecitas de plástico rozando el suelo de madera clara, mezclado con carcajadas agudas y el ladrido eufórico de un cachorro de golden retriever, llenaba cada centímetro de nuestro salón.

Dejé la taza de café humeante sobre la isla de mármol de la cocina y sonreí, apoyando la cadera en la encimera, mientras observaba la escena que tenía ante mí.

Léo, de cinco años, corría por el salón con una capa roja improvisada con una toalla de baño, agarrando a su inseparable

osito marrón, que, a esas alturas, ya había perdido un ojo y lucía los cariñosos remiendos de Doña Lourdes. Detrás de él, tambaleándose con la torpe prisa típica de sus dos añitos de vida, iba Gabriel. Nuestro «precipitado» tenía los mismos rizos oscuros que su hermano, pero sus ojos eran enormes jabuticabas brillantes que habían heredado la profundidad de los ojos de su padre.

—¡Ven, Gabi! ¡El monstruo se acerca! —gritó Léo, riéndose hasta quedarse sin aliento.

—¡Monstruo! —repitió Gabriel, tropezando con sus propios pies y cayéndose con el pañal puesto sobre la mullida alfombra, solo para soltar una carcajada contagiosa y volver a levantarse.

El «monstruo», en este caso, era un hombre de treinta y siete años, vestido con unos pantalones de chándal grises y una camiseta negra descolorida, que gateaba por el suelo del salón mientras emitía terribles gruñidos.

Arthur los alcanzó, agarró a Gabriel por la cintura y lo levantó en el aire, arrancándole al niño gritos de pura euforia, antes de tirar de Léo hacia un abrazo de oso que los derribó a los tres en una maraña de piernas, brazos y risas en medio de la alfombra.

Mi pecho se desbordó. Una paz tan absoluta y cálida se instaló en mi alma que se me humedecieron los ojos, como ocurría casi todas las mañanas.

Dos años...

Habían pasado veinticuatro meses desde aquella noche tormentosa en la Santa Casa de Misericórdia. Veinticuatro meses desde que el monstruo de hielo había sido exorcizado definitivamente y Arthur renacía de sus propias cenizas para convertirse en el pilar de nuestra familia.

No volvimos a la mansión de mármol de São Paulo.

Arthur vendió aquella casa la misma semana en que Gabriel recibió el alta de la UCI neonatal. Compramos un terreno espacioso

en el campo, a pocos kilómetros de Vale das Flores, y Arthur diseñó y construyó nuestro nuevo hogar con sus propias manos. Nuestro hogar era exactamente lo contrario de su pasado. Estaba construido con madera cálida, ladrillos a la vista e inmensas ventanas de cristal que iban del suelo al techo. No había rincones oscuros. Había juguetes esparcidos por todas partes, marcos de fotos repletos y olía a tarta recién horneada.

La puerta principal se abrió con un ligero crujido y Sônia entró, llevando un montón de cartas.

Sônia se había mudado con nosotros. Había dejado atrás el uniforme almidonado de gobernanta y era, en la práctica, la abuela de alquiler de los niños.

—Buenos días, hija —sonrió, dejando las cartas sobre el mármol—. El cartero acaba de pasar. He dejado el pan de queso en el horno para los niños.

—Gracias, Sônia. Se van a zampar toda la bandeja después de escapar del «monstruo» —bromeé.

Tiré de la pila de correspondencia hacia mí. Y entonces, entre las facturas impersonales, mi mirada se detuvo. Empecé a sentir hormigueo en las manos.

Era un sobre de papel color crema, grueso y con textura. Del material emanaba el ligero e inconfundible aroma a papel antiguo y lavanda. En el anverso, la elegante caligrafía, trazada con tinta negra y firme, que no veía desde hacía más de dos años.

«Para la Leona del Vale das Flores».

No había sello del remitente, salvo el de siempre en el reverso: *Apartado de correos 104.*

Respiré hondo, con el corazón acelerado. La Señora de las Cartas. El ángel de papel que me envió aquel billete de autobús. Le había enviado cartas durante los últimos dos años con fotos de

Gabriel, novedades, contándole cómo nuestra familia había salido adelante. Ella nunca me había respondido.

Con los dedos temblorosos, rompí el sello. Dentro había dos hojas perfectamente dobladas.

«Mi querida leona»,

La primera línea bastó para nublar-me la vista.

«He seguido tu camino en silencio. He recibido cada fotografía del pequeño Gabriel. He visto cómo la sonrisa de Léo volvía a aparecer en tus cartas. He leído entre líneas en tus palabras a la mujer extraordinaria, íntegra e inquebrantable en la que te has convertido.

Pero la vida, mi niña, se apresura cuando la desesperación llama a la puerta.

El destino acaba de depositar en mi buzón amarillo una carta manchada con lágrimas muy recientes. Es una joven. Solo tiene dieciocho años. Expulsada de casa por su familia, sin un céntimo en el bolsillo, llevando en su vientre el fruto de un hombre que huyó al oír la palabra «padre».

Está durmiendo en una estación de autobuses del sur del país. Le enviaré palabras de consuelo, pero necesita más. Necesita un refugio. Alguien que conozca exactamente el sabor de ese dolor. Alguien que haya bajado al infierno del abandono y haya vuelto de allí llevando su propio milagro en brazos.

Te envío sus datos de contacto, Ana. Tiende la mano a quien necesita ayuda ahora mismo. Demuéstrale que la vida no se ha acabado. El amor que nos salva es el mismo que debemos transmitir.

Con cariño y orgullo eternos, «La Señora de las Cartas».

Una lágrima densa cayó sobre el papel.

Me cubrí la boca con la mano, sollozando en voz baja. El impacto de aquellas palabras resonó en cada fibra de mi ser. La Señora de las Cartas me estaba pidiendo que fuera el refugio físico que sus cartas no podían ofrecer. Confiaba en mí para salvar otra vida.

Miré dentro del sobre. Había una pequeña tarjeta marrón con un nombre garabateado a bolígrafo: «*Aline. Terminal de autobuses de Curitiba. Sección de objetos perdidos*».

—¿Cariño?

La voz grave y cariñosa me sacó de mi ensimismamiento.

Arthur estaba de pie en la entrada de la cocina. Su mirada identificó rápidamente la lágrima en mi rostro. Su postura relajada desapareció, sustituida por una actitud de amorosa preocupación.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido? —Se acercó rápidamente a mí, dejando a Gabriel en el suelo. Me sujetó la cara con ambas manos y me secó las lágrimas con los pulgares.

Sonreí, una sonrisa amplia y luminosa.

—No es dolor, amor mío. Es una llamada de auxilio.

Le entregué la hoja de papel.

—Lee.

Arthur cogió la carta. Observé cómo sus ojos oscuros recorrían la elegante caligrafía. Vi el momento exacto en el que lo entendió. Se le entrecortó ligeramente la respiración.

Bajó el papel y me miró con una reverencia que me dejó sin aliento. Arthur conocía la historia de la Señora de las Cartas. Sabía que ella había garantizado la supervivencia de nuestro hijo.

—Una chica de dieciocho años —susurró con la voz entrecortada—. Sola y embarazada.

—En la estación de autobuses de Curitiba —confirmé, secándome la cara.

Arthur no dudó ni una fracción de segundo. El hombre cuyo corazón antes se había helado por el terror era, en ese momento, la encarnación del refugio. Dejó caer la carta sobre la mesa y me atrajo hacia sus brazos.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunté.

La sonrisa que se dibujó en su rostro denotaba una determinación majestuosa.

—La habitación de invitados de arriba está libre. Llamaré al taller de carpintería esta tarde y les pediré que preparen una cuna nueva. Gabriel tiene ropa que ya no le vale, podemos apartarla y llamaré a Doña Lourdes; le encantará ayudar a cuidar de otro bebé correteando por el jardín.

Una risa encantadora se me escapó de los labios y le rodeé el cuello con un fuerte abrazo.

—¿Vamos a ir a buscarla?

—Iremos a buscarla —confirmó Arthur, besándome la frente con devoción—. Prepara una maleta pequeña. Voy a mandar que reposten el coche. Salimos de aquí dentro de una hora. Nuestra familia tiene espacio de sobra para otro milagro, Ana.

Miré a mi marido, a la sala iluminada por el sol, donde mis dos hijos rodaban por el suelo riendo a carcajadas. Habíamos sido destrozados, triturados por nuestros traumas, y la vida nos había moldeado de nuevo, transformándonos en algo más grande e inquebrantable.

Apreté el sobre color crema entre las manos.

Ya no era aquella sombra asustada. Era Ana Albuquerque: madre, leona, superviviente, y había llegado el momento de demostrarle a una chica de dieciocho años que, incluso después del fin del mundo, el amor siempre encuentra un camino.

Agradecimientos

Antes que nada, doy gracias a Dios.

A Él le corresponde todo el honor, toda la gloria y todo el mérito por este nuevo libro. Gracias por permitirme vivir de lo que amo, por poner historias en mi corazón, por sostenerme en los días agotadores y por seguir haciendo realidad sueños que, a menudo, nacieron pequeños dentro de mí, pero que Él siempre vio más grandes.

Nada de esto existiría sin Su presencia, sin Su cuidado y sin los caminos que Él abre incluso cuando yo aún no consigo ver una salida. *El viudo que me rechazó* es una prueba más de que los planes de Dios siempre llegan a lugares que nuestra imaginación no alcanza por sí sola.

Escribir esta historia tuvo un sabor muy especial. Quizá porque, detrás del dolor, del rechazo, del duelo y de las heridas que parecen imposibles de curar, también hay un mensaje que me conmueve profundamente: el amor puede reconstruir lo que la vida ha destrozado. Ana y Arthur nacieron de dolores diferentes, pero se encontraron precisamente en el momento en que ambos necesitaban aprender que volver a empezar también es un acto de valentía.

Esta no es solo una historia sobre un hombre que rechazó a una mujer embarazada. Trata sobre la culpa, el miedo, el perdón, la familia y la posibilidad de convertir una casa fría en un hogar. Trata sobre una mujer que decide levantarse incluso después de haber sido herida. Trata sobre un niño que necesita ser amado. Y trata sobre un hombre que descubre, demasiado tarde, que huir del amor también es una forma de perderse a uno mismo.

A los lectores que han llegado hasta aquí, mi más sincero agradecimiento. Gracias por hacer espacio para otra historia mía, por confiar en mis personajes y por vivir conmigo cada lanzamiento, cada expectativa y cada nueva emoción. Vosotros lo hacéis todo más grande. Un libro nace de la escritura, pero solo encuentra el mundo de verdad cuando llega al corazón de quien lo lee.

Mi cariño especial va dirigido a las lectoras de WhatsApp que me acompañan, me animan, me acogen, se emocionan y forman parte de este viaje de una manera tan bonita: Juliana Lelis, Patricia Castelli, María Yasmin, Ilza Mendes, Elisandra, Ivana Sandes, Cleusa Santana, Ana Alice Lopes, Daniela Bispo, Raquel, Ticyanne Brito Macêdo Moreira, Ana, Mariza, María Cristina Andrômeda, Cláudia García, Thaty, Amelia Luize, Fran Barbosa, Cris Tiemi y Tatiana Ribeiro.

Gracias por estar ahí, por cada mensaje, cada palabra de ánimo, cada muestra de cariño y por cada vez que ayudáis a que una de mis historias llegue más lejos. Vosotras marcáis la diferencia. Formáis parte de la energía que me impulsa a seguir creando, soñando y creyendo.

A Rosi, mi amiga, mi compañera, mi apoyo entre bastidores. Gracias por estar conmigo en tantos procesos, por compartir preocupaciones, decisiones y alegrías, y por ser una presencia tan firme en mi camino. Tenerte a mi lado lo hace todo más llevadero.

A mi familia, por ser mi cimiento, mi refugio y la certeza de que siempre hay un lugar lleno de amor al que volver.

A Gabriel, por ser mi refugio en medio del caos, por apoyarme incluso en los días más ajetreados, por creer en mis sueños y por acompañarme mientras muchos de ellos dejan de ser promesas y se convierten en realidad.

A mi Aurora, mi luz más hermosa. Eres parte de todo lo que construyo, la inspiración silenciosa que hay detrás de tantos pasos y el recordatorio diario de que merece la pena soñar a lo grande. Que

algún día leas estas páginas y sepas que tu madre creyó, insistió y fue en busca de la vida que deseaba vivir.

Y, una vez más, gracias a Dios.

Por todo. Por el don, por el valor, por los encuentros, por las puertas, por las páginas y por cada lector que llega hasta mí. Que nunca olvide que todo logro comienza y termina en Él.

Con cariño,

Jéssica Macedo

Sobre la autora

Jéssica Macedo, escritora y emprendedora brasileña, está rompiendo barreras y conquistando al público nacional e internacional con sus historias envolventes y sus personajes cautivadores. Considerada una de las mayores revelaciones de la literatura contemporánea brasileña, es ahora oficialmente la autora brasileña más leída en Kindle Unlimited, según Amazon. Con libros que abarcan el romance, la fantasía y el suspense, Jéssica ha destacado por su capacidad para crear historias que cautivan a lectores de diferentes edades, lo que se refleja en su creciente número de seguidores y en su reconocimiento como una de las «Forbes Under 30». Este hito refleja el impacto de su obra, consolidando su lugar entre los grandes nombres de la literatura digital.

Con una trayectoria notable, Jéssica se dio a conocer gracias a obras como «Rechazada en el altar» y «La virgen prometida»; sin embargo, cuenta con casi 300 obras publicadas en seis idiomas. Esta cifra refleja el éxito de Jéssica en Brasil y en otros países, lo que la consolida como una autora independiente de gran repercusión.

Reconocida tanto por el público joven como por el adulto, Jéssica no solo ha conquistado Brasil, sino que ha ido ampliando su público a nivel mundial a través de la autoedición y ya figura entre las autoras más vendidas en mercados de gran visibilidad como España, Francia, Italia y Alemania. Según datos recientes de Amazon, Jéssica es la autora brasileña más leída en Kindle Unlimited, una posición que marca un hito para la literatura nacional en el extranjero.

Encuentra más información sobre otros libros de la autora en sus redes sociales.

Facebook - <http://www.facebook.com/autorajessicamacedo/>

Instagram -
www.instagram.com/autorajessicamacedo/

Página de la autora en Amazon

- <https://amzn.to/2MevtwY>



Lee también



Los bebés comprados del italiano

Disponible en: <https://amzn.eu/d/0bkHHWqB>

UN MAGNATE DE HIELO.

UNA VENDEDORA DE QUESOS IMPOSIBLE DE CONTROLAR.

UN CONTRATO MILLONARIO A PUNTO DE ROMPERSE.

Lorenzo Rossi es frío, calculador e implacable. Como CEO de un imperio europeo de la marroquinería, no tiene tiempo para el amor, pero sí un plazo muy ajustado para presentar un heredero ante el consejo de la empresa y garantizar su sucesión. Para él, tener un hijo no es más que otra transacción comercial. Todo lo que necesita es una incubadora perfecta, firmar el cheque y mantener el control absoluto.

Marina Costa está desesperada. Para salvar de la quiebra el puesto de quesos de su padre y pagar una deuda astronómica, la chica acepta la propuesta más absurda de su vida: alquilar su vientre a un

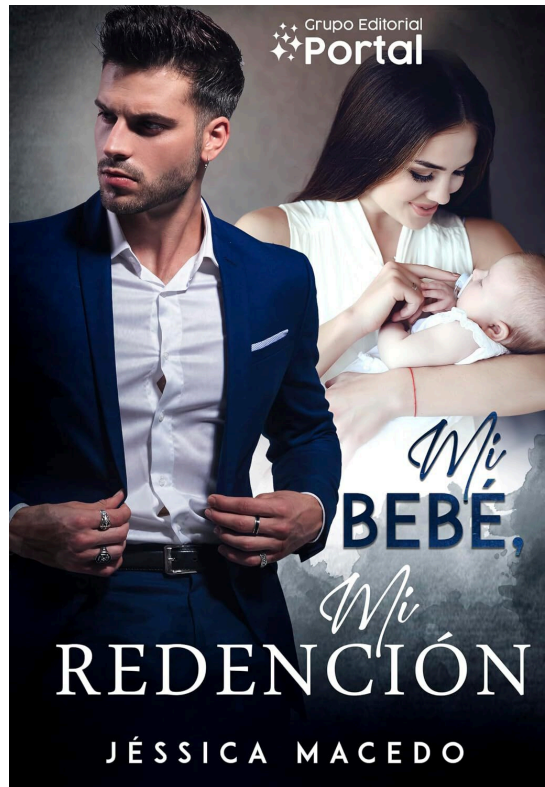
italiano arrogante que se cree el dueño del mundo. La regla es clara: ella lleva el embarazo a término, cobra el dinero y desaparece. Sin ataduras. Sin sentimientos.

Pero la logística perfecta del multimillonario se viene abajo con el primer fallo del sistema.

Obligada a vivir en el ático impecable y aséptico de Lorenzo por exigencia del contrato, Marina convierte el silencio del CEO en un infierno con su música a todo volumen, comida casera de contrabando y un loro malhablado. Peor que la convivencia caótica es la química explosiva e innegable que empieza a encender la guerra fría entre ellos.

Por si fuera poco, el destino decide burlarse de Lorenzo Rossi. La ecografía no muestra un heredero. Muestra dos. Y cuando una filtración a los medios amenaza el imperio familiar, Lorenzo toma una decisión drástica para calmar a los accionistas: presenta a Marina al mundo como su prometida enamorada.

Ahora deben fingir un romance de cuento de hadas ante las cámaras, mientras luchan contra el deseo brutal que los consume entre cuatro paredes. Lorenzo siempre creyó que podía controlarlo todo. Pero ¿cómo puede un hombre de hielo mantener la frialdad cuando se da cuenta de que está perdidamente obsesionado con la madre de sus hijos?



Disponible en: <https://amzn.eu/d/01J6Vo5c>

Malvado y multimillonario, soy el rey de Texas! Como director ejecutivo y principal propietario de Global Oils, una enorme petrolera, siempre he tenido todo lo que he querido, con el dinero suficiente para eliminar cualquier obstáculo. La belleza y el encanto también son algunas de mis cualidades, lo que hacía que las mujeres se lanzaran a mis pies.

A punto de comenzar la extracción de un nuevo yacimiento petrolífero, que me haría aún más rico y poderoso, Olivia García se convirtió en un obstáculo en mi camino. La pobre ranchera se negaba a vender la propiedad a mi empresa, pero ella descubriría que el dinero no era mi único poder.

Dispuesto a todo para conseguir lo que quería, me hice pasar por un vaquero, la seduje y la convencí de que me diera lo que quería.

El destino siempre estuvo en mis manos, o eso creía yo, hasta que una reunión de negocios en un restaurante me hizo reencontrarme

con ella con un bebé en brazos, que tenía mis mismos ojos azules,
cambiando instantáneamente mi noción del amor...
